

Una interesante proposición

Day Leclaire

Una interesante proposición

Argumento

A Penélope le gustaba ser práctica. Necesitaba un marido, de manera que decidió investigar al candidato más adecuado… ¡y proponerle que se casara con ella! Stefano Salvatore era perfecto, y su matrimonio supondría una fusión muy provechosa para las empresas de ambos. Sin duda, él estaría de acuerdo en que lo mejor que podían hacer era casarse.

Pero aquel apasionado italiano creía en el matrimonio por amor. Cuando Penélope entró en su despacho y le propuso que se casaran, pensó que estaba loca… y también que era adorable. ¡En realidad, sintió la tentación de tomarse en serio su propuesta!

PROLOGO

STEFANO Salvatore es el último hombre de la tierra del que me fiaría.

-Oh, vamos. ¿Por qué dices eso? Penelope se inclinó hacia delante con el propósito aparente de tomar la jarrita de leche para su café. Pero lo cierto era que estaba tratando de escuchar la conversación que se desarrollaba a su lado y no quería perderse una sola palabra. Las dos mujeres que estaban hablando eran unas ejecutivas jóvenes y atractivas que aprovechaban el buen tiempo que hacía para almorzar al sol en aquella cafetería del centro de San Francisco.

Hablaban sobre el hombre al que Penelope pensaba hacer una proposición.

-Ya sé que no pudieron probar nada -continuó la primera mujer, una animada rubia que irradiaba perspicacia-, pero todo el mundo sabe que lo hizo, Lisa. Los hechos son irrefutables.

La segunda mujer, Lisa, una atractiva morena de labios carnosos, asintió.

-Una deducción lógica apoyada por evidencias circunstanciales, pero no directas. Es una lástima que un buen hombre como él haya caído de ese modo de su pedestal. El honor es algo tan escaso hoy en día…

La rubia movió la cabeza.

-No creo que nadie vuelva a confiar nunca en él, al menos en el terreno de los negocios, a pesar de estar respaldado por el apellido Salvatore. Y ninguna mujer con un poco de sentido común confiará en él como amante. No, después de lo que le ha hecho a su ex prometida.

-Pero he oído decir que es tan atractivo, Kim…

-Oh, es una maravilla de hombre. Pero eso solo lo hace aún más peligroso. Las mujeres lo adoran. O lo adoraban. Tiene un encanto y una elegancia mediterránea que las vuelve locas. Es uno de esos hombres que hace que te sientas como la criatura más adorada de la tierra. Ya sabes a qué me refiero.

Lisa dejó escapar un profundo suspiro y Penelope tuvo que reprimir una sonrisa. La ironía era casi excesiva. Allí estaba ella, con un informe sobre Stefano Salvatore abierto sobre la mesa, y estaba averiguando más sobre él escuchando a hurtadillas aquella conversación que en las veinte páginas que llevaba leídas. Si hubiera tenido la oportunidad de conocer antes a Kim, podría haberse

ahorrado una fortuna en los honorarios del detective.

-Puede que los rumores sean falsos -sugirió la morena-. Tú misma has dicho que nadie ha podido probar nada.

-Pero Stefano no se ha defendido. Y Kate Bennett, su prometida, lo dejó en cuanto la historia salió a la luz. Vamos, utiliza tu sentido común; ella ha sido la más afectada, de manera que debe saber la verdad sobre lo sucedido.

-Donde hay humo hay fuego, ¿no? -dijo Lisa con delicadeza.

-En este caso, no solo fuego, sino todo un infierno. Si Stefano hubiera sido inocente, ¿no crees que ella habría permanecido a su lado?

-Supongo que, dejándolo, ella ha confirmado su culpabilidad.

-Oh, claro que es culpable -Kim enfatizó sus palabras tamborileando con sus impecablemente manicuradas uñas sobre la mesa-. Me temo que Stefano no podrá recuperar nunca su reputación, por mucho que todos los hermanos Salvatore se empeñen en ello. Estáte atenta en la gala benéfica de esta noche. Suponiendo que tenga el valor de presentarse, estoy segura de que los demás asistentes mantendrán una prudente distancia. Nadie querrá que lo relacionen con él. ¿Quién iba a arriesgarse a hacer negocios con un ladrón?

Lisa sonrió.

-¿O a ser atrapada en la cama con uno? Kim miró a su alrededor y Penelope simuló estar enfrascada en su informe.

-Lo cierto es que es una idea muy tentadora. Si no temiera perder mi trabajo, no me importaría intentarlo.

-¿Tan atractivo es?

-Tiene el aspecto de un ángel oscuro y se comporta como tal.

-Empiezo a babear.

-Harías algo más que babear si lo vieras -Kim miró su reloj-. Vamos. Se está haciendo tarde y aún tengo que dejar zanjado ese trato con Cárter antes de que termine el día. ¿Vas a ir a la gala benéfica esta noche?

-¡Después de lo que me has contado sobre Stefano, no me la perdería por nada del mundo!

-En ese caso, nos vemos allí.

Penelope esperó a que las dos mujeres salieran del café antes de recoger sus cosas. La conversación que había escuchado había dado un toque final a la información reunida por el detective. Sonrió, satisfecha. También le había permitido alcanzar una decisión.

Stefano Salvatore era perfecto. Era todo lo que esperaba y más. Por supuesto, ese «más» era precisamente lo que le preocupaba. Pero no importaba. Ya encontraría alguna forma de abordarlo.

Tras dejar unos billetes .sobre la mesa, salió del café y se encaminó hacia Salvatores. Había llegado el momento de hablar directamente con Stefano, de hacerle una pequeña, y esperaba que irresistible, proposición de negocios.

Había llegado el momento de ser atrapada en la cama con él.

CAPÍTULO 1

TENGO una proposición de negocios que hacerle, señor Salvatore -Penelope se acomodó en la silla que se hallaba frente a su diana y se ajustó las gafas antes de dedicar a Stefano su mirada más decidida. Y, teniendo en cuenta que la utilizaba con gran éxito desde los diez años, podía ser realmente decidida-. Quiero que se case conmigo.

Si sorprendió a Stefano con su propuesta, la expresión de este no lo delató. En lugar de ello, mantuvo sus ojos color marrón oscuro fijos en ella, como si perteneciera a una especie única que no hubiera visto nunca. Pero Penelope también estaba acostumbrada a aquello. Las miradas no le preocupaban. Al menos, no le preocupaban desde que a la tierna edad de doce años descubrió que los adultos de su mundo se sentían mucho más intimidados por ella que ella por ellos.

-¿Desde cuándo se considera el matrimonio una proposición de negocios? -preguntó él.

Penelope casi sonrió ante el tono despreocupado de su pregunta, como si la hubiera hecho meramente por curiosidad. Y de no ser por la instantánea quietud que se había apoderado de él al escucharla, tal vez habría llegado a creerse su despreocupación.

-El matrimonio siempre es una proposición de negocios. La mayoría de las personas ocultan ese hecho tras una sobredosis de emoción. En mi opinión, es una tontería hacerlo.

Stefano la sorprendió con una rápida y brillante sonrisa, y Penelope tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su reacción, aunque le costó lograrlo. Debería haber dado más crédito a los comentarios de Kim sobre su atractivo,en lugar de desestimarlos como la típica exageración femenina. Kim no había exagerado en lo más mínimo. Después de tanta investigación sobre Stefano Salvatore, le molestó no haber tenido en cuenta como un factor importante su poderosa presencia como hombre. La definición que había hecho Kim de él como un «ángel oscuro» le pareció muy adecuada.

Era extraordinariamente atractivo, y sus rasgos estaban dispuestos de un modo que, sin duda, debían volver medio tontas a casi todas las mujeres. Y, sin embargo, se las arreglaba para retener un aire de innegable masculini-dad. Sus arqueados pómulos invitaban a la caricia, mientras una agresiva nariz evitaba que pareciera demasiado «bonito». Su boca, carnosa y deseable, contrastaba con su mandíbula, cuadrada, autoritaria, e indudablemente tenaz. Su pelo, negro y abundante, caía sobre su frente por encima de los ojos marrones más tentadores que Penelope había visto en su vida. Calmados. Centrados. Y muy inteligentes.

-Comprendo. Gracias, señorita…

-Wentworth. Penelope Wentworth. Un destello de diversión cruzó la mirada de Stefano… una mirada casi tan desconcertante como la de ella.

-Gracias, señorita Wentworth. Pero no estoy interesado en el matrimonio, ya sea como proposición de negocios, o como enredo romántico.

Penelope asintió enfáticamente.

-Deduzco que eso es un resultado directo del fracaso de su compromiso matrimonial y del infortunado incidente que lo precedió.

Stefano se puso en pie de repente y Penelope presionó la espalda contra el respaldo de su asiento. Tal vez debería haber elegido un ángulo diferente de aproximación. Sin duda, aquel no había sido el modo más adecuado de iniciar las negociaciones. Él rodeó el escritorio rápidamente y se detuvo junto a ella. Penelope tuvo que hacer un esfuerzo para no estremecerse cuando la tomó por los brazos, la levantó de la silla y la condujo sin contemplaciones hacia la puerta del despacho.

-¿Qué hace? -preguntó, y se quedó horrorizada al darse cuenta de que prácticamente se había quedado sin aliento. ¡Ella nunca perdía la compostura!

-La estoy echando de mi oficina, señorita Wentworth.

-¿Le importaría decirme por qué?

-No me importa lo más mínimo -dijo Stefano mientras abría la puerta-. No me caso con chifladas. De hecho, ni siquiera hablo con ellas -sin más, sacó a Penelope del despacho y cerró la puerta ante sus narices.

Penelope frunció el ceño ante la sólida puerta de roble a la vez que recolocaba con un dedo las gafas sobre su nariz. ¡Qué grosero! Ni siquiera había esperado a escuchar lo que quería decirle. Sin darse tiempo a reconsiderar lo que iba a hacer, abrió la puerta y volvió a entrar en el despacho. Stefano Salvatore no debía estar acostumbrado a que la gente lo contrariara. Había vuelto a sentarse ante su escritorio y estaba centrado en su trabajo. No alzó la mirada hasta que Penelope dio un nuevo portazo.

Al ver la expresión de sus ojos, ella se quedó sin aliento. ¿Cómo había podido pensar que eran calmados? En realidad eran los más volátiles y apasionados que había visto. Se levantó lentamente del asiento y echó atrás este con tal fuerza que chocó contra la pared e hizo que los ventanales se estremecieran.

-¿Acaso no le ha quedado bastante claro que la he echado?

Un leve y cantarín acento impregnó sus palabras en aquella

ocasión, añadiendo una cualidad casi primaria a su enfado. Penelope alzó la barbilla y asentó con más firmeza las gafas sobre el puente de su nariz. Si aquel hombre creía que podía intimidarla, tendría que esforzarse mucho más para conseguirlo. Ella había mantenido innumerables reuniones de negocios con innumerables varones cargados de testosterona. Podía manejar uno más. Después de todo, aquello obedecía a pura y sencilla emoción, y la emoción siempre podía ser dominada por la fuerza de la lógica.

Además, ella era una persona resuelta y decidida.

-No se ha molestado en escuchar mi oferta, señor Salvatore.

-Y no tengo intención de hacerlo.

Italiano. Definitivamente, era un acento italiano, decidió Penelope. Pero, ¿por qué tenía que resultar tan sexy? Aunque no iba a permitir que el sexo influyera en ella, desde luego.

-¿Aunque esté relacionada con la Corporación Janus? -preguntó.

Aquello bastó para captar la atención de Stefano. Cruzó los brazos sobre su impresionante pecho y la miró atentamente.

-Adelante.

Penelope señaló la silla y le dedicó su sonrisa más encantadora.

-Creo que iba a invitarme a que me sentara.

La sonrisa funcionó. Sucedía a menudo, tal vez porque era amplia y nada amenazadora. O tal vez porque era un poco ladeada. Fuera cual fuese su atractivo, los ojos de Stefano volvieron a brillar de diversión. Hacía tiempo que Penelope había aprendido a utilizar diversas armas en el mundo de los negocios. Sin duda, había que ser esencialmente lógica en los tratos, pero una actitud amistosa nunca hacía daño. Lo que había que evitar a toda costa era una implicación personal, porque esta llevaba a menudo a tomar decisiones ilógicas, algo que había que evitar a toda costa.

Stefano señaló la silla con un dedo.

-Por favor. Siéntese -ordenó, en un tono que hizo apretar los dientes a Penelope .

Se le ocurrieron un montón de réplicas adecuadas, pero logró controlarse. Uno de sus mayores defectos con-l sistía en contestar impulsivamente y sin pensar, algo que no podía permitirse en aquellas circunstancias. De manera que optó por ser amable y se sentó.

-Gracias -murmuró, esperando que Stefano no captara el matiz levemente irónico de su tono. Si lo hizo, no lo demostró.

-¿Cuál es su interés en la Corporación Janus, y por qué cree que su oferta podría tentarme hasta el punto de hacerme aceptar su propuesta de matrimonio?

-No hay duda de que le gusta ir directo al grano. Eso me gusta -dijo

Penelope-. Nada de ese falso encanto del que tanto se enorgullecen los varones Salvatore.

-¿No me encuentra encantador? -preguntó él, en un tono exageradamente amable.

Su acento acarició a Penelope como una lejana brisa mediterránea. Su reacción lo delató. De pronto, se sentía más afable. Al parecer, la emoción hacía aflorar la parte más elemental de la personalidad del señor Salvatore. Penelope sonrió y almacenó aquella información para utilizarla en el futuro.

-No, no lo encuentro encantador en lo más mínimo -mintió con aplomo. Aunque no sería una mentira por mucho tiempo. Con un poco de esfuerzo erradicaría rápidamente aquella peligrosa inclinación. El encanto sugería una cualidad ajena a los negocios, y en aquellos momentos de su vida no tenía tiempo para nada que quedara al margen de estos.

-Me alegro, porque últimamente he descubierto que es un error mostrarse encantador en lo referente a las mujeres.

Penelope dudó. ¿Se refería Stefano a todas las mujeres, o solo a ella? Algo incómodamente suave y femenino se agitó en su interior. ¿Qué sucedería si Stefano cambiara de opinión y decidiera concentrar toda la fuerza de su personalidad en ella? Había captado un breve destello en su sonrisa, una sonrisa que podía resultar bastante peligrosa para una mujer menos sensata. También se había visto obligada a reconocer su intenso atractivo masculino. En el pasado siempre había sido lo suficientemente prudente como para mantener aquel tipo de energía masculina a distancia. ¿Pero cómo se las arreglaría estando casada con él?

¡Maldición! Sin duda, todo aquello tenía que deberse i una estratagema deliberada por parte de Stefano Salvatore. ¿Por qué, si no, iba a estar experimentando ella aquellos ridículos impulsos? Tendría que replantearse sus cálculos para incluir aquel molesto elemento. Después de todo, existía la posibilidad de que Stefano Salvatore no fuera su mejor elección. Empezaba a parecerle demasiado agresivo e independiente. No parecía que fuera a aceptar de buen grado las órdenes de nadie, especialmente de una esposa temporal.

Pero enseguida se dio cuenta del error de su razonamiento y lo recompensó con una amplia y aprobadora sonrisa. Sus comentarios no iban dirigidos a ella en particular. Se había referido realmente a «todas» las mujeres. Probablemente era una actitud debida a su compromiso roto y al infortunado incidente relacionado con el negocio familiar de su ex prometida. La combinación de aquellos dos factores debía haberlo afectado profundamente.

-Volvemos a ese tópico inmencionable, ¿no? -se atrevió a preguntar.

-Eso parece.

-En ese caso, supongo que el encanto queda fuera. Stefano asintió.

-Lo que nos deja solo con los negocios. ¿Qué tal si vamos al grano?

-Supongo que, si no quiero que vuelva a echarme, mi única opción es responder que sí.

-Veo que es una mujer lista. Y ahora, ¿quién es usted, qué quiere, y qué tiene que ver con la Corporación Janus?

-Soy su dueña -contestó Penelope con sencillez.

-Los dueños de Janus son Crabbe y Asociados. Penelope hizo una mueca.

-Es un nombre horroroso, ¿verdad?

-Terrible.

A Penelope no le pasó desapercibido el sarcasmo del tono de Stefano, y suspiró.

-De acuerdo, señor Salvatore. Ya que yo también prefiero centrarme en los negocios, no le voy a hacer perder más tiempo. Yo «soy» Crabbe y Asociados, y también «soy» la Corporación Janus. Todas me pertenecen.

-Supongo que tiene algún modo de probarlo.

-Podría hacerlo sin ninguna dificultad.

Stefano se tomó unos momentos para digerir aquello.

Para sorpresa de Penelope, no le alcanzó el teléfono ni insistió en que le entregara en ese mismo momento alguna evidencia irrefutable de su afirmación. En lugar de ello, concentró su penetrante mirada en ella durante unos interminables momentos.

-¿Cuántos años tiene? -preguntó, finalmente. Por algún motivo, aquella pregunta divirtió a Penelope.

-¿Qué tiene que ver eso con nada?

-Siento curiosidad.

-Tengo veintiséis años.

-Un poco joven para estar en una situación de tanto poder.

-Oh, yo no ocupo el cargo más importante. Solo soy dueña de las dos compañías. Mi tío las dirige.

-¿Y eso le molesta? ¿Siente que debería dirigirlas usted?

-Los sentimientos no tienen nada que ver con mi decisión -habían vuelto a salirse por la tangente y Penelope tenía intención de recuperar la dirección correcta-. Señor Salvatore…

-Llámame Stefano, por favor. Penelope asintió. Después de todo, si iban a casarse resultaría absurdo que siguieran tratándose de usted.

-De acuerdo. Stefano. ¿Estás interesado en comprar la Corporación

Janus?

-Hace años que mi familia trata de comprarla. Haría que los Salvatore alcanzaran la primera línea en el mercado de la costa oeste.

-Yo puedo ocuparme de que tu familia consiga lo que desea.

-¿Y para eso voy a tener que casarme contigo?

-Exacto.

-¿Por qué?

Penelope se levantó de su silla. A pesar de sí misma, aquel tema le afectaba emocionalmente, y le costaba hablar de ello. ¿Cómo entendería un hombre como Salvatore Stefano lo que ella había llegado a considerar esencial para su futuro… por no mencionar el de su tío?

-Si te casas conmigo, te venderé la Corporación Janus a precio de ganga.

-¿Por qué?

-Porque solo casándome conseguiré entrar en plena posesión de mi herencia -Penelope caminó distraídamente por la amplia zona de estar del despacho de Stefano, fijándose en el elegante sofá y los sillones a juego, de cálidos colores. Al darse cuenta de que Stefano esperaba pacientemente que continuara, lo miró desde el cómodo resguardo del mobiliario-. Hasta que cumpla cuarenta años o me case, mis acciones seguirán bajo él control de mi tío.

-Así que quieres mi ayuda para dar un golpe maestro. ¿Piensas que a los veintiséis años puedes dirigir tus empresas mejor que tu tío?

Penelope rio. Su risa consistía en un sonido ridiculamente grave y sordo que habría encajado mejor en un hombre. Invariablemente, solía provocar en sus interlocutores risas encantadas. Pero, aparte de una ligera contracción de sus labios, Stefano permaneció en silencio.

-No, no creo que pueda hacerlo mejor que mi tío. Loren es un excelente hombre de negocios. Mi herencia ha crecido substancialmente mientras él la ha manejado.

-Entonces, ¿por qué estás tan ansiosa por hacerte cargo?

Penelope no podía contestar a aquello… al menos, con,el verdadero motivo. Sería poco adecuado y poco ético.Camino hasta otra zona del despacho en la que había varias fotos. Todas eran fotos familiares, y no pudo evitar una punzada de envidia. Al parecer, los Salvatore eran tan prolificos como atractivos. En las fotos aparecían al menos media docena de hombres jóvenes. Les echó un rapido vistazo. Stefano sobresalía entre ellos con una sonrisa encantadora en los labios. La calidez que había experimentado hacía un rato regresó con renovadas fuerzas. Trató de decirse que no estaba interesada en el como hombre, pero… ¿qué otra explicación podía haber su peculiar

reacción?

Pero aquel no era el momento ni el lugar para sentir atracción sexual. Y menos aún por Stefano Salvatore-Aún no has respondido a mi pregunta -dijo él, animándola a continuar.

Penelope se aclaró la garganta.

-Lo sé.

-¿Tan difícil te resulta hacerlo?

Penelope respiró profundamente y se volvió. Stefano estaba demasiado cerca. Afortunadamente, no sonreía, aunque la intensidad de sus ojos marrones la afectaba casi tanto como su sonrisa. También utilizaba una colonia deliciosa, fragante… Y, a pesar del traje que vestía, pudo percibir la fuerza de sus musculosos hombros, de su pecho. ¿Por qué había tenido que elegir precisamente aquel magnífico ejemplar de hombría para casarse? Estuvo a punto de gemir en alto.

¡Qué desastre!

-A veces tengo dificultad para poner todas mis cartas sobre la mesa -confesó, y se movió un poco para tener más espacio.

Stefano le bloqueó el paso con un suave giro de su cuerpo.

-Inténtalo.

-De acuerdo.

Penelope pasó junto a él y se acercó al gran ventanal desde el que se divisaba gran parte de la ciudad de San Francisco. Irónicamente, aquel edificio estaba precisamente frente al de ella. Stefano la siguió y Penelope miró por encima de su hombro con gesto exasperado. ¿Acaso carecía aquel hombre del sentido de la distancia personal?

-Mi padre era dueño de Crabbe y Asociados. Fue él quien convirtió la pequeña empresa que era en principio en la gran corporación que es hoy en día. Mi tío era su mano derecha. Cuando mis padres murieron en un accidente de aviación, tío Loren se hizo cargo de mí y del negocio.

-¿Cuántos años tenías?

-Diez.

-Has dicho que tu tío es un gran hombre de negocios.

-Lo es.

-¿Fue también un buen padre?

Penelope sonrió al percibir un deje de preocupación en el tono de Stefano. A pesar de su aparente dureza, no podía ocultar el claro instinto protector de su personalidad. Supuso que se debía al hecho de pertenecer a una familia numerosa. Haber tenido tantos hermanos de los que ocuparse podía explicar su actitud hacia ella.

-Tío Loren es un poco gruñón y se quedó un tanto desconcertado al verse de pronto obligado a ocuparse de una niña. Pero me quiere

mucho.

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-Cuando mi tío se hizo cargo de mí decidió que debía aprenderlo todo sobre mi herencia y sobre el funcionamiento de Crabbe y Asociados. De manera que empecé a asistir a algunas reuniones del consejo de dirección.

A Stefano no le sorprendió que, a pesar de su aparente franqueza, Penelope hubiera eludido su pregunta. A pesar de que solo la conocía hacía unos minutos, ya sabía que a la señorita Wentworth no le gustaba hablar de asuntos personales. Pero ya que había tenido el valor de presentarse a él con aquella absurda proposición de matrimonio, se sentía con derecho a preguntar lo que le apeteciera.

-¿Te gustaban esas reuniones?

-Sí, para deleite de mi tío. Así teníamos algo en común. Según fueron pasando los años me fui implicando mas y más en el funcionamiento de la empresa. Me licencie en economía y en dirección de empresas y ocupo un cargo directivo en las juntas de Crabbe y Asociados y la Corporación Janus.

Stefano frunció el ceño.

-Aún no…

-Llevo dieciséis años inmersa en el mundo empresarial.És suficiente como para saber qué, es lo que quiero de los negocios que poseo -Penelope se acercó hasta la estantería, tomó un grueso volumen y lo ojeó sin autentíco interés. Stefano sospechó que lo estaba utilizando como excusa para no tener que mirarlo. Interesante-.Es hora de cambiar la orientación de Crabbe y Asociados

-Asi que estás decidida a hacerte con el control de la empresa— dijo Stefano, sintiendo una inexplicable decep- ción-. ¿Y qué te hace pensar que yo voy a ayudarte a conseguirlo?

Penelope cerró el libro y volvió a dejarlo en su estante antes de mirarlo. Tenía los ojos del tono dorado más peculiar que Stefano había visto en su vida, y tan penetrantes como desconcertantes.

-Que quieres hacerte con la Corporación Janus -replicó.

-Quiero muchas cosas en este mundo, Nellie -el tono de Stefano se endureció al añadir-: Pero eso no significa que esté dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlas. ¿O acaso creías que ese «desafortunado incidente», como lo has calificado antes, podría haberme vuelto más receptivo a tu oferta?

Penelope le dedicó una de las sonrisas que Stefano había encontrado tan atractivas.

-La verdad es que esa idea me había pasado por la mente, aunque no por los motivos que puedas pensar. No te he hecho esa proposición

porque crea que seas poco ético y por tanto exista la posibilidad de que pudieras aceptarla. Te la hago porque es la oportunidad perfecta para demostrar que todo el mundo está equivocado. Para demostrar que eres un hombre honorable.

Stefano la miró con expresión severa.

-¿Estás segura de que lo soy? ¿O es que no has oído lo que se rumorea?

-Estoy al tanto de todo.

-Entonces, ¿qué diablos haces aquí?

-No creo las historias que corren por ahí -replicó Penelope con sencillez.

Por unos instantes, Stefano se limitó a mirarla. El aire ardía en sus pulmones, luchando por liberarse. Exhaló con aspereza.

-No crees…

-No.

El recelo se apoderó rápidamente del leve atisbo de esperanza que había sentido Stefano.

-¿Y puede saberse cómo has llegado a esa brillante deducción?

-He hecho que te investigaran.

-Si es así, ¿cómo puedes creer que soy… ? Penelope lo hizo callar con un imperioso gesto de la mano. Él lo dejo pasar. Por esa vez.

-No hace falta mucho análisis para llegar a esa conclusión. Todo el asunto resulta bastante lógico. Estabas comprometido con Kate Bennett. Su familia era dueña de una pequeña pero lucrativa empresa interesada en conseguir un beneficioso contrato con una corporación extranjera. Tú actuaste como intermediario y organizaste el trato. Desafortunadamente, la empresa extranjera resultó ser un fraude, una mera fachada de papel…

-No me estás diciendo nada que no sepa -interrumpió Stefano-. Yo lo he vivido, ¿recuerdas? Penelope lo miró con gesto impasible.

-Estoy recapitulando los puntos esenciales para poner lo sucedido en perspectiva.

-Lo siento -replicó Stefano en tono irónico-. Haz el favor de continuar.

-¿Dónde estaba? Ah, sí. Como resultado del chanchullo, la familia Bennett perdió hasta la camiseta. Sálvatele reembolsó el dinero que perdieron los Bennett, pero era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho. Aunque no podía probarse nada, comenzaron a correr rumores que te convertían en el malo de la película. Aparentemente, habías actuado de modo incorrecto -Penelope añadió el último comentario con gran delicadeza-. En mi opinión, esa apariencia se agravó cuando la señorita Bennett rompió su compromiso contigo y los Salvatore

devolvieron el dinero perdido.

-Tengo muy claro todo eso -dijo Stefano, conteniendo apenas su impaciencia.

-Es una pena -reflexionó Penelope en voz alta, como si no lo hubiera oído-. Porque tú no eras el culpable.

-Una vez más, ¿cómo puedes saber eso? Utilizamos todos nuestros contactos e influencias para descubrir quién se hallaba tras esa falsa empresa extranjera, pero no logramos averiguar nada. ¿Acaso has logrado acceder a alguna información que desconocemos?

-No.

-Entonces, ¿por qué crees que soy inocente? -preguntó Stefano, exasperado.

-Porque no tiene sentido -respondió Penelope, con ana calma que lo dejó asombrado. Aparte de su familia, nadie lo había apoyado con tanta seguridad-. No había motivo para que engañaras a los Bennett. De hecho, hiciste todo lo posible por ayudarlos. Tu compromiso era interior al acuerdo comercial, de manera que no tuviste que seducir a Kate Bennett para comprar su silencio.Tampoco pasas por dificultades financieras. No necesitabas robar nada. Ya sé que la gente no roba solo por necesidad, pero, que yo sepa, no había ningún factor oculto que pudiera motivar tus acciones. No habría tenido sentido que hubieras empezado a robar de repente.

-¿Tu investigador te ha contado todo eso?

-En parte.

-¿Y como resultado de sus análisis decidió que no soy culpable?

Penelope se ajustó las gafas.

-Muy al contrario. Como todos los demás, llegó a la conclusión de que eras culpable. Pero estaba equivocado -hizo una mueca-. Me temo que no es demasiado lógico.

-¿Me estás diciendo que a pesar de no habernos visto nunca hasta ahora, a pesar de toda la evidencia acumulada contra mí, no me consideras culpable?

Penelope dedicó a Stefano una de sus sonrisas ladeadas.

-Exacto.

-No pareces comprender -dijo él, tratando de alejar de su tono cualquier indicio de emoción-. Nadie me cree, excepto mi familia. Ni mis amigos de toda la vida, ni los socios con los que llevo años trabajando me creen. Ni mi ex prometida ni su familia. Nadie.

-Yo sí.

Stefano miró a Penelope con gesto incrédulo. Ella le sostuvo la mirada y, al ver la sinceridad que reflejaban sus ojos, Stefano no tuvo más remedio que creerla.

-Hablas en serio.

-Totalmente en serio. Y si te casas conmigo, espero que tengamos oportunidad de demostrarlo.

-¿Cómo?

Un leve fruncimiento del ceño eclipsó la sonrisa de Penelope.

-Para ser sincera, no estoy totalmente segura. He pensado que podíamos elaborar un plan más adelante. Por supuesto, el hecho de que te cases conmigo ayudará. Lo creas o no, la gente se fía de mí. Si yo digo que eres de fiar, pocos se atreverán a llevarme la contraria.

-¿Y eso, por qué?

Penelope se encogió de hombros con modestia.

-Porque normalmente tengo razón. Lo cierto es que ni siquiera recuerdo la última vez que estuve equivocada.

-Pero, ¿y si lo estás? -Stefano no supo qué lo impulsó a hacer aquella pregunta. Pero tenía que saberlo-. ¿Y si soy un ladrón? ¿Y si lo que sucede simplemente es que no has descubierto mi verdadera motivación?

La profunda risa de Penelope lo envolvió en su fascinante incongruencia.

-Quedaría realmente mal ante todo el mundo, ¿verdad? Pero no creo que eso llegue a suceder. Confío en mis habilidades analíticas para formular deducciones lógicas.

-Realmente intimidante -dijo Stefano con ironía. Ella sonrió.

-Pero tú no estás intimidado, ¿verdad?

-En lo más mínimo -Stefano se pasó una mano por el pelo-. Esto es una locura.

-Te he pillado por sorpresa -dijo ella en tono compasivo-. Me temo que no he podido evitarlo. Quiero mantener la mayor discreción posible respecto a mi proposición.

Stefano entrecerró los ojos.

-Aún no me has dicho por qué has decidido que tienes que hacerte con el control de Crabbe.

Por primera vez desde que había entrado en el despacho, la expresión de Penelope se cerró. Aquello hizo comprender a Stefano lo franca que había sido con él hasta ese momento.

-Lo siento, pero no puedo responder a esa pregunta. En estos momentos no puedo explicarte mis motivos.

-¿Por qué no me sorprende tu respuesta?

Penelope ladeó la cabeza y la luz que entraba por la ventana iluminó su pelo rabio oscuro.

-¿Significa eso que no vas a casarte conmigo?

-Por supuesto que no voy a casarme contigo -espetó Stefano-. Los

Salvatore solo se casan por…

-¿Amor?

El tono de Penelope se volvió exageradamente suave, y su mirada demasiado compasiva.

-Ya no creo en ese mito en particular -replicó Stefano con dureza.

-En ese caso, no entiendo cuál es el problema. Stefano hizo un esfuerzo por controlar su genio.

-Haber estado a punto de cometer un error no me anima precisamente a intentarlo de nuevo.

-Supongo que comprenderás que no te estoy pidiendo una relación permanente.

-¿Y se supone que eso debe parecerme más atractivo? ¿Un compromiso fracasado seguido de un matrimonio fracasado? Eso sí que le sentaría bien a mi familia. Y haría maravillas con mi reputación en el mundo de los negocios.

-Oh, no había pensado en eso -un matiz de consternación nubló por un momento el dorado de los ojos de Penelope-. Comprendo tu problema.

-Bien. Y ahora deja que te haga una contra oferta. Cuando te hayas casado, ven a visitarme de nuevo. Me encantará librarte de la Corporación Janus.

-¿Y si mi marido quiere quedarse con ella a cambio de casarse conmigo?

-¿Existe esa probabilidad?

Penelope dudó un momento y se mordió su carnoso y sensual labio inferior.

-¿No te lo había mencionado?

Stefano soltó el aliento en un impaciente suspiro.

-¿Qué no me has mencionado?

-Que el siguiente nombre en mi lista es el de tu principal competidor.

S

CAPÍTULO 2

STEFANO reprimió un gemido.

-Dime que no estás hablando de Cornell.

-Si te refieres a Robert Cornell, de Industrias Cornell Internacional, sí -al parecer, Penelope Wentworth no se andaba con chiquitas-. También está soltero, por si no lo sabías.

Stefano apretó los dientes.

-No, no lo sabía.

-Si eso hace que te sientas mejor, tu eres mi primera elección.

-Qué afortunado.

-Como ya sabrás, si te hicieras con Janus prácticamente controlarías la costa oeste. Tu empresa de importación y exportación no tendría rivales.

-Salvatore es algo más que una empresa de importación y exportación.

Penelope asintió, impaciente.

-Tengo entendido que estáis especializados en la obtención de bienes y servicios. Como ya te he dicho, he hecho que investigaran a fondo tu compañía. Pero lo primordial es que si tú no adquieres Janus, Cornell lo hará. Y si es así… bueno, no hace falta que te diga lo que pasará.

-Soy muy consciente de las consecuencias que eso tendría sobre el negocio de mi familia.

-Supongo que eso facilitará tu decisión -la sonrisa de Penelope adquirió un matiz travieso-. ¿No te parece que soy el mejor de los dos males?

A pesar del aprieto en que se hallaba, Stefano rio.

El sonido de su risa volvió a juguetear con los sentidos de Penelope, algo que no encajaba con su pretendida actitud profesional.

-Deja que te aclare algunos detalles finales -continuó-. No te impondré mi compañía por mucho tiempo, lo prometo. Y no espero que consumemos la relación. Tampoco planeo quitarte tiempo con ninguna exigencia conyugal. ¿Te facilita eso las cosas?

-¿Y si soy yo el que plantea alguna exigencia? Para sorpresa de Stefano, Penelope no dudó.

-Podemos establecer las condiciones del matrimonio como más te convengan. Yo pretendo alcanzar una meta. Si eso implica alguna clase de sacrificio por mi parte, adelante.

-Qué magnánima.

La mordacidad del comentario de Stefano debió alcanzar la diana. Penelope respiró profundamente y asintió. Stefano había asistido a

suficientes juntas directivas de Salvatore como para saber que las negociaciones acababan de terminar. Podía leerlo en la expresión de Penelope y en el decidido porte de su cuerpo. En el poco tiempo transcurrido desde que la había conocido, había averiguado que podía ser una mujer muy decidida. Al parecer, cuando quería algo iba tras ello con aplastante tenacidad.

Penelope se acercó a él con la mano extendida. Al estrecharla, Stefano sintió la fuerza que ocultaba la suavidad de su piel.

-Tienes veinticuatro horas para decidirte. Espero concertar una cita con el señor Cornell para mañana al mediodía.

-Hablas en serio, ¿verdad? ¿Serías capaz de casarte con un hombre al que no conoces y de deshacerte de una de tus empresas solo para poder controlar tu herencia?

-Claro que hablo en serio.

-Y supongo que no habrá ningún modo para convencerte de que vendas la Corporación Janus.

-No sin el matrimonio -replicó Penelope con evidente pesar-. No está en mis manos hacerlo, ¿recuerdas? No mientras tío Loren lo controle todo.

No perdió más tiempo. Caminó hasta la puerta y salió sin mirar atrás. En cuanto salió, Stefano descolgó el teléfono y marcó un número.

-Soy Salvatore. Tengo un trabajo para ti -frunció el ceño mientras miraba la puerta cerrada-. Quiero toda la información que puedas obtener sobre una mujer llamada Penelope Wentworth. Y la quiero para ayer.

Tras colgar, fue hasta la ventana. Si no estaba equivocado, Crabbe y Asociados eran dueños del edificio que se hallaba frente al suyo. Penelope debía tener su despacho en uno de los pisos altos. Probablemente, con ventanal haciendo esquina, como el suyo. Miró atentamente las ventanas.

Pediría a su investigador que averiguara de cuál se trataba. Porque cuando volviera a ver a la señorita Wentworth pensaba saberlo todo sobre ella, incluso la marca del pintalabios con que maquillaba aquella boca tan deseable. No estaba seguro de cómo iba a hacerlo, pero no iba a permitir que se casara con Robert Cornell, como tampoco iba a permitir que arrumara a Salvatore entregando la Corporación Janus a su principal competidor.

Estaba dispuesto a ocuparse de ello personalmente.

La primera llamada llegó en cuanto conectó el móvil tras salir de Salvatores. Desde ese instante, el teléfono no dejó de sonar. Si hubiera ido en coche lo habría vuelto a desconectar. Desde que sufrió un

choque que la tuvo dos días en el hospital no combinaba nunca las dos cosas.

No tardó mucho en llegar a su oficina.

-Retén todo durante diez minutos -dijo a su secretaria mientras salía del ascensor.

-Pero señorita Wentworth…

-Por favor, Cindy. Necesito diez minutos de paz y tranquilidad. Luego me ocuparé de todo lo que haga falta.

Entró en su despacho y cerró la puerta sin esperar respuesta. Trató de centrarse de inmediato en los asuntos que la aguardaban, esperando borrar a Stefano de su mente. Pero no funcionó. Aquel era un aspecto de su plan en el que no se había parado a pensar.

Había anticipado un cómodo y agradable acuerdo entre ambos. Pero la reacción que había experimentado ante aquel hombre no podía describirse precisamente como cómoda y agradable. Desde el instante en que había puesto un pie en el despacho de Stefano, se había visto poseída por emociones incómodas y totalmente inesperadas. Al salir, ni siquiera se había atrevido a mirar atrás, temiendo perder todo el sentido común que su tío le había inculcado durante los dieciséis años anteriores.

Cerró los ojos, frustrada. ¿Cómo se las había arreglado Stefano para distraerla de los negocios?

Probablemente, su aspecto había sido un factor importante. A pesar de las fotos que le había entregado su investigador, no esperaba que fuese tan atractivo. Y el informe tampoco la había preparado para la fuerza de su personalidad. Aquello, combinado con los intrigantes hechos que había leído sobre él, había bastado para crear un todo devastador.

Maldiciendo interiormente, Penelope avanzó hacia su escritorio. Un irritante resto de olor a desinfectante invadió su nariz. ¿Por qué tenían que limpiar su despacho cada noche? A fin de cuentas, apenas le daba tiempo a ensuciarlo cada veinticuatro horas. El despacho de Stefano no olía así. De hecho, el único aroma que recordaba era el de su deliciosa colonia. ¿Por qué no olía así de bien el suyo? Tendría que hablar con Cindy al respecto.

Iba a sentarse cuando los ventanales llamaron su atención. Apartó la cortina que impedía su vista de la ciudad. Centró su mirada en el edificio Salvatores y trató de decidir qué ventanas pertenecían al despacho de Stefano. Según recordaba, ocupaba una esquina del edificio, como el suyo. Pero él tenía un despacho bonito y cálido.

Frunció el ceño al darse cuenta. Miró por encima del hombro y su ceño se volvió aún más marcado. ¿Cuándo había desaparecido toda la

calidez y el carácter de su despacho? ¿O acaso nunca había poseído aquellas cualidades? ¿Y por qué no tenía ella una pared cubierta de fotos personales, como Stefano? ¿O un mobiliario de tonos tan vibrantes y agradables y de aspecto tan cómodo?

Por algún motivo, ella siempre había elegido tonos sobrios y muebles funcionales. ¿Por algún motivo? Sonrió irónicamente al reconocer la verdad. Había elegido la decoración basándose exclusivamente en el sentido práctico de las cosas, como hacía con todo. En el pasado, eso siempre le había parecido algo perfectamente lógico. Pero en esos momentos…

Alguien llamó tímidamente a la puerta.

-¿Señorita Wentworth? -Cindy se asomó al umbral-. El consejo directivo la aguarda.

Penelope volvió a mirar por la ventana. Allí. Aquella ventana. El despacho de Stefano tenía que estar en aquella esquina cercana a la suya. «Qué irónico», pensó, suspirando en silencio. «Y qué lástima». Un extraño anhelo la recorrió. Le habría gustado estar casada con él, aunque solo hubiera sido una relación de negocios.

-¿Señorita Wentworth?

-Gracias, Cindy -murmuró Penelope, distraída-. Deja que recoja mis notas.

-Las tengo aquí -dijo la Secretaria, aliviada-. También tengo su agenda para hoy, y las respuestas provisionales al correo electrónico y a los mensajes telefónicos. En cuanto dé el visto bueno…

Penelope hizo una pausa mientras salía del despacho.

-¿Por qué no los contesto nunca personalmente? Cindy la miró con expresión desconcertada.

-Porque no tiene tiempo, señorita Wentworth.

-Tienes razón —Penelope siguió caminando hacia la sala de juntas-. No tengo tiempo —tampoco tenía tiempo para andar divagando sobre un hombre de negocios guapísimo cuyas palabras estaban sazonadas con un acento italiano muy sexy y que había tenido el descarado valor de llamarla «Nellie». Nadie la había llamado nunca así. ¡Nunca!

Ni tampoco había pronunciado nunca nadie su nombre con tanta calidez ni con una entonación tan fluida.

-Tampoco podrá volver esta tarde a casa a tiempo de cambiarse para la gala benéfica, así que he pedido que le envíen el vestido y los demás complementos -continuó Cindy.

-Penelope asintió, distraída. Responsabilidad. Deber. Ética del trabajo. Aquellos conceptos habían sido imbuídos en su mente desde que era una niña de diez años, luchando por asimilar la muerte de sus

padres.

-Gracias, Cindy. No sabes cuánto te agradezco que estés tan pendiente de todo. La secretaria sonrió.

-Para eso me paga, para que me ocupe de los pequeños y molestos detalles diarios de manera que pueda centrarse plenamente en sus negocios.

Penelope centró su mirada en el pasillo que llevaba a la sala de juntas y siguió avanzando. De manera que podía centrarse plenamente en sus negocios. Y eso lo decía todo, ¿no?

-Hola, Nellie. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad?

Penelope se volvió al oír a Stefano y él sonrió al ver la sorpresa que reflejó su rostro. Le agradó comprobar que podía desconcertarla. Así podían quedar igualados después de cómo había reaccionado ante la escandalosa proposición que le había hecho aquella mañana en su oficina.

Ella lo miró a través de sus gafas de montura metálica. Sus ojos eran demasiado atractivos.

Stefano ya se había fijado en ellos, pero no se había dado cuenta de lo cautivadores que eran. De color marrón dorado, brillaban como la miel y un halo oscuro acentuaba su tono. La mirada que le dirigió fue tan directa como aprensiva. Interesante. ¿Por qué la aprensión? Estaba decidido a averiguarlo.

Penelope se recuperó rápidamente.

-Señor Salvatore. Qué sorpresa.

-Stefano, ¿recuerdas? Lo sorprendente es que no nos hayamos conocido antes. Conozco a casi todas las personas que están aquí, y supongo que tú también, ¿no?

-SL

Stefano señaló a una animada rubia que se hallaba en el otro extremo de la sala.

-¿A Babe Fontaine y a su nuevo marido, por ejemplo? Penelope inclinó la cabeza. Se había soltado el pelo para la gala y los rizos sueltos rozaron la piel de sus hombros desnudos en oleadas de tonos rubios y marrones. Era un color que le gustaba, decidió Stefano. Le resultaba una persona interesante.

-Conozco a Reggie bastante bien -explicó ella-. Me he ocupado de alguno de sus negocios. También conozco a Sami, la hija de Babe. También se ha casado hace poco.

-Yo no pude ir a la ceremonia porque estaba fuera del país.

-Te gustaría su marido, Noah. Ahora que lo pienso, me recuerdas a él.

Aquello atrajo el interés de Stefano.

-¿En qué te recuerdo a él?

-Los dos sois tipos duros -contestó Penelope al instante-. Decididos. Fuertes. Stefano sonrió.

-¿Y has llegado a esa conclusión después de una sola reunión?

-Sí.

Stefano dejó de sonreír.

-Hubo una época en que la gente me consideraba una persona encantadora, de trato fácil, incluso divertido.

Penelope volvió a observarlo atentamente, y él volvió a pensar que su mirada era cautivadora. Peligrosamente cautivadora.

-Te imagino interpretando ese tipo de papel. Pero no se corresponde con el hombre verdadero.

-¿Y eso cómo puedes saberlo? '

Penelope apretó los labios y apartó la mirada.

-No importa.

-¿Instinto femenino? -insistió Stefano. Al ver que ella se negaba a responder, se inclinó levemente hacia delante. Un sutil perfume femenino lo alcanzó de lleno con sorprendente intensidad. No recordaba haberlo percibido aquella mañana y, dado cómo le estaba afectando, se alegró de ello-. ¿O acaso no se puede permitir una consumada mujer de negocios poseer instintos? Supongo que entrarían en conflicto con tu habilidad para formular deducciones lógicas.

Al parecer, había dado en la diana. Un matiz de disgusto cruzó la expresión de Penelope. Su vestido color bronce crujió levemente.

-Según mi experiencia, lo que influye en los hombres son los hechos y los números, no los instintos de una mujer.

-¿Es eso lo que te enseñó tu tío? Penelope se encogió de hombros .

-Es una lección que aprendí por el camino duro. La lógica siempre gana —tras una pausa, preguntó-: ¿Y por qué estás tú aquí, Stefano?

Mirándola, él pensó que era una mujer encantadora, pero que sería un error subestimar su habilidad o su determinación.

-Por el mismo motivo que tú.

Para sorpresa de Stefano, un destello de preocupación cruzó el rostro de Penelope, aunque desapareció rápidamente.

-Te refieres a la gala benéfica.

-¿A qué otra cosa podía referirme?

-A ninguna -mintió Penelope con descaro.

Y entonces fue cuando Stefano lo supo. Penelope había ido allí por otro motivo. Miró a su alrededor, fijándose en las numerosas personas que abarrotaban la sala. Cornell estaba allí. En algún sitio. Estaba dispuesto a apostar todas sus acciones a que así era. Sin duda, la deliciosa señorita Penelope Wentworth esperaba organizar una cita

con él. Stefano sintió una furia tan intensa como inadecuada. Tuvo que recordarse que Penelope no lo estaba traicionando. Ella no era Kate. Penelope ya le había advertido que planeaba acudir a su competidor. Además, él no quería casarse con ella. Simplemente, quería hacerse con la Corporación Janus.

-Esta mañana me has dicho que tenía veinticuatro horas, cara mía.

-¿Sabes que hablas con acento cada vez que te disgustas?

-No me había fijado.

-¿Naciste en Italia? -insistió Penelope.

-No, nací aquí. Pero el italiano fue nuestra primera lengua. Aún hablamos entre nosotros en italiano, peleamos en italiano, expresamos nuestras emociones en italiano -Stefano bajó el tono de voz para añadir-: Hacemos el amor en italiano.

-Bastante razonable -replicó Penelope con increíble compostura. Si no hubiera sido por el destello de su mirada, Stefano habría creído que su último comentario no la había afectado.

Dio un paso hacia ella y no se molestó en disimular el acento que lo traicionaba.

-La mayoría de los competidores lo consideran una advertencia. Tal vez tú deberías hacer lo mismo. Y, una vez más, te repito que me habías dado veinticuatro horas.

En esa ocasión, Penelope no evadió la cuestión.

-Las tienes.

-Planeas verlo esta noche, ¿verdad?

-Esperaba poder quedar con él.

Tenía derecho a hacer lo que quisiera, se dijo Stefano. Él había rechazado su propuesta. No tenía intención de casarse con ella. De manera que, ¿a qué venía aquella actitud posesiva? No podía explicársela. Lo único que sabía era que un enfado totalmente irracional se había apoderado de él. Trató de convencerse de que se debía a la perspectiva de que Cornell llegara a hacerse con la Corporación Janus. Pero si eso era cierto, ¿por qué se sentía hostigado por una imagen de Penelope en brazos de Cornell? La mera idea de que la tocara estaba bastando para despertar el famoso genio de los Salvatore.

-Si conocieras a Cornell no querrías saber nada de él. Penelope se encogió de hombros.

-También he hecho que lo investigaran a él -miró a Stefano con una burlona sonrisa en los labios- Y después de leer los informes, tú me has parecido él más peligroso de los dos.

-En ese caso, o has contratado a un investigador bastante inútil, o Cornell se ha enterado de lo qué te traías entre manos y ha arreglado

las cosas para que el informe le favoreciera. No es un hombre con el que se pueda jugar.

-¿Y tú?

Stefano deseó poder explicarse, resumir todo lo que sabía sobre Cornell para que Penelope supiera cómo era aquel hombre. Pero hacerlo le llevaría horas. Además, si ella no se fiaba de su propia intuición, ¿cómo iba a fiarse de la de él?

-Tampoco -concedió-. No soy un hombre con el que se pueda jugar. Pero nunca te haría daño. No puedo decir lo mismo de Cornell.

Penelope lo miró con expresión divertida.

-Puede que te haya dado una impresión equivocada respecto a este matrimonio. No estoy planeando precisamente entregarme en cuerpo y alma al hombre con el que me case. Es algo meramente temporal. Sin consumación, ataduras ni obligaciones matrimoniales, ¿recuerdas?

Stefano apoyó las manos en sus hombros y la atrajo hacia sí. Luego inclinó la cabeza hasta que su boca quedó a apenas unos centímetros de la oreja de Penelope.

-Escúchame, Nellie, y escúchame bien. Con Cornell no tendrás la más mínima opción. El toma lo que quiere y lo descarta cuando se aburre de ello. Prometa lo que prometa, hará que tú formes parte del acuerdo.

-¿A qué te refieres? -preguntó ella, desconcertada.

-Utiliza tu imaginación.

Al comprender a qué se refería Stefano, Penelope hizo una mueca de desagrado.

-No puedes estar seguro de eso —protestó.

-Claro que lo estoy. Si le dices a Cornell que no quieres consumar el matrimonio, despertarás sus instintos de cazador. Aceptará, porque supondrá un reto al que no podrá resistirse. Y si no dices nada, te hará suya aunque solo sea para dejar su marca en ti. Y cuando esté satisfecho y considere que no puedes ofrecerle nada más, se librará de ti de la forma más humillante y pública que pueda.

Penelope se apartó y Stefano no trató de impedírselo.

-Estás mintiendo. Dices eso para que no me acerque a él.

-Tienes razón. Te he dicho eso para que no te acerques a él. Pero no te estoy mintiendo.

-¿Y cómo sabes que Cornell actuaría así?

-Eso no te lo voy a decir. Puedes creerme o no. Tú decides. Pero te lo advierto; si acudes a Cornell con tu proposición, lo lamentarás.

-¿No comprendes? -protestó Penelope-. No tengo otra opción.

-Claro que la tienes -¿cómo podía ser tan dura de entendederas una mujer tan lista?-. Tienes la opción de encontrar un hombre al que

puedas amar. Puedes casarte con él y hacer las cosas a la antigua usanza.

-No funcionaría. Todos los hombres que conozco esperan casarse con Penelope Wentworth. Stefano alzó una ceja al oír aquello.

-¿Y no se estarían casando con Penelope Wentworth?

Ella lo miró con un gesto desafiante que la transfiguró. De pronto, la mujer fría y racional de aquella mañana se esfumó. En su lugar apareció una mujer encendida, intensa, emocional y más deseable de lo que Stefano habría creído posible.

-Quieren mis empresas. No a mí. Quieren el mundo de las altas finanzas, las cenas de negocios, el trato con hombres importantes…

-Quieren a Penelope, no a Nellie. ¿Es eso? Penelope no ocultó la conmoción que le produjeron las palabras de Stefano.

-Sí -susurró-. Eso es exactamente a lo que me refería.;

Él no dijo nada. Admitir que deseaba más a Nellie que a Penelope habría sido como darle falsas esperanzas. No tenía intención de casarse con ella ni con ninguna otra mujer.

-No lo hagas, cara. No acudas a Cornell. Creía que había conseguido convencerla, pero, en el último instante, Penelope negó con la cabeza.

-Necesito casarme. Y necesito hacerlo cuanto antes. A continuación, giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud.

Stefano dejó que se fuera.

A fin de cuentas, no tenía ningún derecho sobre ella.

Penelope caminó decididamente por la sala, como si tuviera un destino específico en mente. En realidad, lo único que pretendía era alejarse lo más posible de Stefano. No iba a quedarle más remedio que tacharlo de su lista de posibles maridos. Era demasiado controlador. Demasiado exigente. Demasiado perspicaz. Se estremeció. Apasionadamente italiano. Seria un error elegirlo por encima de otro hombre más dócil.

Si al menos no lo encontrara tan atractivo…

-¿Penelope? -al volverse, Penelope vio que su tío estaba a su lado, mirándola con curiosidad-. Te estaba buscando.

-Lo siento, tío Loren -dijo ella, y enlazó un brazo con el de su tío-. Tenía que verme con alguien.

-Nunca dejas pasar una oportunidad para hacer negocios, ¿verdad? -preguntó él, orgulloso. Ella le apretó con suavidad el brazo.

-Aprendí del mejor.

-¿Quién es el hombre con el que estabas hablando? ¿Un posible cliente?

-Se llama Stefano Salvatore. Nos hemos conocido hace poco -ya

que las evasivas no formaban parte de la naturaleza de Penelope, añadió-: Para serte sincera, no es un cliente.

-¿Es un amigo? Parecía que estabas manteniendo una discusión bastante acalorada con él.

-Estábamos hablando de la Corporación Janus. Loren asintió.

-Ah, sí. De eso recuerdo el nombre. Los Salvatore llevan bastante tiempo interesados en adquirir Janus. También recuerdo vagamente que uno de ellos se había visto implicado recientemente en algún escándalo. ¿O estoy equivocado?

-Son rumores sin fundamento -Penelope desestimó la acusación como si fuera intranscendente-. Todo se debe a un desafortunado malentendido. Si no te importa, quiero intervenir para resolverlo.

-No es asunto tuyo.

-Desde luego. Sin embargo, creo que voy a convertirlo en'asunto nuestro.

Una inconfundible determinación matizó las palabras de Penelope, y Loren suspiró.

-Conozco demasiado bien ese tono como para ponerme a discutir contigo. Siempre manifestaste una lamentable debilidad por los desvalidos.

-Stefano está muy lejos de ser un hombre desvalido. Resolverá su problema por su cuenta en algún momento. Solo espero acelerar el proceso -Penelope dedicó a su tío una mirada pensativa-. ¿Qué sabes de los Salvatore? ¿Consideras que dirigen su negocio éticamente?

-Nunca he oído rumores de lo contrario… al margen de ese incidente. Creo que los Salvatore siempre han tenido una reputación excelente. ¿Por qué?

Penelope asintió con énfasis.

-Eso creía. Solo quena saber lo que pensabas sobre su empresa. Ya sabes que confío en tu opinión. ¿Y qué me dices de Robert Cornell? ¿Lo conoces?

Loren dudó.

-Sí.

-¿Y?

-Es un hombre de negocios realmente astuto.

-¿Y a un nivel más personal? Loren frunció el ceño.

-¿A qué viene ese repentino interés en Salvatore y en Cornell? ¿Es algo personal, o tiene que ver con los negocios?

-Ambas cosas. Sigúeme un poco la corriente, tío Loren. Piensa en los dos desde un punto de vista imparcial. Si tuvieras que confiar en uno de ellos, ¿a cuál elegirías?

-A Salvatore -respondió Loren de inmediato.

-Temía que dijeras eso -murmuró Penelope.

Volvió la mirada hacia Stefano. Estaba hablando con una pelirroja preciosa, sonriendo de un modo que hizo sentir a Penelope un extraño anhelo. Confiaba en los instintos de su tío tanto como en su propia habilidad para analizar y sacar conclusiones lógicas. Aunque superficialmente Cornell parecía el más de fiar de los dos, había algo que no encajaba. Tal vez se debía a que los informes que tenía sobre él eran demasiado perfectos. Ella nunca se había fiado de la perfección total. Normalmente, acababa por resultar decepcionante. Eso, combinado con la advertencia de Stefano…

No le llevó demasiado tiempo evaluar sus opciones. Decidió hacer un último intento con Stefano. Si rechazaba definitivamente su proposición, se pondría en contacto con Cornell y juzgaría por sí misma. Tal vez fuera realmente perfecto. Y aunque tuviera defectos, podría trabajar con él. Sonrió. Después de todo, había planeado trabajar con Stefano, y no había duda de que entre los defectos de este se hallaba la arrogancia.

Con paso decidido, avanzó hacia Stefano y deslizó una mano bajo su brazo. Necesitó todo su valor para sonreír a la pelirroja como si nada le preocupara en el mundo, mientras se arrimaba al hombre que estaba reclamando. Él la miró con expresión desconcertada.

-He pensado que podíamos discutir un poco más mi proposición -murmuró, en un tono claramente sensual y seductor que, sin duda, habría asombrado a sus compañeros de la junta directiva, si la hubieran escuchado.

Pero, en ocasiones, no había lugar para la lógica. Y sospechaba que aquella era una de ellas. Desafortunadamente, la voz era lo único con lo que contaba. Sin duda, una o dos lecciones de seducción habrían resultado más útiles en aquellas circunstancias que tantas clases de economía. Resultaba irónico, teniendo en cuenta que hasta entonces nunca había sentido la necesidad de seducir a un hombre.

-¿Has olvidado decirme algo? -preguntó la pelirroja a Stefano.

-Amorata -Stefano alargó hacia ella la mano que Penelope le había dejado libre—, bellísima, moglie mía, te juro que nunca en mi vida había visto a esta mujer.

Penelope se quedó boquiabierta.

-¡No… ! ¡No puedo creerlo! ¿Vas a quedarte ahí parado diciéndole que nunca nos hemos visto? Stefano asintió.

-Sí.

-Entonces, supongo que esta mañana no he ido a verte a tu despacho para hacerte una proposición.

Stefano murmuró algo en italiano antes de apartarse de ella para

colocarse junto a la italiana.

-Debe estar loca, Hanna. No se lo tengas en cuenta, por favor.

Para asombro de Penelope, Hanna se limitó a sonreír, indicando con ello lo segura que se encontraba de su posición. Pasó una mano bajo el brazo de Stefano de manera idéntica a la que había utilizado Penelope.

-Creo que sé lo que está pasando. Penelope no lo sabía, desde luego. Apoyó las manos en sus caderas y miró a la pareja con el ceño fruncido.

-Hace menos de doce horas que te he propuesto matrimonio, Stefano Salvatore. ¿Vas a negarlo?

Hanna y Stefano la miraron con una mezcla de diversión y asombro.

-¿Matrimonio?

-Exacto -replicó Penelope, retirándose tras su fachada más profesional, la que reservaba para las juntas más complicadas—. Y puedes ir olvidándote del plazo de veinticuatro horas, Stefano. Acabo de rescindirlo. Por lo que a mi respecta, nuestras negociaciones han terminado. Me voy a buscar a Cornell.

Giró sobre sí misma y se topó contra el impresionante pecho de un hombre. Alzó la mirada y se encontró ante unos ardientes ojos color marrón oscuro… uno ojos muy familiares.

-Oh, oh -murmuró.

CAPÍTULO 3

STEFANO apoyó una mano en su hombro.

-Hola, cara.

-¿Stefano? -susurró Penelope.

-En carne y hueso.

Ella miró hacia atrás y se estremeció.

-Si tú eres Stefano, ¿entonces quién es…?

-Permite que te presente a Marco, mi hermano gemelo, y a su esposa Hanna.

-No, gracias -logró decir Penelope con notable compostura-. Creo que prefiero ocultarme en cualquier rincón y sufrir mi humillación en privado.

-No creo -Stefano la tomó por los hombros y le hizo girar para que sufriera su humillación públicamente-. Marco, Hanna. Quiero presentaros a Penelope Wentworth, la dueña de Crabbe y Asociados.

-Deduzco que Penelope es tu nueva prometida, ¿no? -preguntó Hanna sin poder contenerse-. Tu padre estará encantado.

-No es mi prometida, ni nueva, ni de ninguna clase.

-Pues no es eso lo que nos ha dicho a nosotros…

-Basta, amorata -interrumpió Marco-. Deberíamos dejarles para que aclaren sus diferencias en privado -dedicó a su hermano una amplia sonrisa-. Ya lo interrogaremos más tarde. Puede que nos dé algunos detalles interesantes durante la próxima junta. Así no tendrá que repetir la historia media docena de veces.

Stefano clavó los dedos en los hombros de Penelope y esta se contrajo. Después le dirigió una parrafada en italiano a su hermano. A juzgar por la expresión de Hanna, tal vez fue mejor que Penelope no entendiera ni una palabra. En cuanto terminó, se la llevó prácticamente a rastras. La gente se apartó a su paso. Mientras a ella la miraban con evidente sorpresa, el desagrado que manifestaban las expresiones dirigidas a Stefano era palpable.

«¡Qué Dios lo ayude!», pensó ella, horrorizada. ¿Era así como lo trataban desde que circulaban aquellos rumores? Tenía la terrible sensación de que así era. Lo miró con preocupación. ¿Cómo podía soportar acudir a aquellas galas? Debían suponer una auténtica tortura para él.

Salieron por la puerta más cercana, que daba a un balcón desde el que se divisaba la bahía de San Francisco. Las luces de la ciudad brillaban a lo largo del Golden Gate y se reflejaban en el agua. De no ser por la furia que emanaba del hombre que estaba junto a ella, Penelope habría encontrado aquella vista tan relajante como

pintoresca. La luz de la luna iluminaba los marcados rasgos de Stefano, confiriendo a su apariencia una áspera belleza, una severa lejanía que Penelope no había visto antes. Trató de apartarse de él.

-Ya puedes soltarme.

Stefano hizo lo que le pedía. Ella esperaba que el hecho de que dejara de tocarla bastaría para que desapareciera la intensa conciencia que tenía de él en aquellos momentos, pero no fue así, cosa que la desconcertó. Había trabajado con hombres toda su vida y nunca había experimentado una atracción tan abrumadora por ninguno de ellos. ¿Por qué tenía que sucederle precisamente con Stefano? Reprimió un gemido. ¡Qué fastidio! No había duda de que casarse con él sería un error.

-¿Qué diablos creías que estabas haciendo? -preguntó él finalmente.

Penelope cruzó los brazos en torno a su cintura.

-Estaba dándote una última oportunidad antes de abordar a Cornell.

-¿Proponiéndole matrimonio a mi hermano? ¿Qué pasa? ¿Acaso te viene bien cualquier Salvatore para llevar adelante tus planes, incluso los casados?

-Oh, déjalo ya, Stefano -Penelope le dedicó su mirada más severa, aunque no le sirvió de nada, pues él siguió dedicándole la más intimidante de las suyas-. ¿Por qué tenéis que sacar los hombres las conclusiones más absurdas cuando os enfrentáis a las mujeres?

-Para tu información, cara, no tiene nada de absurdo que esté molesto porque le hayas propuesto a mi hermano que os caséis. Es totalmente razonable.

-¿Razonable? -Penelope experimentó un irracional arrebato de ira. ¿Cuándo era la última vez que había perdido los estribos? No podía recordarlo. Apoyó las manos en las caderas y dedicó una desafiante mirada a Stefano-. No tiene nada de razonable que estés molesto. Para tu información, no he propuesto a Marco que se case conmigo -se aclaró la garganta-. Al menos, no exactamente.

-¿Y cómo describirías tú «exactamente» lo que acabas de hacer?

-Estás siendo deliberadamente cerril. Sabes muy bien que he creído que Marco eras tú -Penelope alzó levemente la barbilla antes de añadir-: Ha sido un error perfectamente natural y comprensible.

-Lo que significa que no has sido capaz de distinguirnos. ¿Qué ha pasado con tu impresionante habilidad para sopesar, analizar y deducir?

Penelope apretó los puños. ¿Cómo se las arreglaba aquel hombre para hacerle perder el control con unas simples palabras?

-Por si nadie te lo había dicho hasta ahora, resulta que tu hermano y tú sois gemelos idénticos. Creo que a estas alturas ya deberías saberlo.

-Hanna nos distingue perfectamente.

-¡Eso es totalmente injusto! Hanna está casada con Marco. Es de esperar que pueda distinguiros.

-Pudo distinguirnos desde el principio -insistió Stefano con testarudez-. La primera vez que nos vimos supo que yo no era Marco.

-¡Pues la felicito! -Penelope se alejó un poco de él y las gafas botaron sobre su nariz con cada furioso paso. Murmurando impacientemente, las colocó sobre su pelo. Al volver la mirada hacia Stefano lo vio borrosamente, cosa que casi prefirió en aquellos momentos -Te he visto una sola vez. ¿Se supone que eso debería bastarme para distinguirte de tu hermano?

-Esta mañana has visto fotos de los dos en mi despacho. Sabías que tengo un hermano gemelo. Eres una mujer lista, una auténtica Sherlock Holmes capaz de analizar y utilizar la lógica. ¿No podías haber utilizado parte de tus habilidades deductivas para darte cuenta de tu error?

-¡Me he dado cuenta!

-Claro. Cuando te has vuelto y has chocado conmigo. Teniendo en cuenta que ya habías metido la pata con tu ridicula proposición de matrimonio, me temo que ha sido un poco tarde.

Penelope comprendió en ese momento.

-Por eso estás tan enfadado, ¿no? Te molesta que sepan que te he propuesto matrimonio.

-Sí.

La ira de Penelope remitió en gran parte al averiguar qué había disgustado a Stefano.

-Dile que solo era una proposición de negocios y que la has rechazado -sugirió-. Es sencillo, ¿no te parece?

-Si conocieras a mi familia no dirías eso. ¿Necesito recordarte que tengo cinco hermanos? Cinco hermanos que no dejarán pasar esto sin decir algo al respecto.

-Oh, ya lo capto -Penelope descartó la preocupación de Stefano con un despreocupado encogimiento de hombros-. Te tomarán un poco el pelo. Pero supongo que eso es lo que hacen la mayoría de los hermanos, ¿no? Yo no tengo hermanos, así que admito que desconozco el proceso.

Stefano le dedicó una mirada que sugería que en algún momento del futuro hablarían con más detalle de su pasado.

-Estoy acostumbrado a que me tomen el pelo -dijo-. Eso no me

preocupa. Lo que me preocupa es lo que pasará cuando se corra la voz de por qué me has propuesto matrimonio. ¿Y qué sucederá cuando tu tío se entere de lo que te traes entre manos?

-¿Existe esa probabilidad? ¿Tu familia…?

-Disfrutara discutiendo el asunto en profundidad. Y es muy probable que alguna secretaria chismosa o algún cliente capte algo. Mi familia no hará correr deliberadamente la información, pero ya sabes la facilidad con que se extiende un rumor.

Penelope frunció el ceño.

-Tío Loren se sentirá muy dolido, si no se entera por mí misma de mi intención de contraer matrimonio.

-Sospecho que se sentirá algo más que dolido. Se pondrá furioso. También sospecho que hará todo lo posible por impedirlo.

Era una posibilidad muy clara. Loren había llevado las riendas de las empresas de Penelope durante años. Estaba acostumbrado a ello, le gustaba hacerlo y pensaba seguir haciéndolo unos cuántos años más. Y a ella le habría encantado que las cosas siguieran así si…

-No comprendes, Stefano. Cuando esté casada… Él volvió a interrumpirla.

-Cuando estés casada, controlarás una junta directiva enfurecida. Dudo que comprendan tu necesidad de hacerte con el control. ¿Cómo afectará a tus negocios una lucha de poder? ¿O acaso eso no te importa?

-Claro que me importa. Estamos hablando de mis empresas.

-En ese caso, te sugiero que dejes las cosas como están. Has dicho que tu tío está haciendo un buen trabajo. Deja que siga haciéndolo.

-No comprendes.

-No, no comprendo -Stefano se acercó a Penelope y se apoyó en la barandilla junto a ella. Su enfado había desaparecido, pero la tensión permanecía-. Escucha, Nellie. No puedo pretender comprender la relación que mantienes con tu tío, pero en mi familia, los Salvatore permanecen unidos. La lealtad lo es todo para nosotros. Nunca actuamos de modo que podamos perjudicar nuestros intereses colectivos.

-Hay hechos que desconoces.

-Y supongo que esos hechos influirían en mi opinión, ¿no?

-Sí.

Stefano sonrió levemente.

-Y también supongo que no estás dispuesta a ponerme al tanto de esos hechos.

-No más de lo que tú estás dispuesto a ponerme al tanto sobre lo que sabes de Robert Cornell.

Stefano permaneció un momento en silencio antes de preguntar:

-Deduzco que sigues planeando pedirle que se case contigo.

-No tengo otra opción.

-¿Te importa que te haga una sugerencia? -Stefano no esperó a que Penelope respondiera-. No le digas el motivo de vuestro encuentro. Al menos, no el verdadero. No le hagas la proposición en vuestro encuentro inicial,como has hecho esta mañana conmigo.

-¿Por qué no?

Stefano miró hacia el mar con expresión distante.

-Trata de captar antes cómo es Cornell. ¿Harás al menos eso?

-¿Y si mi tío se entera de que voy a reunirme con él? ¿Cómo se lo explicaré?

-¿Y si se entera de «nuestro» encuentro? Teniendo en cuenta mi reputación, te resultaría aún más difícil explicárselo.

-Tu reputación no me preocupa.

-Pues debería preocuparte.

-Como ya te he dicho, no creo que seas culpable. Por tanto, tu reputación no tiene ninguna relación con mis actos o decisiones. Lo que necesito saber es si vas a poder conseguir que Marco y Hanna no hablen de lo sucedido.

-Durante un tiempo, al menos.

-Eso es todo lo que necesito -Penelope decidió que ya había llegado el momento de dar por concluido aquel encuentro. Si seguía con Stefano más tiempo, se sentiría tentada a hacer algo increíblemente estúpido. Como rogarle que se casara con ella- Te debo una disculpa. Te he complicado las cosas con tu familia.

-Sobreviviré.

-También te agradezco tus sugerencias.

-Han sido gratuitas. Penelope sonrió.

-Bien... -le ofreció su mano-. Gracias de nuevo. Stefano tomó su mano.

-Hay algo en todo esto que no encaja, Nellie. Yo lo sé. Tú lo sabes. Y Comell lo adivinará enseguida.

Penelope lo miró, momentáneamente aturdida. ¡Dios santo! ¿Cómo había podido delatarse tan fácilmente? Suspiró en silencio.

-No sé de qué estás hablando -logró decir con cierta serenidad.

-Claro que lo sabes. Lo que sucede es que no quieres dar explicaciones -la boca de Stefano se curvó en una peligrosa sonrisa-. Pero ya averiguaré de qué se trata.

-No tendrás oportunidad de hacerlo, ¿recuerdas? Mañana voy a verme con Robert Cornell.

Stefano no se molestó en seguir discutiendo.

-Eso ya lo has dicho.

-Y tú ya has dado por zanjado el asunto. Has tomado tu decisión, de manera que soy libre para abordar a quien quiera, ¿no?

-Este es un país libre, cara -la mirada de Stefano se volvió más intensa-. ¿O me estabas pidiendo permiso?

-Claro que no -Penelope miró hacia la luz que llegaba de la sala-. Ahora debo irme.

Había dado un solo paso cuando Stefano le hizo de tenerse. La tomó por la cintura y la atrajo hacia sí:

-Cuando acudas a Cornell, deberías tener en cuenta una última cosa.

Penelope captó la determinación de su mirada y supo lo que pretendía.

-Vas a besarme, ¿verdad?

-Ese pensamiento ha cruzado mi cabeza.

La respuesta de Penelope fue instantánea. Nunca se había sentido tan consciente, tan viva, con los sentidos tan despiertos. Ni siquiera en las reuniones de trabajo más animadas se había sentido tan sensible a la voz y las miradas de un hombre.

-¿Y qué se supone que va a demostrar ese beso? ¿Qué eres más atractivo que Cornell? ¿Debería permitir que él también me besara para poder comparar?

Los ojos de Stefano brillaron peligrosamente.

-Preferiría que no lo hicieras.

-¿Por qué? Tú no me deseas.

-Yo no he dicho eso -Stefano la atrajo aún más hacia sí, sosteniéndola como si fuera infinitamente valiosa-. Solo he dicho que no quería casarme contigo para conseguir la Corporación Janus.

Penelope disfrutó de la sensación de lo prohibido. Se había pasado la vida haciendo lo apropiado, lo necesario. Pero esto no tenía nada que ver. Y en ese momento comprendió que deseaba aquello más que nada en el mundo.

-De acuerdo, Stefano. Adelante. Bésame. Pero eso no probará nada.

-¿No? -el aliento de Stefano acarició la sien de Penelope, que tembló de anticipación-. Creo que probará algo muy importante.

Mientras murmuraba algo que solo podía ser una expresión cariñosa en italiano, apartó una mano de la cintura de Penelope y, con infinita delicadeza, deslizó lentamente un dedo desde su cuello y por su brazo hasta alcanzar el centro de la palma de su mano, excitándola con una facilidad asombrosa.

Penelope se estremeció mientras una deliciosa lasitud se apoderaba de ella. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía despertar Stefano en ella tal

pasión con aquel sutil contacto físico? Se humedeció los labios a la vez que se balanceaba hacia delante, desesperada porque la abrazara plenamente. ¿Por qué no la tomaba de una vez en sus brazos y la besaba como era debido?

-Aún no has contestado -dijo, luchando por recuperar la coherencia-. ¿Qué demostrará que me beses?

Stefano volvió a deslizar su dedo de abajo a arriba por el brazo de Penelope, y ella cerró los ojos a la vez que volvía a estremecerse.

-Nellie. Cara mía. Mírame.

Penelope no quería mirarlo, porque eso la obligaría a pensar en lo que le estaba haciendo. .

-Por favor, Stefano -¡bésame, maldita sea!

-¿Qué sientes, Nellie? ¿Qué estás pensando? Ella abrió un ojo.

-Para ser sincera, me siento bastante desesperada. Y estoy pensando que si no haces algo al respecto, voy a tener que enseñarte cómo se hace.

Cerró los ojos de nuevo y esperó mientras pasaba un minuto increíblemente largo. ¿Cuándo iba a besarla? Incapaz de contener su impaciencia, lo miró. La expresión del rostro de Stefano revelaba una pasión evidente, pero no se movió para satisfacer su deseo.

-Quieres que te bese, ¿verdad? -la urgencia de su voz solo sirvió para recalcar la fuerza de su deseo.

-Sí, quiero que lo hagas -admitió Penelope con sinceridad-. Mucho, si no te importa. Y pronto. Por ejemplo, ahora mismo.

Stefano no captó la indirecta.

-Eso debería hacerte ver que lo que buscas es algo más que una alianza económica. De hecho, apostaría lo que fuera a que lo último que tienes en mente son los negocios.

-Ganarías la apuesta -murmuró ella.

-¿No comprendes? Quieres algo más. Necesitas algo más. No te conformes con menos que una relación completa.

La curiosidad hizo mella en Penelope.

-¿Te sucedió a ti eso con tu ex prometida? ¿Es ese el sentido de esta demostración?

-Maldita mujer —había hecho la pregunta equivocada. La mirada de Stefano se oscureció y la boca que Penelope deseaba explorar tan concienzudamente como le fuera posible se comprimió en una tensa línea-. Estás realmente decidida a enfadarme, ¿no?

-No lo he hecho a propósito -la ronca risa de Penelope resonó entre ellos-. Creo que tío Loren lo describe como un talento especial.

-¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

-Todo. Hasta que has dicho que ibas a besarme. Luego esperaba

que sustituyeras tus palabras con actos-Penelope sonrió-. Y, por cierto, eso puedes tomártelo en serio.

-Eso había deducido -con gran suavidad, Stefano retiró las gafas del pelo de Penelope y se las coloco en la punta de la nariz. Ella suspiró decepcionada.

-Deduzco que no vas a besarme, ¿no?

-Eres una mujer muy lista.

Un ruido procedente del salón distrajo la atención de Penelope, que miró hacia la puerta. Bill Marks, el organizador de la gala benéfica, estaba en el umbral de entrada al balcón, observándolos.

-Hola, Bill. ¿Buscas a alguien?.

Bill dudó un momento y enseguida asintió.

-Lo cierto es que sí. Me gustaría hablar con el señor Salvatore.

-Escúchame, Nellie -dijo Stefano en voz baja—. Necesito que te vayas ahora mismo.

Penelope miró de un hombre al otro.

-¿Por qué?

-No quiero que te veas implicada en esto.

-¿En esto… ? -al comprender de pronto lo que sucedía, Penelope se volvió hacia Marks con el ceño fruncido-. ¿Qué pasa aquí, Bill?

-Señorita Wentworth, por favor. Preferiría hablar con el señor Salvatore en privado.

-Estoy segura de ello -Penelope adoptó una postura desafiante ante Stefano y se cruzó de brazos-. Pero no pienso irme. De manera que le sugiero que me diga lo que está pasando.

Stefano apoyó una mano en su hombro.

-No te entrometas. Esto es problema mío, y yo me ocuparé de resolverlo.

-Pero…

-Como supondrás, el señor Marks ha venido a pedirme que me vaya -la empujó con suavidad para apartarla de su camino-. No tengo por costumbre ocultarme tras las mujeres, Penelope. Y tampoco permito que se interpongan en la línea de fuego cuando alguien me está apuntando.

Penelope. La había llamado Penelope. Aquello la hirió más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho. También la enfureció.

-¿Es cierto lo que dice el señor Salvatore? -preguntó, y oyó que Stefano mascullaba una breve e intensa palabra en italiano-. ¿Ha venido a pedirle que se vaya, Bill?

El pobre hombre parecía desolado.

-Me temo que sí. Como organizador de la gala, es responsabilidad mía hacerme cargo de la situación. Si fuera por mí… -se encogió de

hombros-. Pero las cosas no son así. Y ya que esta es una gala benéfica, no podemos permitimos dar una imagen de…

Penelope sonrió con dulzura.

-¿Incorrección?

-Eso es.

Penelope tuvo una idea repentina.

-¿Y el problema es con todos los Salvatore, o solo con este?

Marks dudó un segundo, y esa fue su perdición. Stefano se irguió junto a Penelope, que casi pudo oler su furia ante la posibilidad de que su familia se viera amenazada en conjunto.

-¿Quién está detrás de esto? preguntó, y su voz sonó como un látigo.

-Nadie. ¡Todo el mundo! No puedo decirlo, señor Salvatore. A mí solo me han pedido que me haga cargo de la situación.

-¿Quién? Déme un nombre.

-No puedo hacerlo. Perdería mi trabajo si hiciera algo así.

Penelope decidió intervenir de nuevo. Sabía que irritaría a Stefano, pero eso no tenía remedio.

-Me decepciona, Marks. Crabbe y Asociados y Salva-tores siempre han apoyado estas galas benéficas. Pero me temo que no va a quedarnos más remedio que reconsiderar nuestra posición.

-Por favor, señorita Wentworth. Preferiría que no hiciera algo así. Usted ha sido siempre muy generosa.

-Dígame… ¿ha habido alguna vez el más mínimo indicio de incorrección en lo que a mis empresas se refiere?

-¡Nunca!

-¿Y si yo respondo por los Salvatore?

-Te he dicho que no te entrometas, cara -interrumpió Stefano.

Penelope siguió mirando a Marks mientras contestaba.

-Puede que este sea un buen momento para decirte que no me gusta recibir órdenes. Estoy mucho más acostumbrada a darlas -de pronto tuvo una idea; la solución perfecta para el problema que se había planteado-. Ya sé. Bailaremos.

-¿Disculpa?

-Bailaremos -Penelope se volvió hacia Stefano-. Tú y yo. Y después bailaré con todos tus hermanos mientras tío Loren lo hace con sus esposas. Y nos reiremos. Mucho. También hablaremos con algunas personas clave que tienen suficiente influencia como para acabar con los rumores y que estarán totalmente dispuestos a colaborar si quieren seguir haciendo negocios con mi empresa.

-No te entrometas en esto -advirtió Stefano-. Puede que averigües que no tienes tanta influencia como crees. La sonrisa de Penelope se

desvaneció.

-¿Recuerdas que hace un rato me has pedido que me fiara de tu criterio en lo referente a un tema de mutuo interés? -preguntó con delicadeza.

Stefano suspiró.

-Supongo que ahora quieres que yo me fíe del tuyo.

-Haremos un trato. Yo seguiré tu consejo y no abordaré ese asunto en particular como lo he hecho esta mañana contigo.

-¿Y a cambio? Penelope volvió a sonreír.

-Bailaremos -miró a Marks-. Le sugiero que espere aquí un rato, Bill. Disfrute de la vista. No creo que vaya a tener que volver a preocuparse por nada… incorrecto.

-Gracias, señorita Wentworth. Supongo que tiene razón.

-Sí, yo también supongo que tengo razón. Normalmente la tengo -a continuación pasó una mano bajo el brazo de Stefano y se encaminó con él hacia el salón de baile-. Y ahora, señor Salvatore… ¿dónde estábamos antes de ser interrumpidos de manera tan grosera?

-Yo iba a dejarte y tú ibas a organizar tu encuentro con Cornell -contestó él rápidamente. Ella le dedicó una mirada elocuente.

-Que yo recuerde, estabas a punto de besarme.

-Y que yo recuerde, estaba a punto de no besarte. Por una vez en mi vida, había planeado no correr riesgos.

-Es una lástima.

Los labios de Stefano se curvaron en una irónica sonrisa.

-Yo pienso lo mismo.

-¿Crees que bailar carecerá de riesgos?

-¿Contigo? Sinceramente, lo dudo.

Penelope también lo dudaba. Sin embargo, estaba segura de que no sería tan peligroso como besar a Stefano Salvatore. Sospechaba que habría sido una actividad muy agradable antes de casarse y acabar con cualquier placer Futuro.

Stefano miró a la mujer que tenía a su lado. Había juerido besarla. La había sostenido entre sus brazos y se labia sentido consumido por la urgencia de cubrir aquella joca con la suya y explorar su cálida y sedosa profundidiad. Ella no se habría resistido. No. Lo había deseado tanto como él. Entonces, ¿qué lo había detenido?

Sabía cuál era la respuesta. La conmoción que había lecho que Penelope se estremeciera cuando la había tobado, combinada con el asombro de sus brillantes ojos dorados, le habían hecho dudar. Por un instante, había logrado distraerla de su propósito, la había obligado a reconocerlo como hombre en lugar de como una solución a os problemas que tenía con sus empresas. Ese hecho debería haberle

producido una gran satisfacción.

Pero, en lugar de ello, le había hecho volverse cauteloso.

Había en Penelope cierto aire de pureza, casi de virginidad, que lo asustaba; parecía una Bella Durmiente esperando a ser despertada por un beso de amor verdadero. Y no iba a ser él quien la despertara. No mientras su reputación estuviera arruinada. No sería justo para ninguno de los dos. De hecho, de no ser por aquella última amenaza al negocio de los Salvatore, nunca habría permitido que Penelope siguiera adelante con el plan que se le acababa de ocurrir. Simplemente se habría ido.

Pero alguna de las personas presentes en aquella gala benéfica pretendía destrozar el negocio familiar. Y no estaba dispuesto a permitir que sucediera algo así. Contempló con fiereza la multitud reunida en el salón de baile. Quienesquiera que fueran deberían haberse limitado a tratar de arruinarlo personalmente. Porque en el momento en que habían atacado a su familia en conjunto habían cometido un error garrafal.

Nadie jugaba con lo que era suyo.

Miró a Penelope.

-Lo prometo, cara. Tú no vas a resultar perjudicada por esto. Si alguien trata de…

-Déjame adivinar -ella se deslizó entre sus brazos con una gracia y una elegancia innatamente femeninas que apelaron a todo lo que había de masculino en Stefano-. Le harás pagar por ello. Al igual que le harás pagar por lo que trata de hacer a tu familia.

Stefano comenzó a bailar a la vez que su expresión se transformaba de feroz en indulgente.

-¿Tan bien me conoces?

-Ni mucho menos -murmuró Penelope.

Pero sabía que en aquellos momentos lo conocería algo mejor si la hubiera besado. Había deseado aquel beso con una desesperación desconocida a su naturaleza. Cuando Stefano la había tomado entre sus brazos se había sentido abrumada por el impulso de explorar cada milímetro cuadrado de su fascinante boca. Pero, ¿qué había hecho que él se detuviera?

Podía adivinarlo.

No la deseaba. Aquella mañana, ella había entrado en tromba en su despacho para hacerle una proposición de matrimonio. O, más bien, una proposición de negocios. ¿Acaso había temido Stefano verse obligado a aceptar su proposición si la besaba? ¿O no estaba interesado en ella en ningún aspecto?

Pero no importaba, se dijo con estoicismo. De hecho, era lo mejor.

Por unos instantes, había perdido de vista su verdadera meta. Eso nunca le había sucedido antes. Nunca. Evidentemente, Stefano Salvatore era un hombre peligroso, y sería un error implicarlo en su plan para conseguir el pleno control de Crabbe y Asociados. No podía permitirse una distracción como aquella. No si esperaba tener éxito.

Suspiró y se arrimó un poco más a él. En realidad, era una pena. Nunca había conocido a nadie con aquella capacidad para distraerla. Habría sido interesante averiguar hasta qué punto podría haber llegado aquella distracción.

CAPÍTULO 4

STEFANO miró a sus hermanos con incredulidad. -Supongo que estáis bromeando, ¿no? -No, no estamos bromeando -contestó Lúc, el mayor-. El momento no podía ser más adecuado. Hace tiempo que hablamos de expansión comercial. Dom está en Italia, de manera que no tenemos por qué preocuparnos por ninguna desaprobación paternal. Tú mismo has dicho que la señorita Wentworth nos está ofreciendo un negocio interesante…

-¿Queréis que me case con una persona a la que no conozco ni amo para que podamos ampliar nuestros negocios?

-No -replicó Lúc-. Queremos que te cases con la señorita Wentworth para que Cornell no nos deje fuera del negocio. La expansión es un añadido. Si ella planeara abordar a cualquier otro, lo habría dejado pasar. Pero todos sabemos que Cornell juega sucio.

-¿Tan duro sería? -preguntó Marco-. Anoche parecía bastante interesada en ti.

Stefano lanzó una mirada iracunda a su hermano gemelo.

-No. Parecía bastante interesada en ti.

-Ese es un detalle sin importancia -replicó Marco-. Lo importante es que está interesada. Y es evidente que preferiría hacer negocios contigo que con Cornell. ¿Por qué decepcionarla?

-Planea arrebatar a su tío la dirección de las empresas. Exasperado, Marco arrojó la pluma que tenía en la mano sobre el escritorio.

-¿Y qué? A fin de cuentas son suyas, ¿no?

Stefano apartó su asiento de la mesa y se levantó. Sus hermanos se habían aliado contra él, y eso no le gustaba en lo más mínimo. Se acercó hasta los ventanales de la sala y miró el edificio de Penelope. Frunció el ceño.

-Hace muchos años que su tío dirige Crabbe y Asociados. Él sabe lo que hace.

-Penelope está decidida a casarse -dijo Lúc con molesta lógica-. Y, por lo poco que nos has contado, está dispuesta a hacerlo contigo o con otro. ¿Por qué no beneficiarnos de esa circunstancia?

-¿Harías tú algo así? -preguntó Stefano.

-Yo ya estoy casado.

-Vamos, Lúc. Ya sabes a qué me refiero. Si no estuvieras casado con Grace, ¿te casarías con una desconocida solo por los beneficios que hacerlo reportaría a la empresa?

-Ese no es un asunto discutible -contestó Marco por su hermano-, ya que a ti te atrae Penelope. Vamos, Stef. Admítelo. La deseas.

La mandíbula de Stefano se tensó visiblemente.

-¿Qué tiene que ver eso con nada?

-La conoces hace muy poco y ya te tiene enganchado -Marco sonrió-. A mí me pasó lo mismo cuando conocí a Hanna. Lo supe al instante.

-Yo no estoy enamorado de esa mujer -espetó Stefano-. Sería como enamorarse de... ¡de un ordenador! Marco se encogió de hombros.

-Hanna también estaba obsesionada con los negocios. Tu misión consiste en hacerle ver que hay algo más en la vida que el trabajo. Y creo que podrás hacerlo.

-Considera las alternativas -añadió Lúc-. Piensa en lo que supondría para Salvatore que Cornell se hiciera con Janus.

-Supongo que sería mucho esperar que Cornell rechazara su propuesta, ¿no? Lúe movióla cabeza.

-Estoy seguro de que la encontrará irresistible. No dudará un instante en aceptarla.

Stefano no podía discutir aquello. Pero el comentario de su hermano le hizo recordar algo que había dicho Penelope el día anterior... algo sobre que los hombres que conocía buscaban a Penelope, no a Nellie. Buscaban los beneficios que podía aportar al matrimonio, no a ella como persona. Apretó los dientes. Cornell no sería diferente. En todo caso, sería peor. La mera posibilidad de que Penelope se ofreciera a un hombre como aquel...

-¿Cuánto tiempo crees que tardaría en hacernos arrojar la toalla? -insistió Lúc al percibir la debilidad de su hermano.

-No mucho -anunció Alessandro, que acababa de entrar en la sala. Era el segundo y más alto y fuerte de los Salvatore. También era el más duro-. El asunto es peor de lo que nos temíamos.

-¿Hasta qué punto? -preguntó Stefano.

-Cornell estaba tras el incidente de anoche. No solo exigió a Marks que echara a Stefano, sino que aseguró que habían surgido nuevas evidencias que implicaban a todos los Salvatore en el incidente con los Bennett.

-¡Lo demandaremos!

-Al diablo con los tribunales -protestó Piero-. ¿Por qué no vamos a visitar a Cornell y le explicamos sus errores en persona?

Rocco apretó los puños sobre la mesa.

-Yo estoy listo.

-No -interrumpió Lúe-. Hay otro modo de ocuparse de Cornell. Uno que lo dejará permanentemente fuera de nuestro camino. ¿No es cierto, Stefano?

Stefano sentía cómo se cerraba la red en torno a él.

-¿Qué ha pasado con la premisa de los Salvatore de que solo nos casamos por amor?

-No serás el primero en desmentirla -dijo Alessandro-. Yo voy un paso por delante de ti.

-~¿Y dos divorcios en la familia lo hacen más aceptable? Al menos tú te casaste por amor, aunque no durara.

Marco se acercó a Stefano y apoyó una mano en su hombro.

-¿Y tú no? -preguntó en voz baja-. Hay algo entre la señorita Wentworth y tú. Sé que es demasiado pronto para llamarlo amor, pero, ¿y si lo es? Tus sentimientos por ella podrían desarrollarse con el tiempo. Si se casa con Convelí, nunca llegarás a saberlo. Stefano se encogió de hombros.

-Estás soñando.

-Pero son sueños agradables, ¿verdad?

-Marco…

-Si aún no estás convencido, piensa en cómo nos defendió anoche. Bailó con cada uno de nosotros, poniendo en juego su reputación. Eso no le habrá sentado bien a Cornell. Cuando averigüe lo que Penelope quiere de él, se casará con ella. Se quedará con su empresa -con expresión de pesar, Marco añadió-: Y luego, le hará pagar por haber tenido el descaro de entrometerse en sus planes.

Marco tenía razón y Stefano lo sabía. Sin duda, Cornell debió enfurecerse mucho la noche anterior. De hecho, no hizo ningún intento por ocultarlo, cosa que impulsó la investigación de Alessandro.

Stefano sabía que estaba en deuda con Penelope. Toda la familia lo estaba. Había hecho lo prometido bailando con todos, e incluso insistió en que se quedaran hasta el amargo final, riendo y bromeando como si no les preocupara nada en el mundo. Se comportó de modo especialmente encantador con las tres esposas, Carina, Gráce y Hanna. Al final de la velada, ya charlaban como si fueran amigas de toda la vida.

Y durante aquella inacabable noche, Stefano anheló poder llevarse a Penelope de nuevo al balcón para terminar lo que habían empezado. Para tomarla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido, hasta que olvidara todo lo referente a Cornell, la Corporación Janus y su absurda búsqueda de un marido.

Miró hacia la ventana que, según el investigador que había contratado, pertenecía al despacho de Penelope. ¿Cómo iba a permitir que corriera el riesgo que parecía dispuesta a correr? A pesar de su experiencia en el mundo de los negocios, no tenía ni idea de lo que podía suponer tratar con Cornell. Además, ¿cómo iba a permitir que este la tocara?

Sencillo. No iba a permitirlo.

-Bien -dijo, y se volvió hacia sus hermanos-. Volveré a verla. No prometo que vaya a casarme con ella, pero trataré de asegurarme de que nos venda la Corporación Janus.

-¿Hablarás con ella antes de que se vea con Cornell?

-No soy tonto -Stefano cerró los ojos. «¡No, solo eres un idiota!», dijo para sí-. La llamaré.

-Mejor aún, ve directamente a verla -sugirió Marco-. Utiliza parte del encanto de los Salvatore para tratar a las mujeres.

-A ella no le gusta el encanto. Me lo ha dicho.

-En ese caso, utiliza la lógica. Y si eso no funciona…

-¿Qué? Marco sonrió.

-Trata de darle el beso que te pidió anoche.

Stefano no había ido a verla. Penelope suspiró, frustrada. Esperaba que hubiera ido a verla, que hubiera sopesado las ventajas y desventajas y hubiera llegado a la conclusión de que le convenía casarse con ella.

Apretó impulsivamente el botón del intercomunicador para hablar con su secretaria.

-¿Hay algún mensaje?

-Catorce llamadas y diecinueve correos electrónicos.

-¿Alguno de… ?

-Ninguno del señor Salvatore. Lo siento, señorita Wentworth.

La compasión que percibió en el tono de Cindy hizo que Penelope recuperara de inmediato su dureza.

-Voy a Benjamin a reunirme con Cornell. Si mi tío pregunta por mí, dile que he salido a comer con un posible cliente, por favor. No debes decirle bajo ningún concepto con quién estoy ni dónde.

-Muy bien, señorita Wentworth. ¿Y si llama el señor Salvatore?

-No llamará.

Penelope desconectó el intercomunicador y se levantó.

Recogió su bolso y echó un último vistazo a su despacho. Tal vez debería cambiar la decoración, incluir algunos muebles en tonos más cálidos y acogedores. Y colgar algunas fotos de sus padres y tía Loren en la pared. Tomó nota mental para mencionárselo a Cindy, pero cambió de opinión al instante. No, aquel sería uno de los «molestos detalles» de la vida de los que se ocuparía personalmente. Después de todo, ya era hora de que empezara a hacerlo.

-¿Dónde está?

-Lo siento, señor, pero la señorita Wentworth no está libre.

-Para mí, sí.

Stefano pasó junto a la secretaria de Penelope y empujó la puerta

que daba al despacho. Estaba vacío. Incapaz de contenerse, pasó al interior y observó la decoración con una vaga sensación de preocupación. Resultaba frío y severo. Funcional. Carecía del más mínimo detalle personal, y era evidente que estaba única y exclusivamente enfocado para los negocios. Como le había advertido la secretaria, Penelope se había ido, dejando tras ella un delicioso rastro del perfume que llevaba la noche anterior.

Al menos eso no era solo «negocios».

-¿Dónde está? -preguntó.

-No puedo…

Stefano se volvió hacia la secretaria.

-Deje que le facilite las cosas. Soy Stefano Salvatore. Nellie y yo tenemos… un arreglo pendiente. Me veo obligado a asumir que, debido a mi retraso, ha ido a reunirse con Cornell para comer. ¿Es así?

La expresión de la secretaria le dio la respuesta.

-En ese caso, todo lo que necesito es que me diga dónde y cuándo.

-No puedo darle esa información. Si lo hiciera, perdería mi trabajo.

-Eso no debe suceder -reconoció Stefano.

Pensó con rapidez. ¿Dónde llevaría a comer alguien como Nellie a un posible asociado al que pensaba proponerle una «fusión» tan peculiar? No necesitó pensarlo demasiado. A Benjamín. Era un lugar tranquilo, exclusivo, muy privado… y demasiado insípido para su gusto. Era un restaurante muy utilizado por hombres y mujeres de negocios para cerrar importantes tratos comerciales.

Stefano dedicó a la secretaria una decidida mirada.

-¿A qué hora es su cita en Benjamín?

-¿Cómo… ? -Cindy cerró la boca-. Al mediodía. Pero si la señorita Wentworth se entera de que se lo he dicho, más vale que tenga un buen trabajo esperando para mí. Y le aseguro que no soy precisamente barata.

-No va a ser despedida. Puede que incluso consiga un aumento -o lo conseguiría en cuanto convenciera a Penelope de que le convenía más casarse con él que con Cornell.

-Le tomo la palabra -la secretaria miró su reloj-. Por cierto, me llamo Cindy. Y si quiere llegar a tiempo, más vale que se dé prisa. La señorita Wentworth cree firmemente en la puntualidad, tanto para sí misma como para los demás.

Mientras salía del edificio, Stefano comprobó en su reloj que apenas faltaban diez minutos para el mediodía. Pero el destino parecía estar de su lado. Un taxi se detuvo en la acera en el momento en que alzó el brazo y lo dejó ante la entrada de Benjamín un minuto antes de las doce. A las doce en punto se acercó a Penelope mientras ella y

Cornell eran conducidos a su mesa.

-Siento llegar tarde, cara -dijo.

Pasó una mano por su cintura, la apartó del lado de Cornell y la estrechó entre sus brazos. En esa ocasión no dudó. La besó. Se produjo un intenso silencio a su alrededor, como si el mundo entero se hubiera detenido a mirar. Sin duda, había logrado captar la atención de quienes los rodeaban. Pero aquello no preocupó a Stefano, porque estaba concentrado en algo mucho más interesante.

El día anterior había hecho el tonto. Tuvo la oportunidad de besar a Penelope en privado y no la aprovechó. No volvería a cometer aquel error. Bajo su exterior de fría mujer de negocios, Penelope Wentworth era una mujer exuberante y deliciosa.

Se resistió ligeramente, pero todo cambió en un instante. Fue como si su cuerpo reconociera y aceptara de pronto lo que su mente rechazaba. Con el más delicado de los gemidos, se abrió a él, dándole la bienvenida. Sus labios eran suaves y carnosos, y sabía a café y a una dulzura única que Stefano nunca había experimentado. Para su sorpresa, ella deslizó las manos bajo su chaqueta y las apoyó en su espalda para atraerlo hacia sí.

Su respuesta fue inmediata. Hundió los dedos en el pelo de la nuca de Penelope y le hizo inclinar la cabeza para acceder más cómodamente a su boca. Luego bebió de ella con exigencia, reclamando tanto como estaba dando. Ella le devolvió el beso con urgencia, haciéndole percibir un anhelo subyacente, una necesidad que Stefano deseó poder satisfacer allí mismo. Desafortunadamente, era imposible. Debería haber aceptado su oferta de la noche anterior, cuando tuvo la oportunidad de llevar a una conclusión más satisfactoria el desesperado deseo que estaba creciendo entre ellos.

Reacio a concluir el beso, antes de soltar a Penelope, saboreó una última vez sus labios. Y cuando se apartó y la miró, comprobó de nuevo hasta qué punto era una mujer apasionada y vibrante bajo cuyo exterior latía un inconfundible anhelo. Fue una revelación apabullante, y en lo que a Stefano se refería, selló su destino.

-Ahora eres mía -susurró contra su boca-. Firmado, sellado y entregado.

-¿Tenemos un acuerdo? -susurró ella.

-Condicionado a las negociaciones finales.

-De acuerdo.

-¿Lo sellamos con otro beso?

Penelope rechazó con pesar la propuesta de Stefano.

-Creo que resultaría poco adecuado en las presentes circunstancias.

-Aguafiestas.

Penelope se arriesgó a echar un rápido vistazo por encima del hombro.

-¿Qué hacemos con Cornell?

-Necesito que confíes en mí. Sigúeme la corriente, ¿de acuerdo?

-Será duro -replicó Penelope en tono irónico-, pero lo intentaré.

-Disculpa, Penelope -interrumpió Cornell, claramente irritado-. ¿Vamos a comer o no?

Ella trató de ocultar su incomodidad tras una máscara de enérgica profesionalidad.

-Lo siento, Robert -hizo las presentaciones mientras eran conducidos hacia su mesa-. ¿Conoces a Stefano Salvatore?

Cornell rio.

-Es posible. Hay tantos Salvatore que resulta difícil seguirles la pista —simuló meditar un momento-. ¿Es este el ladrón?

Stefano recibió el insulto con una amplia sonrisa. Apartó una silla para Penelope y luego se sentó junto a ella.

-Te lo voy a explicar con claridad -informó a Cornell con mucha calma-. Soy el que está a punto de casarse con Nellie.

-¿Nellie? -Cornell frunció el ceño-. ¿Quién es Nellie?

Penelope suspiró.

-Se refiere a mí.

Cornell solo necesitó un instante para comprender. La noticia no le hizo ninguna gracia.

-¿Vais a pasaros?

-Lo antes posible -contestó Stefano.

-¿Y cómo encajo yo en el asunto?

-No encajas.

Penelope se movió en el asiento, incómoda, consciente de que los siguientes minutos iban a ser extremadamente delicados.

-Tal vez debería explicar…

-Deja que yo lo haga, por favor -interrumpió Stefano, y se apoyó contra el respaldo de su asiento-. Mi prometida y yo pensábamos hacerte una oferta por tu empresa. Si estás interesado, podemos discutirlo durante la comida.

Cornell rio despectivamente.

-¿Una oferta por mi empresa? Supongo que se trata de una broma, ¿no?

-En absoluto.

-Tienes mucho valor, Salvatore. Eso al menos he de concedértelo. Pero, ¿te importaría explicarme por qué crees que podría interesarme vender mi empresa? En todo caso, debería ser yo el que se ofreciera a comprar la tuya. Dada tu actual reputación, no creo que vayas a poder

seguir mucho tiempo en el negocio.

-Estás equivocado. Salvatores quiere darte la oportunidad de retirarte con dignidad mientras puedas -la expresión de Stefano se heló cuando añadió-: Antes de que se haga público que vamos a ser los nuevos dueños de la Corporación Janus.

-¿Qué diablos significa eso? -Cornell dedicó a Penelope una mirada furiosa-. Dijiste que tenías algo que podría interesarme adquirir, no que pretendías comprar mi empresa.

Penelope impresionó a Stefano con una insulsa sonrisa y un leve encogimiento de hombros.

-No sé qué juego os traéis entre manos, pero estáis cometiendo un error -Cornell apartó su silla de la mesa y se levantó-. A mí no me gusta jugar solo.

-Eso he oído decir de ti -murmuró Stefano. Cornell apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia, ellos.

-Os vais a arrepentir de esto. Nadie me trata impunemente como a un tonto -miró fijamente a Stefano-. La Corporación Janus aún no es tuya, Salvatore. Y aunque acabes consiguiéndola, me ocuparé de que no te beneficies de ello.

Stefano se levantó lentamente. Su tamaño y estatura eran lo suficientemente intimidantes como para hacer que el otro hombre se apartara.

-Dame una excusa. ¿Crees que quiero comprarte? -el sonido de su risa hizo que Penelope se estremeciera-. Quiero que pagues por lo que le has hecho a mi familia.

-Me temo que tu típico encanto Salvatore te está fallando -espetó Cornell-. Es la segunda vez que veo que sucede. Primero con Kate Bennett y ahora aquí -alargó una mano y tomó entre sus dedos uno de los rizos de Penelope-. ¿Qué te parece, Nellie? Deja a Salvatore y apóyame a mí. Te garantizo que saldrás ganando.

-Aparta esa mano de ella.

La orden, emitida con un marcado acento italiano, surgió como suave rumor. Por algún motivo, ese hecho hizo que resultara más letal. Las personas cercanas a la mesa dejaron de hablar y volvieron la mirada. El silencio se prolongó interminablemente, hasta que Cornell retiró la mano y se apartó.

-Esto no ha acabado, Salvatore. Stefano mostró sus dientes en una feroz parodia de sonrisa.

-Suponía que dirías eso.

Había cierta falta de dignidad en un hombre tratando de mostrarse despreocupado mientras guardaba el rabo entre las piernas y huía. No podía decirse exactamente que Cornell estuviera huyendo, pues se

alejó con paso tranquilo, pero nadie podía dudar de que no le había quedado más remedio que retirarse ante un macho dominante. Stefano sonrió. Saborearía largo tiempo ese recuerdo. Era una lástima que sus hermanos no hubieran estado allí.

-Estás disfrutando de esto -dijo Penelope de repente, sin ocultar su indignación.

-No sabes hasta qué punto.

-Pues no pienso aguantarlo. Has dicho que me fiara de ti, no que ibas a luchar por mí como un perro asilvestrado -se levantó de su asiento y se volvió hacia Stefano-. Veo que voy a tener que hacerme cargo de la situación. Vamonos, Stefano. Continuaremos con este asunto en mi despacho, donde podremos dejarlo zanjado en privado.

-Siéntate, Nellie.

-A mí no puedes darme órdenes como a Cornell -seguían siendo el centro de atención de las miradas, y un intenso rubor cubrió las mejillas de Penelope-. No pienso aguantarlo.

Stefano no alzó la voz, pero su entonación fue implacable.

-He dicho que te sientes.

Penelope se inclinó hacia él hasta que sus narices estuvieron a punto de tocarse.

-Escúchame, Salvatore, y escúchame bien.

A Stefano le gustó que Penelope tratara de mantenerse firme en su terreno. Casi ninguna mujer se habría atrevido a hacerlo después de la escena con Cornell. Aquello sugería que en su matrimonio habría un equilibrio de fuerzas. Y el beso que habían compartido también sugería que habría un equilibrio de pasiones. Se cruzó de brazos.

-Te estoy escuchando.

-Ya que es evidente que no quieres ir a mi despacho, me voy a sentar. Pero eso no significa que hayas ganado. ¿Has entendido? No acepto órdenes de nadie, por muy bien que sepan gruñir y bramar.

Stefano alzó una ceja.

-¿Crees que gruño y bramo bien?

-Magníficamente.

-Entendido -Stefano esperó unos segundos antes de preguntar-. ¿Te importaría decirme por qué has decidido quedarte?

-Porque tengo hambre, me gusta la comida de Benjamín y cuesta mucho conseguir una mesa -Penelope volvió a sentarse y tomó el menú de la mesa-. La gente está mirando.

-¿Te quedas porque no quieres provocar una escena o porque quieres comer?

-Después de considerar mis opciones, he decidido que lo más razonable es comer -Penelope pasó una página del menú-. Además, es

el único motivo que pienso reconocer.

Oculta tras el menú, se perdió la tierna sonrisa de Stefano, que empezaba a encontrar absolutamente irresistible a su futura esposa.

-Eso suponía.

-Cornell y tú ya os conocíais, ¿no? -Penelope lo miró por encima del menú con el ceño ligeramente fruncido-. Me refiero al margen de los negocios.

-Nuestros caminos se han cruzado en un par de ocasiones -replicó Stefano en tono lacónico.

-Eso deduje, por lo que me dijiste anoche sobre él. Pero hay algo más, ¿verdad? Hay algún problema entre vosotros -Penelope bajó un poco más el menú-. ¿Por qué no me lo habías dicho?

-Porque no tiene nada que ver contigo.

-Supongo que te refieres a que no «tenía» nada que ver conmigo. Como tu futura esposa, merezco saber la verdad.

-Tal vez estaría de acuerdo en eso si fueras a ser una esposa «real» -dijo Stefano-. Pero como mera asociada temporal, no es un asunto que te concierna.

-Tiene algo que ver con una mujer, ¿verdad? -adivinó Penelope-. ¿Con tu ex prometida, tal vez?

-Prueba uno de los colines para el aperitivo. Están muy buenos.

-¿Qué hizo Cornell? ¿Salir con ella después de que te dejara? ¿Animarla a que lo hiciera?

-No vas a parar hasta que responda a tus preguntas, ¿verdad?

-Soy muy persistente. Stefano movió la cabeza.

-«Entrometida» me parece un adjetivo más adecuado.

-Decidida.

-Testaruda.

-Todo depende del punto de vista -replicó Penelope, desestimando la crítica de Stefano con un gesto de la mano-. Dime la verdad. ¿Fue Cornell el culpable de que tu compromiso fracasara, o se entrometió después?

-Precedió al hecho.

-Por eso me advertiste sobre él, porque temías que utilizara conmigo los mismos trucos que con tu ex -la boca de Penelope se curvó en una sonrisa ladeada, precediendo a su sensual y ronca risa-. Fue un detalle muy dulce por tu parte.

Stefano se inclinó hacia ella y le quitó el menú de las manos.

-Siento destrozar tus ilusiones, cara, pero todo esto no tiene nada que ver con la dulzura. Tenemos un acuerdo comercial, ¿recuerdas? Penelope dejó de sonreír.

-Claro que lo recuerdo.

-Debías elegirme a mí o a Cornell -Stefano la tomó por la barbilla para obligarla a mirarlo-. Ya has tomado tu decisión y ahora debes atenerte a ella. Yo me ocuparé de que así sea.

Un destello de irritación cruzó la expresión de Penelope.

-Nunca en mi vida me he echado atrás en un trato.

-Eso dijo mi investigador. Y ese es uno de los motivos por los que estoy sentado aquí.

-Veo que tienes problemas con el tema de la confianza -dijo Penelope en tono acusador-. Esperas que me fíe de ti, pero tú no te fías de mí.

Stefano sonrió.

-Espero que comprendas mi necesidad de jugar sobre seguro.

-Creo que nos comprendemos perfectamente. Te quemaste con tu prometida y con Comell y ahora no te fías de nadie.

-No -negó Stefano al instante-. De quien no me fío es de Cornell. Es implacable, y ahora que conoce mi plan, será capaz de hacer cualquier cosa para detenerme. Quiero que entres en esta relación con los ojos bien abiertos. Ya no vas a poder echarte atrás en tu proposición de matrimonio. Es demasiado tarde.

-No tengo intención de hacerlo.

-Bien. En ese caso, solo queda por discutir un detalle.

-¿Cuál?

Stefano apartó lentamente su mano de la barbilla de Penelope, dejando atrás un rastro de fuego.

-Las condiciones de nuestro matrimonio.

CAPÍTULO 5

PENELOPE esperó a que el camarero tomara nota y se fuera antes de seguir con la conversación.

-Supongo que tienes algunas condiciones que poner.

-Algunas.

A pesar de la naturaleza volátil de la conversación, Penelope se sentía cómoda con aquella parte de la discusión. Los negocios eran algo natural para ella. No tenía ningún problema para hablar sobre opciones contractuales, condiciones de la negociación y demás. Prefería cualquier cosa antes que hablar de los aspectos emocionales del matrimonio.

-Adelante -dijo, haciendo un expresivo gesto con la mano.

-Como mencionaste en nuestro primer encuentro, quiero la Corporación Janus a precio de saldo.

-Hecho.

-Tendrás que vivir en mi casa mientras dure nuestro matrimonio.

A Penelope no le gustó aquello.

-¿Por qué?

Stefano tomó su mano sobre la mesa y le acarició el dorso con el pulgar.

-Porque tengo intención de que nuestro matrimonio parezca tan normal como sea posible, Nellie. Pero te prometo que no durará mucho. No es mi estilo.

-En ese caso, puedo ser magnánima -Penelope movió su mano libre en el aire-. Adelante. Él asintió.

-Teniendo en cuenta que la boda va a ser muy precipitada, supongo que habrá muchas habladurías y, dentro de lo posible, preferiría evitarlas.

-Habladurías -repitió Penelope. ¿Por qué no había pensado antes en ello? Lógicamente, los cotillees se dispararían en cuanto la noticia se hiciera pública-. Supongo que, dadas las circunstancias, no habrá modo de evitarlas.

-Sobre todo, cuando la gente se entere de que no estás embarazada.

-¿Embarazada? -preguntó Penelope, sin ocultar su desconcierto.

El camarero se acercó en aquel momento a la mesa para servirles el vino. Tras el típico ritual y el consentimiento de Stefano para que dejara la botella en la mesa, se alejó.

-Eso es lo primero que pensará la gente -continuó Stefano tras dar un largo sorbo a su vaso-. ¿Imaginas lo siguiente que pensarán?

Penelope saboreó el vino antes de contestar. Estaba realmente

exquisito.

-¿Que estamos apasionadamente enamorados?

No sabía de dónde habían surgido aquellas palabras, pero sospechaba que de algún lugar realmente oculto de su interior. Había algo en Stefano y en los aspectos íntimos de aquella conversación que parecían liberar lo «prohibido». Y una vez abierta aquella puerta, temía que fuera a costarle verdaderos esfuerzos mantener a raya sus emociones.

-Eso dependerá de cómo nos tratemos en público. No. El segundo rumor surgirá cuando la gente descubra que te has hecho cargo de la dirección de Crabbe y Asociados. Supongo que las condiciones del testamento de tu padre no son de dominio público, ¿no?

-No.

-Una vez que te hagas cargo de la empresa, la gente sospechará que te has casado para apartar a tu tío de la dirección de la empresa, especialmente cuando se sepa que los Salvatore han comprado la Corporación Janus -Stefano hizo una pausa antes de añadir-: Y será verdad, ¿no?

-Sí-susurró Penelope-, Hay motivos…

-Lo que nos lleva a mi tercera condición -interrumpió Stefano.

Penelope no necesitaba que se la dijera. Estaba segura de que quería que le explicara por qué estaba haciendo aquello.

-No me pongas esa condición, por favor. No puedo decirte por qué tengo que hacer esto. No podré explicartelo hasta que estemos casados.

-¿Por qué?

-Es confidencial. Si te diera más explicaciones, pondría en peligro Crabbe y Asociados, y no pienso hacerlo. No puedo. Mis intereses van primero.

-¿Permitirás que la gente sospeche que no te fías de habilidad de tu tío para dirigir la empresa? Penelope frunció el ceño.

-¿Qué quieres decir?

El camarero apareció en aquel momento con el primer plato y ella esperó pacientemente a que descargara bandeja. Su ensalada de pollo no parecía tan apetitosa como los langostinos y las vieiras de Stefano. Para asombro suyo, este la miró un momento y de inmediato traslado a su plato parte de su comida.

-¿Qué haces?

-¿Tú qué crees? Te estoy dando lo que realmente te apetece.

-Si hubiera querido langostinos, los habría pedido. La oscura intensidad de la mirada de Stefano resulto demasiado penetrante para Penelope.

-Lo dudo. Tengo la sensación de que tomas tus decisiones basándote en todo excepto en tus gustos personales -Stefano tomó con el tenedor un suculento trozo langostino y lo acercó a los labios de Penelope-. Relájate y disfruta, cara.

Ceder a la tentación sería un mal precedente, sobre todo teniendo en cuenta que era Stefano quien la esta tentando. Pero no pudo resistirse. Tomó el bocado prohibido y suspiró mientras lo saboreaba. El langostino sabia tan bien como olía, sobre todo después de dar otro largo sorbo a su vino.

-¿Te gusta el vino?

-Mucho.

-¿Y el langostino?

-También.

-En ese caso, limítate a disfrutar de ese inesperado placer -Stefano esperó a que Penelope terminara de comer para seguir con el asunto-. Respecto a tu tío…

Ella alzó la mirada de su plato con expresión culpable. ¿Cómo podía haber olvidado su discusión? Nunca le había sucedido nada parecido antes de conocer a Stefano, pero con él se estaba convirtiendo en una costumbre.

-Sí, por supuesto. Ibas a explicarme lo desfavorablemente que le iba a afectar nuestro matrimonio.

-Si alguien llega a sospechar que te casas para poder hacerte cargo de Crabbe y Asociados, tu tío se va a ver en una situación muy comprometida. La gente en general y los miembros de tu junta en particular deducirán que no confías en él.

-No permitiré que nadie haga daño a mi tío. Stefano se inclinó hacia Penelope y bajó la voz al decir:

-Tú vas a hacerle daño. ¿Has hablado con él sobre tus planes de casarte?

¿Cómo iba a explicar a su tío sus planes?, pensó Penelope. Pero tampoco podía darle ninguna explicación a Stefano.

-No, no he hablado con él sobre mis planes.

-¿Y no crees que se sentirá humillado si esperas a la próxima junta para hacerte cargo de la dirección sin haberle puesto sobre aviso?

Penelope no había pensado en aquello, y debería haberlo hecho. Era una progresión lógica. No tenía intención de hacer el cambio ante toda la junta, desde luego, aunque el resultado podía ser el mismo. ¿Por qué estaba resultando todo aquello tan difícil? Tal vez porque se había visto forzada a tomar aquella decisión sin tiempo para elaborar una estrategia.

-¿Qué sugieres? —preguntó, tensa.

-Debido a Cornell, no tenemos mucho tiempo que perder, pero sugiero que pasemos las próximas semanas simulando un idilio arrollador. Que la gente piense que estamos enamorados.

-¿Crees que eso será necesario?

-No estoy pensando solo en Loren. También tengo que preocuparme por mi padre. Dom aceptará mucho mejor nuestro matrimonio si cree que está basado en el amor, y no en los negocios -Stefano dejó que Penelope meditara un momento sobre aquello antes de continuar-. Según mi investigador, tu cumpleaños es dentro de unas semanas. Eso nos dará la oportunidad de volar a las Vegas o a Reno para casarnos repentinamente. Provocará habladurías, pero nadie sospechara de tus motivos ni pondrá en duda la habilidad comercial de tu tío.

Aquello tenía sentido, a pesar de que a Penelope no le hacía ninguna gracia tener que pasar las siguientes semanas simulando un romance. Pero si hacerlo ayudaba a su tío Loren y satisfacía al padre de Stefano, no pondría objeciones.

-De acuerdo. También acepto esa condición. ¿Algo más?

-Tenemos que hablar sobre la duración del matrimonio.

-No tiene por qué durar mucho.

-No estoy de acuerdo.

-Stefano…

-Si nos casamos y nos divorciamos con demasiada rapidez, acabaremos pareciendo unos tontos, y eso no nos ayudará en nuestra profesión. ¿Hay algún motivo por el que nuestro matrimonio no pueda durar una temporada razonable?

-¿Y si entre tanto conocemos a otra persona? Penelope deseó que Stefano dejara de mirarla como si pudiera ver a través de su alma.

-¿Crees que eso es probable? -preguntó él con aspereza.

El tono de su voz había adquirido una cualidad posesiva contra la que Penelope luchó con la mentira más descarada que se le pasó por la cabeza.

-Podría conocer a otro hombre mañana mismo.

Stefano no mordió el anzuelo.

-En ese caso, sugiero que te olvides de casarte conmigo y esperes hasta encontrar a otro hombre.

-Sabes que no tengo ningún interés en casarme con otro. Si no fuera por… -Penelope se interrumpió, consciente de que había estado a punto de delatarse. Apartó su copa de vino a una distancia segura, deseando poder hacer lo mismo con Stefano. Tanto lo uno como el otro le producían reacciones incontrolables, algo que no podía permitirse en aquellos momentos-. Si no fuera por ciertos

acontecimientos inesperados, no me casaría contigo ni en broma.

-Me halagas, cara -murmuró Stefano en tono irónico. Penelope hizo un esfuerzo por controlarse.

-Lo siento, Stefano. Eso ha sido una grosería -si no hacía que aquella conversación fluyera como era debido, sus planes podían irse al garete-. ¿Quieres que vivamos juntos? De acuerdo. ¿Crees que nuestro matrimonio debería durar una temporada razonable? Adelante. Pero quiero hacerte una pregunta: ¿tendremos que vivir juntos todo el tiempo?

-Es posible. Sugiero que mantengamos flexibilidad respecto a ese tema.

Penelope asintió lentamente. Luego, se ajustó las gafas con aire decidido.

-Yo también quiero poner una condición -anunció.

-¿De qué se trata?

-Quiero que quede bien claro que yo seré la que mande en nuestro matrimonio. Yo seré la que tome las decisiones y la que decida qué hacer y cuándo.

-¿Y cuál será mi papel? Penelope sonrió.

-Tú tendrás que obedecer.

-¿Y si no estoy de acuerdo con esa interesante condición?

-Iré a visitar a Cornell para comprobar si él estaría dispuesto a aceptarla -replicó ella de inmediato.

Era el farol más descarado que había intentado nunca, y sospechaba que Stefano lo sabía. A pesar de todo, se negó a echarse atrás, como también se negaba a pasar las siguiente semanas y meses plegándose a los deseos de Stefano. No iba a ganar su independencia en un frente solo para perderla en otro.

Una extraña sonrisa curvó los labios de Stefano.

-Propones una condición muy interesante, cara. El regreso del acento italiano de Stefano debería haberla puesto sobre aviso.

-Entonces, ¿estás de acuerdo?

-¿Es tu única condición? ¿Estás segura de que es lo que quieres? ¿«Todo» lo que quieres?

-Estoy totalmente segura -contestó Penelope, con más valor que sinceridad.

-En ese caso, eso es lo que tendrás -Stefano se inclinó hacia ella para sellar su acuerdo con un beso demasiado breve-. Me ocuparé de ello personalmente.

Aquello tenía que terminar, se dijo Stefano mientras salía del taxi. No quería una relación real con Penelope. Desde su ruptura con Kate Bennett se había mantenido alejado de las mujeres y de cualquier

clase de compromiso con ellas. No tenía intención de hacerlo permanentemente, por supuesto. No era tan estúpido. Algún día aparecería la mujer adecuada para él.

Pero esa mujer no era Penelope Wentworth.

Seguir jugueteando como lo había hecho durante la comida solo podía llevar a una cosa: al desastre total. ¿Y si empezaba a encariñarse con ella? ¿Y si ella llegaba a encariñarse con él? Uno de los dos acabaría sufriendo. Él podría sobrellevarlo, pero, ¿y Penelope?

Acabaría por racionalizar su dolor. Encontraría alguna explicación lógica al fracaso de su relación. Pero en el fondo, allí donde la lógica no tenía lugar y el dolor dejaba su marca sobre las emociones más frágiles, ella cambiaría. Y no para mejor.

No. Si era listo, mantendría su asociación tan alejada de lo emocional como le fuera posible. Debía asegurarse de que Penelope entendiera que su matrimonio tenía que consistir exclusivamente en un acuerdo comercial. De ese modo, ambos permanecerían a salvo.

Aquello tenía que terminar, se dijo Penelope mientras salía del taxi. No quería una relación real con Stefano. Desde luego, no la que él parecía estar proponiendo. Sonaba demasiado arriesgada. Algún día, tal vez. Después de todo, tampoco era totalmente estúpida. Algún día aparecería el hombre adecuado para ella.

Pero ese hombre no era Stefano Salvatore.

Seguir jugueteando como lo había hecho durante la comida solo podía llevar a una cosa: al desastre total. ¿Y si empezaba a encariñarse con ella? ¿Y si ella llegaba a encariñarse con él? Uno de los dos acabaría sufriendo. Ella podría sobrellevarlo, pero, ¿y Stefano?

Acabaría por racionalizar su dolor. Ya lo había hecho con Kate Bennett. Pero aquello consumiría parte del apasionado destello que iluminaba su alma, el encanto y la protectora generosidad que tanto la atraían de él. Le haría cambiar. Y no para mejor.

No. Si era lista, mantendría su asociación tan alejada de lo emocional como le fuera posible. Debía asegurarse de que Stefano entendiera que su matrimonio debía consistir exclusivamente en un acuerdo comercial.

De ese modo, ambos permanecerían a salvo.

Stefano sostuvo el teléfono contra su oído mientras miraba hacia el despacho de Penelope desde la ventana del suyo.

-No entiendo el problema -se apoyó contra el respaldo de su asiento-. Habíamos quedado en mantener un romance arrollador cara al exterior, ¿recuerdas?

-Un romance arrollador, como tú lo llamas, implica flores, bombones, alguna cena ocasional… ¡no lo que tú ya sabes! -replicó

Penelope en un tono de voz más agudo de lo normal en ella.

-Comprendo -Stefano sonrió-. Había gente a tu alrededor cuando has abierto la caja, ¿no?

-¡Claro que había gente a mi alrededor! -Stefano casi pudo oír cómo rechinaban los dientes de Penelope-. En concreto, había tres presidentes de tres empresas diferentes sentados en mi despacho cuando ha llegado tu regalo. Por su forma, he pensado que era una caja de bombones, y he decidido que abrirla delante de ellos sería un buen modo de hacer saber a la gente que estamos relacionados románticamente.

-Deberías haberte dado cuenta de que era una caja demasiado liviana como para contener bombones.

-Pues resulta que no me he dado cuenta. Stefano se irguió en su asiento y frunció levemente el ceño.

-¿Y cómo es eso posible, coral ¿Es que nunca te ha enviado nadie una caja de bombones?

-Nos estamos desviando del tema.

Al percibir la dolorosa vulnerabilidad que se había apoderado de la voz de Penelope, Stefano sintió el impulso de hacer cualquier cosa por suavizarla.

-Discúlpame si te digo que ese es precisamente el tema. ¿Acaso están ciegos todos los hombres que has conocido? ¿O solo son estúpidos?

Pudo sentir cómo se esforzaba Penelope por mantener la compostura, y enseguida se formó una imagen en su mente, una que había visto numerosas veces desde que la había conocido. Al primer indicio de oposición, Penelope empujaba con el dedo índice las gafas sobre su nariz y alzaba la barbilla. Si hubiera estado con ella, también le habría dedicado una mirada cargada de determinación. Y luego, habría argumentado su punto de vista con innegable lógica.

Al principio, su fría y calmada fachada había bastado para engañarlo. Pero ya la conocía lo suficiente como para saber que bajo aquella apariencia latía oculta una sensibilidad muy femenina, una calidez emocional irresistiblemente atractiva.

-No te he llamado para hablar sobre mis relaciones pasadas -dijo Penelope con firmeza-. ¿Tienes idea de la reacción que se ha producido cuando he abierto tu regalo?

Stefano permitió de mala gana que la conversación volviera al tema inicial.

-Sé cómo habría reaccionado yo. ¿Cómo lo han hecho tus visitantes?

-Ellos… ¡No importa cómo reaccionaran! Baste decir que lo han

hecho tal y como esperabas. ¡Ya nadie puede poner en duda que mantenemos una aventura realmente tórrida!

-Perfecto.

-No tiene nada de «perfecto». ¿Por casualidad recuerdas que una de las condiciones de nuestra relación es que yo seré la que mande?

-No.

Aquello desconcertó claramente a Penelope.

-¿Qué quieres decir con ese «no»? La única condición que te puse fue que…

-Fue que tú mandarías en nuestro matrimonio. Pero, que yo sepa, aún no estamos casados.

La agitada respiración de Penelope llegó con toda claridad a través del teléfono.

-¿Stefano?

-¿Sí, cara?

-¿Estás en tu despacho?

-Sí, sentado y mirando por la ventana.

-¿Estás mirando el mío?

-La verdad es que sí. No sé exactamente por qué, pero últimamente lo hago bastante a menudo.

-Quédate donde estás. No muevas un músculo hasta que llegue, ¿de acuerdo?

-Tan claro como mi regalo.

-¡Tu regalo es transparente, no «claro»! -espetó Penelope y, a continuación, colgó.

Stefano sonrió y dejó su teléfono móvil sobre el escritorio. Interesante. Al parecer, su futura esposa estaba un tanto alterada. Estaba deseando conocer aquella faceta suya, suponiendo que no se le pasara en los pocos minutos que tardaría en llegar.

Desobedeciendo abiertamente su «orden», salió del despacho y se encaminó hacia los ascensores. A medio camino, oyó el chirrido de las ruedas de un coche deteniéndose ante la entrada. Algo en el estridente sonido sugería que podía tratarse de Penelope.

Efectivamente, era ella.

-¡Stefano Salvatore, te he dicho que no te movieras de donde estabas!

Stefano oyó su voz incluso antes de verla.

-Hola, Penelope.

Stefano soltó el aliento en un prolongado suspiro. Maldición. Sin duda alguna, aquella no era una buena señal. Si Penelope aún no lo había visto, su saludo solo podía haber sido dirigido a otra persona. Llegó justo a tiempo de ver cómo tomaba con una mano las solapas de

la chaqueta de Marco mientras movía un dedo admonitorio bajo su nariz. Hanna se dirigía hacia ellos desde el otro extremo del pasillo. Stefano soltó una maldición y corrió hacia el grupo.

-¡Ni me saludes! -Penelope dejó de mover el dedo ante la nariz de Marco y empezó a clavárselo rítmicamente contra el pecho-. Quiero que me expliques por qué se te ha ocurrido mandarme esa ropa interior. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

-Er…

Hanna llegó primero. Enlazó su brazo con el de Marco, apartó el puño de Penelope de la chaqueta de su marido y luego alisó esta con delicadeza.

-Sí, explícate, Marco -dijo, con suma dulzura-. A mí también me gustaría saber por qué mi marido envía prendas íntimas de regalo a una mujer que no es su esposa.

-¿Marco? -repitió Penelope, desconcertada-. ¿Eres… eres Marco?

-Me temo que sí. Mi hermano está ahí -Marco señaló a Stefano-. Es el que tiene esa expresión tan furiosa. Penelope se estremeció.

-Uh… oh…

Había llegado el momento de intervenir.

-Si no os importa, yo me ocuparé de esto -dijo Stefano. A continuación, alcanzó a su futura esposa sin darle tiempo a volver a abrir la boca.

Aunque aquello no duró demasiado.

-Hay una explicación lógica para lo sucedido -dijo Penelope, retorciéndose entre sus brazos.

Stefano reprimió sus movimientos sujetándola con más fuerza. Ella-soltó el aliento, sorprendida, y se dejó abrazar a la vez que su cuerpo se volvía suave, flexible y sensualmente femenino. La boca de Stefano se tensó debido a la frustración. ¿Se daría cuenta Penelope de lo instintivamente que reaccionaba ante él? ¿Y no podría utilizar aquel instinto para distinguirlo de su hermano?

-Una explicación lógica -repitió en tono cortante, harto de oír aquella frase-. No me sorprende que lo pienses. Desafortunadamente, no vas a poder salir de esta situación con la lógica. También debo advertirte que tu lógica tiene la molesta cualidad de irritarme mucho. Sobre todo cuando estás equivocada.

-Stefano…

-Ahora no.

Algo en la voz de Stefano hizo que Penelope permaneciera callada. En cuanto entraron en el despacho, él la soltó. Ella alisó su traje de chaqueta, se colocó la gafas y luego se pasó una mano por el pelo. Stefano permaneció deliberadamente en silencio, con la espalda

apoyada contra la puerta, temiendo ser incapaz de contener un torrente de fieras palabras si abría la boca.

Penelope se aclaró la garganta.

-Dadas las circunstancias, protestar por tu regalo ahora no tendría mucho sentido.

-Has confundido a Marco conmigo -las palabras de Stefano resonaron en el despacho como un trueno lejano.

-Bueno, yo…

-Otra vez -el trueno se fue acercando.

-Lo dices como si lo hubiera hecho a propósito -protestó Penelope —. Por si lo has olvidado, tu hermano y tú sois idénticos. Es prácticamente imposible distinguiros.

-Va a ser muy difícil que convenzas a todo el mundo de que estamos locamente enamorados si no dejas de confundirnos.

-¿Qué te parece si os ponéis unas etiquetas?

-Supongo que eso es un chiste, ¿no? -Stefano se apartó de la puerta, consciente de que aquel choque entre ellos había sido inevitable desde el principio.

Penelope volvió a ajustarse las gafas. Al margen de aquel gesto, logró mantener la compostura, cosa que impresionó a Stefano, aunque también hizo que creciera su empeño en exponer la pasión que latía bajo su fría actitud externa.

-¿Has notado que vuelves a hablar con acento italiano?

-¿Y eso te pone nerviosa?

-Bastante -replicó Penelope, irritada, dejándose eclipsar un instante por Nellie-. Supongo que eso te sucede cuando estás disgustado.

-Es una posibilidad.

-Por si lo has olvidado, he venido aquí a hablar de tu regalo, y no tengo intención de desviarme del tema.

La tensión crecía por momentos. Todo lo que hacía falta era una chispa para desencadenar una reacción en cadena.

-Claro que vamos a desviarnos del tema. Cuenta con ello.

-¿Ayudaría que me disculpara? Es cierto que te he confundido con Marco.

-Como ya te he dicho, eso no hace que me sienta mejor. No podrás convencer a la gente de que vamos en serio si no dejas de confundirme con mi hermano.

-¿Tienes alguna otra sugerencia?

-Sí, la tengo -Stefano avanzó lentamente hacia ella y no se sorprendió al comprobar que Penelope se mantenía firme en su terreno. No había duda de que era una mujer que no se dejaba intimidar fácilmente. Se detuvo a apenas unos centímetros de ella.

Alzó una mano, le quitó las gafas y las arrojó al sofá-. Sugiero que busques otra forma de distinguirnos que con etiquetas.

Penelope alzó la barbilla y sus ojos brillaronon.

-Como ya he dicho -replicó en tono desafiante-, ¿tienes tú alguna otra sugerencia?

-¿Qué te parece esta?

Stefano pasó una mano tras la nuca de Penelope y la atrajo hacia sí. Solo le dio tiempo a tomar aire antes de cubrirle la boca con la suya. Fue la chispa que estaba esperando.

Y de aquella simple chispa surgió la inevitable explosión.

CAPÍTULO 6

STEFANO consumió la boca de Penelope mientras la tormenta rompía sobre ellos. Fue un choque feroz de los elementos más primarios. Duro. Exigente. Primitivo. Desesperado. Tomó su barbilla en una mano y le hizo echar atrás la cabeza para situarla en un ángulo más ventajoso. Ella gimió con suavidad mientras él inhalaba su aroma, decidido a satisfacer cada uno de sus deseos.

Sus bocas se unieron y se separaron. Una vez. Dos. Luego se fundieron con una perfección que Stefano nunca habría creído posible. Penelope lo rodeó con los brazos por la cintura. Stefano fue hacia atrás y se apoyó contra la sólida puerta de roble del despacho. Luego, deslizó una mano hacia la redondez de los pechos de Penelope, hasta la curva de sus caderas, y más abajo aún, hasta el centro más íntimo de su cuerpo, un lugar que tembló bajo su caricia.

No fue suficiente. Empujó un muslo entre sus piernas, abarcó con ambas manos su delicioso trasero y la atrajo hacia sí. La falda de Penelope subió y dejó expuestas las ligas que sujetaban sus medias. Era preciosa en su pasión. Con la cabeza echada hacia atrás y la dorada cascada de su pelo rozándole los hombros, su cuello expuesto tentaba a Stefano más allá de lo soportable. La besó con apasionada dulzura desde la barbilla hasta el hueco de la base del cuello. Luego, tras luchar con los botones, le quitó la chaqueta color crema del traje y la arrojó a un lado. Cayó en el suelo, junto al sofá, como una bandera blanca de rendición.

-Muéstrame lo que sientes, Nellie. Dime qué estás pensando.

-Creo que estaba equivocada -susurró ella con voz entrecortada.

-¿Equivocada? ¿Equivocada respecto a qué?

-Eres encantador. De hecho, eres totalmente cautivador.

Stefano rio roncamente.

-No, cara. Tú eres la cautivadora, la hechicera. Me hechizaste la primera vez que te miré a los ojos.

Penelope lo miró, asombrado. ¿Stefano se consideraba hechizado por ella? Nadie le había dicho nunca nada parecido. Aunque tampoco nadie la había besado nunca como acababa de hacerlo Stefano. Era un beso que desafiaba la lógica, la razón y el análisis. No tenía ningún sentido… a pesar de lo mucho que le había gustado.

-Por favor… -incapaz de resistirse, alzó una mano, hundió los dedos en el oscuro pelo de Stefano y lo atrajo hacia sí-. Un último beso.

-Te estás engañando si crees que va a ser el último.

-Discutiremos eso más tarde.

-Mucho más tarde.

Murmurando una expresión cariñosa en italiano, Stefano tomó el labio inferior de Penelope entre sus dientes y tiró. De inmediato, ella se pegó a él. Sus lenguas se enlazaron, ardientes, luchando por la supremacía. Era una batalla que ninguno de los dos podía ganar, de manera que, cuando la batalla se transformó en una danza de apareamiento, Penelope supo que empezaba a tener problemas.

Aquello solo podía llevar a una cosa, y no estaba preparada para ello.

-Stefano, por favor -susurró-. Tenemos que parar. Él alzó la cabeza, reacio.

-La puerta está cerrada. Nadie nos molestará.

-No es esto lo que queremos.

-Sí, Nellie. Me temo que sí.

-De acuerdo. Entonces no es lo que deberíamos querer. Y tampoco es la finalidad del ejercicio.

-¿Ejercicio? -Stefano alzó una ceja interrogante-. Deduzco que Penelope ha vuelto.

-Eso me temo.

Stefano soltó a Penelope y dio unos toques a su ropa para alisarla. Fue una caricia casi tan íntima como su beso.

-Esperemos que este pequeño «ejercicio» haya tenido éxito y a partir de ahora sepas distinguirme de mi hermano.

Penelope deslizó la lengua por su inflamado labio inferior. Aún podía saborear a Stefano, y una irresistible calidez se arracimó en la boca de su estómago. ¡Aquello no podía funcionar! No podía permitir que la afectara de aquel modo.

-Es un comienzo.

Era mucho más que un comienzo, reconoció para sí. Estaba segura de que ya no volvería a confundirlos. Porque Stefano tenía razón. Si no dejaba de confundirlo con su gemelo, echaría por tierra todo lo que trataban de conseguir. Aunque al principio no había visto los beneficios de simular un romance, Stefano le había hecho comprender que era una táctica necesaria. Si se casaba de forma inesperada y forzaba de inmediato un cambio en la dirección de la empresa, destrozaría a su tío. Sin embargo, un romance público permitiría que Loren saliera indemne de la operación.

-¿Es ese el único motivo por el que me has besado como lo has hecho? -preguntó Stefano-. ¿Cómo un ejercicio para distinguirme de mi hermano? No me lo creo. Creo que quieres más que eso. Sé que es así.

Penelope negó con la cabeza a la vez que se esforzaba por

controlar el pánico que amenazaba con apoderarse de sus emociones.

-Eso no es posible. No es lo que acordamos.

-¿Y si yo he cambiado de opinión? -insistió Stefano-. Ya te han advertido que no soy un hombre que haga honor a su palabra.

Penelope desestimó la última frase con un gesto de la mano. Pero la pregunta le intrigó.

-¿Has cambiado de opinión?

Stefano sonrió de un modo que le hizo sentirse como

si hubiera saltado de un avión sin paraca/das. Desafortunadamente, eso implicaba que acabaría por estrellarse.

-Sé sincera, Nellie. ¿Crees que podemos vivir juntos durante meses sin llevar esto un paso más allá?

El choque llegó antes de lo esperado.

-Así que piensas que deberíamos hacer el amor porque es inevitable, ¿no?

-No. Deberíamos hacer el amor porque es lo que ambos queremos.

Penelope hizo un esfuerzo para apartarse de los brazos de Stefano y utilizar su razón en lugar de las emociones que la estaban controlando.

-Nunca he dicho que quisiera hacer el amor contigo. Nos hemos besado. Ha sido… agradable. Fin de la historia.

Stefano frunció el ceño.

-¿Agradable?

Penelope pensó de inmediato que no debería haber trivializado con tanta despreocupación los momentos que había pasado entre los brazos de Stefano. Al parecer, solo había conseguido que se enfadara una vez más. Suspiró. Los hombres eran unas criaturas tan quisquillosas…

-De acuerdo. Ha sido más que agradable. Lo haces muy bien. Pero no tiene sentido convertirlo en una acontecimiento fundamental en nuestras vidas. Estoy segura de que has besado a muchas mujeres sin sentir la necesidad de llevártelas a la cama -fue a ajustarse las gafas y de pronto se dio cuenta de que no las llevaba puestas-. ¿O estoy equivocada?

-No estás equivocada.

Antes de que Penelope pudiera adivinar su intento, Stefano la tomó de la mano y tiró de ella hacia sí. Sus cuerpos chocaron y el fuego del deseo se avivó al instante. Penelope se dijo que tenía que deberse a una reacción química. No podía haber otra explicación razonable. Algo en la química corporal de Stefano la afectaba de un modo inexplicable. Despertaba en ella un anhelo que nunca antes había experimentado, y le hacía responder de un modo primitivo,

desesperado, irracional.

Era totalmente irresistible.

Trató de echarse atrás, pero Stefano la siguió hasta hacerle toparse con el brazo del sofá. Perdió el equilibrio, pero él la sujetó de manera que cayó en el sofá con ella encima.

-Entrégate a mí, Nellie.

-No puedo. No podemos.

Stefano le dedicó una mirada cargada de deseo y paciencia a la vez.

-Entrégate a mí.

Penelope tomó el rostro de Stefano entre sus manos y lo miró a los ojos.

-¿Y qué harás cuando me tengas? -susurró.

-Cuidarte.

Un temblor recorrió el cuerpo de Penelope ante la innegable sinceridad de Stefano. No podía escucharlo más, por mucho que le hubiera emocionado su promesa. Buscó su boca con precisión para hacerlo callar. Enseguida sintió que él empezaba a desabrocharle los botones de la blusa. Profundizó el beso para alejar la voz de la razón que la instaba a contenerse.

En lugar de ello, se dejó llevar.

Mientras sus lenguas se fundían, quiso reír, llorar y gemir al mismo tiempo. Stefano la desconcertaba, la deleitaba, la excitaba y, sobre todo, despertaba en ella sensaciones y anhelos profundos y desconocidos.

Cuando terminó de desabrocharle la blusa, Stefano tiró hacia abajo del borde superior del sujetador, liberando sus pechos. Estos le llenaron las manos, y sus pujantes cimas rozaron contra la palma de estas. Un gemido de incontenible placer surgió de la garganta de Penelope cuando él inclinó la cabeza y tomó con delicadeza entre los dientes uno de sus sensibles pezones.

-¡Stefano!

-Sí, cara. Di mi nombre. Inhálame. Saboréame. Tómame dentro de ti. Quiero dejar mi huella en ti para que nunca más vuelvas a confundirme con otro.

-No podría confundirte… No después de esto…

-Voy a asegurarme de ello.

Stefano apoyó las manos sobre los muslos de Penelope y le hizo separarlos. Ella se movió hasta colocar su parte más femenina sobre la prominente cresta del deseo de Stefano. Él deslizó una mano implacable entre sus muslos hasta encontrar con los dedos el borde de las braguitas. Sin detenerse, los introdujo debajo de estas y acarició la húmeda calidez que palpitaba debajo. Penelope soltó el aliento en un grito mudo.

-No más -rogó, y dejó caer la cabeza sobre el pecho de Stefano, donde pudo sentir los poderosos latidos de su corazón-. No puedo soportarlo más…

-Lo sé, cara. Yo siento lo mismo.

Ella cerró los ojos con fuerza, tratando de controlar su respiración.

-Ya lo he notado.

Stefano la tomó por la barbilla para que lo mirara.

-Ahora dime que solo ha sido «agradable», dime cómo vamos a conseguir que nuestro matrimonio sea tan solo un acuerdo sin pasión. Puede que no te guste la idea, pero lo que sucede entre nosotros es inevitable. Quedó decidido en el momento en que entraste en mi despacho para proponerme que nos casáramos. Lucha contra ello si eso hace que te sientas mejor, pero acabarás por rendirte. Ni tu determinación ni toda tu lógica podrán hacer que eso cambie.

Penelope no se atrevía a creerlo.

-Estás equivocado. No me dejo controlar por mis emociones.

Stefano se limitó a sonreír.

-Sigue diciéndote eso, Nellie.

-No necesito decirme nada. Eres tú el que debe comprender.

Si no se iba de inmediato, sabía que acabaría cediendo a las emociones que, con tanta vehemencia, estaba negando. Se libró de las manos de Stefano y se levantó del sofá.

Al ver el estado en que había quedado su ropa, dio un pequeño gritito de sorpresa. Enseguida, se subió el sujetador, se bajó la falda y abrochó los botones de su blusa. ¿Cómo había podido permitir que Stefano la dejara en aquel estado? Evidentemente; aquel hombre era tan peligroso para su equilibrio personal como para sus ropas. Le dedicó una mirada de abierto desafío.

-Esta discusión ha terminado, señor Salvatore.

-Ha sido meramente pospuesta, señorita Wentworth -Stefano

cambió de posición en el sofá e hizo una mueca-. Odio decirte esto, pero puede que haya sido un error utilizar mi sofá.

Ella lo miró, desconcertada.

-¿A qué te refieres?

Stefano se irguió y buscó algo a sus espaldas. Un momento después sacaba las gafas de Penelope con las patillas totalmente doblabas.

-Lo siento, Nellie, pero había olvidado que tus gafas estaban en el sofá.

-Olvídalo. Al menos, no se han roto los cristales. Y serán un excelente recordatorio de lo que debo evitar en el futuro.

Tomó las gafas de manos de Stefano, estiró las patillas como pudo y se las puso. Por la sonrisa apenas contenida de Stefano, dedujo que debían quedarle ridiculas, pero le ayudaron a recuperar su personalidad de mujer de negocios. Recuperó el control con una sensación de alivio que casi bordeaba la desesperación.

Stefano se sentó y se pasó una mano por el pelo.

-Ya que te ha hecho cargar contra mí como si fueras el séptimo de caballería, sugiero que hablemos sobre el regalo que te he enviado.

-Bien -replicó Penelope. ¿Cómo podía haberlo olvidado?-. Excelente. Respecto al regalo…

-No te ha gustado.

-No es eso…

Stefano se pasó una mano por la barbilla.

-¿Elegí mal el color?

-No, no. Me gusta el color marfil. Es solo que…

-No elegí la talla adecuada -Stefano frunció el ceño-. Aunque ahora que he tenido la oportunidad de… de explorar la situación, estoy bastante seguro de que era la correcta.

-¡La talla es perfecta! -espetó Penelope, exasperada-. Y deja de mirarme de esa manera. Él sonrió.

-¿Te estoy mirando de determinada «manera»?

-¡Sí! Me estás recordando lo que… -Penelope deslizó la mirada hacia el sofá mientras trataba de no ruborizarse-. No importa. Pero déjalo ya.

-Si no es la talla ni el color, ¿cuál es el problema?

-¡La elección del regalo! Durante el cortejo, las parejas se envían flores, o bombones…

-¿Durante el cortejo? -Stefano se levantó y empezó a abrocharse los botones de la camisa. Luego, tomó su corbata del suelo y se la puso en torno al cuello-. Qué curioso.

Penelope parpadeó, sorprendida. ¿Cuándo le había desabrochado la camisa y le había quitado la corbata? Aparte del vago recuerdo de

haber apoyado su mejilla contra el duro y balanceado pecho de Stefano, no lograba hacer memoria. Pero debía haberlo hecho, ya que la evidencia estaba de pie ante ella.

-¡Ya sabes a qué me refiero! ¿Cómo se te ha ocurrido regalarme prendas de lencería en lugar de flores o bombones?

-Marco regaló a Hanna flores y bombones. Oh, y plumas.

Stefano logró distraer a Penelope con aquello.

-¿Plumas?

-Nunca llegué a saber con exactitud para qué eran, pero cada vez que se lo pregunto se ponen a reír. Y aunque Marco consiguió excelentes resultados con su elección de regalos, yo he decidido no seguir sus pasos.

-¿Por qué no?

-Porque quiero que nos distingas con facilidad.

-Creo que ya te distingues lo suficiente -murmuró Penelope en tono irónico.

-Lo cierto es que me planteé enviarte bombones o una docena de rosas, pero decidí que eran regalos demasiado tópicos. Ya que estamos deseando que nuestro arrebatador romance se desarrolle a toda velocidad, elegí la seda y el encaje. Así nadie podrá confundir la naturaleza de nuestra relación.

-En eso tienes razón.

-¿Qué ha pasado cuando has abierto mi regalo? Penelope cruzó los brazos sobre su pecho. Fue un gesto revelador.

-Me he quedado tan sorprendida al ver lo que me habías enviado que se me ha caído la caja. Stefano entrecerró los ojos.

-Creo que antes has mencionado que estabas acompañada.

-Sí. Por tres presidentes de tres empresas distintas. Stefano sonrió.

-Seguro que el regalo ha causado revuelo.

-Creo que no se habrían sorprendido más si hubiera soltado a una serpiente cascabel en medio del despacho.

-¿Qué has hecho?

-Me he levantado y he estado abriendo y cerrando la boca más o menos treinta segundos. Luego, he recogido todo del suelo. O lo he intentado -Penelope apoyó las manos en sus caderas-. ¿Tienes idea de lo resbaladiza que puede ser la seda?

La sonrisa de Stefano se ensanchó.

-Sí, cara. Estoy muy familiarizado con lo resbaladiza que puede ser la seda. Me entristece que a ti no te suceda lo mismo.

-Me gusta el algodón -replicó ella a la defensiva.

-Ya me he dado cuenta -Stefano se percató de que su comentario no había sido muy acertado, y sospechaba que el siguiente tampoco

iba a serlo-. Tendremos que ver qué podemos hacer al respecto.

-De eso nada. A partir de hoy, guárdate la seda y el encaje para ti. ¿Comprendido?

-Resultaría un poco pervertido, ¿no te parece?

-¡Stefano!

-Entiendo que eso sea lo que tú preferirías -Stefano avanzó hasta donde había caído la chaqueta de Penelope y la recogió del suelo-. Pero no es eso lo que va a suceder.

-¿Y puede saberse por qué no? Stefano alzó la chaqueta de manera que Penelope pudiera ponérsela.

-Porque hemos acordado hacer todo lo que podamos para convencer a la gente de que somos una pareja. Y lo estábamos haciendo muy bien hasta que has asalto a mi hermano.

-Habías prometido que haríamos las cosas a mi modo.

-Prometí que podrías mandar en nuestro matrimonio, no en nuestro noviazgo. Enfréntate a los hechos, Nellie. Ahora que has anunciado al mundo que Marco se ha dedicado a enviarte ropa íntima de seda, voy a tener que trabajar el doble para convencer a todos de que lo nuestro va en serio. No quiero que nuestra relación vuelva a verse comprometida.

-Eso no es problema. Cualquiera que me vea ahora mismo no tendrá ninguna duda respecto a lo que siento por ti -Penelope se miró la ropa e hizo una mueca-. Solo tienes que mirarme.

-Estás preciosa -dijo Stefano, pensando que tenía ante sí la mujer más apasionada y vibrante que había visto en su vida.

-Me has arrugado el traje -lo acusó ella. Stefano rio.

-Que nunca se diga que un Salvatore no lo da todo -Penelope fue a responder, pero él la interrumpió con un gesto de la mano-. Relájate, cara. Las arrugas te sientan muy bien.

-Eso es cuestión de opiniones. La sonrisa de Stefano fue sustituida por una expresión de fiero deseo.

-Mi opinión es la única que importa. Penelope suspiró, impaciente, pero no se molestó en seguir discutiendo.

-Basta de regalos escandalosos, Stefano. No hace falta que llenes mi despacho de sujetadores y braguitas de seda para convencer a la gente de que mantenemos un tórrido romance. Y también podemos hacerlo sin necesidad de que me arrugues toda la ropa.

-¿Quieres regalos tradicionales? De acuerdo. Pero tengo intención de arrugarte la ropa tan a menudo como pueda. No solo es mi deber, sino que será un placer.

Penelope no se fio del brillo de los ojos de Stefano. Era evidente que planeaba algo y sospechaba que, fuera lo que fuese, no le iba a

gustar. O quizá le iba a gustar demasiado, cosa que podía resultar aún más peligrosa.

-Tal vez debería ponerme al tanto de tus planes antes de actuar.

Stefano se cruzó de brazos.

-No me parece buena idea.

-Sería más seguro.

-Voy a dejarte controlar muchas cosas de nuestra relación, pero cuídate de presionarme demasiado. Puede que obtengas más de lo que esperabas.

-Déjame adivinar. Eso no es una amenaza, es una promesa, ¿no?

-¿Lo dudas?

Stefano no había movido un músculo y, sin embargo, Penelope dio un instintivo paso atrás. La agresividad masculina nunca le había preocupado, pero algo en Stefano despertaba sus facetas más femeninas. Había pasado por alto o ignorado el poder físico e intelectual de aquel hombre, y comprender que no podía dominarlo había supuesto toda una sorpresa para ella. Esperaba que él pudiera controlar sus propias fuerzas, porque ella ya había comprobado lo difícil que era hacerlo una vez liberadas.

-Ahora que ya lo hemos dejado todo aclarado, me voy-anunció.

Stefano sonrió peligrosamente.

-Ten por seguro que terminaremos esta conversación-dijo-. Y cuando lo hagamos, no será precisamente en un despacho. Será en algún lugar privado donde nadie nos interrumpirá hasta que hayamos terminado y yo haya dejado probado mi punto de vista.

Penelope alzó la barbilla y mintió con aplomo.

-Estoy deseando comprobarlo. Si se quedaba allí más tiempo perdería más de lo que esperaba ganar, de manera que se volvió, salió del despacho y avanzó hacia los ascensores con la cabeza alta. Aquello podía considerarse una retirada, pero una retirada a tiempo era una victoria. Pulsó el botón del ascensor mientras le pasaban por la cabeza mil comentarios que podría haber hecho. Puntualizaciones devastadoras y argumentaciones lógicas. En cuanto estuviera de vuelta en su despacho, las escribiría. De ese modo, estaría preparada cuando Stefano volviera a tomarla en sus brazos para besarla.

Trató de alisar algunas de las arrugas que le había hecho Stefano, pero apenas tuvo éxito. Si al menos no le hubiera respondido a un nivel físico… eso habría dejado el asunto zanjado. Volvió a pulsar repetidas veces el botón. ¿Dónde diablos estaba el ascensor?

-¿Impaciente por irte?

Penelope giró sobre sí misma y se encontró frente a Stefano.

-¿No te parece que ya has hecho bastante por un día?

-¿Disculpa?

-Oh, déjate de miraditas inocentes -Penelope decidió utilizar los pocos segundos de que disponía antes de que llegara el ascensor para hacer alguno de los comentarios que se le acababan de ocurrir-. Al parecer, crees que solo necesitas tocarme para que haga lo que quieres. Pero estás muy equivocado y voy a demostrártelo.

Aferró a Stefano por las solapas de su chaqueta y tiró de él para bajarle el rostro hasta su altura. Sin darle tiempo a reaccionar, lo besó en los labios con todas sus fuerzas. Luego lo soltó y dio un paso atrás antes de que la incómoda química volviera a hacer acto de presencia. Y no lo hizo.

-¿Lo ves? -dijo, a la vez que se empujaba las gafas sobre la nariz-. Nada de nada. Ni una punzada de placer.

-Me alegra oírlo -murmuró una tensa voz a sus espaldas-. Me disgustaría averiguar que mi futura esposa ha disfrutado más besando a mi hermano que a mí.

¡Oh, no! ¡Otra vez no! Penelope se arriesgó a echar otro rápido vistazo por encima del hombro y se estremeció. Stefano no parecía especialmente feliz. De hecho,sospechaba que estaba a punto de tener otra «discusión» y que esta iba a acabar de manera muy distinta a la primera. Para alivio suyo, las puertas del ascensor se abrieron en aquel instante. Entró rápidamente y pulsó el botón de bajada.

-Solo tengo una cosa que decir, Stefano Salvatore -dijo mientras las puertas empezaban a cerrarse.

-Por lo tanto, unas mil menos que yo.

La boca de Penelope se curvó en una irónica sonrisa.

-No lo dudo.

-Adelante, cara. Te estás muriendo por decirme algo. Dilo.

-Gracias a Dios no sois trillizos. Y, a continuación, las puertas se cerraron por completo.

El regalo de Penelope para Stefano llegó al día siguiente.

-¿No vas a abrirlo? -preguntó Marco a su hermano. Stefano estudió la caja con suspicacia.

-Casi temo hacerlo.

-¿Crees que con este regalo pretende vengarse del que le hiciste tú?

-Sin duda alguna. Marco sonrió.

-Vamos, ábrelo.

Stefano tomó la caja. Era mucho más grande y pesada que la que él había enviado a Penelope. ¿Qué le habría regalado su dulce prometida? Deshizo el envoltorio y levantó la tapa. Dentro había media docena de pequeños regalos, todos envueltos individualmente. Tomó el primero, un objeto largo y triangular. Al deshacer el

envoltorio vio que se trataba de una placa de bronce con su nombre grabado en ella.

Marco rompió a reír.

-No hay duda de que es una solución. Aunque si quiere que funcione tendrás que colgártela del cuello.

-Esto empieza a ser ridículo -murmuró Stefano, malhumorado-. ¿Cómo voy a convencer a alguien de que estamos enamorados si no deja de confundirnos? ¡Y basta ya de risas! Te besó porque te confundió conmigo, y eso no tiene ninguna gracia.

Marco suspiró.

-Solo fue un beso rápido. Y ella misma dijo que no sintió nada.

-¿Y se supone que eso me tiene que alegrar?

-Podría haber sido peor. ¿Y si le hubiera gustado?

-Sospecho que Hanna habría tenido algo que decir al respecto.

-Oh, Hanna tiene mucho que decir. Y precisamente nada agradable -Marco miró el interior de la caja-. ¿Qué más te ha mandado Penelope?

Stefano sacó la siguiente caja y la abrió. Dentro encontró un llavero de oro con su nombre grabado. Su enfado se transformó en diversión. El siguiente paquete contenía un pasador de corbata, el que abrió a continuación, una pluma, y los dos últimos una cartera y un par de tirantes. Cada uno de los objetos tenía su nombre grabado en grandes letras doradas.

Empezó a reír.

-Parece que Nellie tiene un auténtico sentido del humor

-aquello le alegró mucho. No habría podido tratar con una mujer que careciera de él. Había descubierto aquel detalle crucial durante su compromiso con Kate Bennett.

-Hay un regalo más -dijo Marco, señalando el interior de la caja-. ¿Adivinas de qué se trata?

-Sea lo que sea, seguro que lleva mi nombre inscrito

-Stefano abrió el último paquete y rio mientras sacaba unos calzoncillos con su nombre grabado en la parte trasera en grandes letras negras-. Cien por cien algodón -informó a su hermano con una sonrisa-. Esa es mi futura esposa. Una mujercita de algodón.

-Supongo que planeas vengarte.

-No lo dudes -Stefano giró en su silla para mirar por la ventana el edificio de Penelope-. Aunque no con mi siguiente regalo. He prometido enviarle un regalo tradicional, y eso es precisamente lo que pretendo hacer.

Estaba deseando ver cómo reaccionaba su práctica, racional y lógica Penelope.

El regalo llegó a la mañana siguiente al despacho de Penelope.

Ella echó un vistazo al interior y se enamoró al instante. Fue una respuesta totalmente práctica, racional y lógica ante lo que vio. O al menos, eso habría estado dispuesta a jurar con su último suspiro.

CAPÍTULO 7

STEFANO salió del ascensor con paso decidido en busca de su prometida. Cindy se levantó mientras él se acercaba al despacho de Penelope, pero al ver su expresión volvió a sentarse y se ocultó tras la pantalla de su ordenador.

Stefano pasó al despacho sin llamar y luego cerró la puerta a sus espaldas. Vio con asombro que Penelope estaba tumbada en el sofá mientras un hombre con una bata blanca la abanicaba con una toalla.

-¿Qué diablos…?

-¿Es usted médico? -preguntó el hombre, nervioso-. Creo que se encuentra bien. Solo se ha desmayado. Sucede a veces.

-¿Nellie? -la preocupación superó el enfado de Stefano mientras avanzaba hacia el sofá-. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué te has desmayado?

De pronto, un peludo gatito de color anaranjado se cruzó en su camino y le bufó a la vez que arqueaba la espalda. Penelope se irguió de inmediato.

-¡Cuidado! No pises a Honor.

-¿Honor?

-Es el nombre del gatito que me enviaste. Es más corto que Honorable -Penelope sonrió tímidamente-. Teniendo en cuenta quién me lo ha regalado, me pareció un nombre adecuado.

Stefano tardó unos instantes en asimilar aquella información. Luego, cerró un instante los ojos. Honorable. ¿Tendría Penelope idea de lo que significaba para él que hubiera elegido aquel nombre? Desesperado por concederse un momento para recuperar la compostura, se agachó para recoger al gatito y luego se sentó en el brazo del sofá. Cuando empezó a acariciarlo, el gatito se puso a ronronear. Divertido, Stefano pensó que aquel sonido se parecía mucho al de la risa de su prometida.

-¿Te gusta mi regalo? -preguntó, finalmente. El rostro de Penelope se iluminó al instante.

-No podrías haber elegido nada más bonito. Gracias.

-Ha sido un placer -el gatito rodeó con sus patitas la mano de Stefano y, sin dejar de ronronear, le clavó las uñas. Él suspiró resignado-. Antes de hablar sobre el regalo que me has enviado tú, cuéntame qué ha pasado. ¿Por qué te has desmayado?

Penelope palideció visiblemente.

-Por el agujero.

-¿Qué agujero?

-El que Daniel me ha hecho en la oreja. No imaginaba que haría un… un ruido tan terrible.

-¿Has pedido que te hagan un agujero en la oreja? -preguntó Stefano, sorprendido.

-Solo uno, para que vayamos a juego -Penelope frunció el ceño-. ¿Cómo iba a pedirte que te lo hicieras tú sin hacérmelo yo también?

-Suponía que tú ya tenías hechos los agujeros.

-Nunca había visto la necesidad de hacérmelos. Bueno… hasta que decidí que tú debías hacerte uno -Penelope se llevó una mano al lóbulo de la oreja y ocultó una mueca de dolor tras una valiente sonrisa- Ya casi no me duele. ¿Y a ti?

-Para eso he venido -Honor dejó de juguetear con la mano,de Stefano, caminó por el sofá hasta Penelope y se acurrucó sobre su pecho. Stefano miró a Daniel-. ¿Nos disculpa, por favor? Quiero hablar un momento con mi prometida antes de seguir adelante.

-Por supuesto -el técnico se volvió hacia Penelope-. ¿Quiere que llame a un médico?

-No será necesario, gracias -Penelope miró a Stefano y sonrió-. Ya estoy bien.

-¿Por qué quieres que me perfore la oreja? -preguntó Stefano en cuanto se quedaron a solas, tratando de hablar en tono calmado-. Espero que no tenga nada que ver con tus intentos por distinguirme de mi hermano.

-¡Claro que no! -protestó Penelope-. Eso no ha tenido nada que ver.

-En ese caso -dijo Stefano-, tengo que hacerte una confesión.

Penelope sujetó al gatito mientras se erguía para dejar sitio a Stefano en el sofá.

-Adelante.

-Cuando venía hacia aquí estaba muy enfadado. Penelope asintió.

-Ah. Eso explica la reacción de Honor cuando has entrado. Sin duda, ha sido debida al alto índice de testosterona que ha captado en el ambiente.

Stefano tomó al gatito en una mano y lo observó con expresión escéptica.

-Lo dudo.

Penelope frunció el ceño, confundida.

-No entiendo. ¿Por qué estabas enfadado? ¿De verdad creías que lo que pretendía con la perforación era distinguirte de Marco?

-Sí -Stefano la tomó por la barbilla y le hizo ladear ligeramente la cabeza para observar el pendiente de oro que llevaba puesto-. Te presento mis disculpas, cara -dijo con suavidad-. Veo que me había equivocado. En lugar de estar siendo lógica y lista respecto a la

situación, estabas siendo dulce y romántica.

-No tienes por qué ponerte insultante -protestó Penelope, indignada-. No pretendía ser dulce y romántica, y me molesta que lo sugieras.

-Déjame adivinar. Ese es el motivo por el que llevas un pendiente en forma de medio corazón, ¿no? Porque estás siendo lógica.

-Exacto.

-Y deduzco que, si dejo que me perforen la oreja, yo llevaré la otra mitad, ¿no?

Un destello de incertidumbre cruzó la expresión de Penelope.

-No te gusta la idea, ¿verdad?

-Creo que es brillante —replicó Stefano. A continuación dejó al gatito en el suelo y pasó un brazo por los hombros de Penelope para atraerla hacia sí-. Y en cuanto te diga hasta qué punto me lo parece, le diremos a Daniel que pase para hacerse cargo de mi oreja.

El alivio que experimentó hizo que los ojos de Penelope brillaran como oro.

-Antes debo darte un consejo: el ruido que oyes cuando te perforan el lóbulo es horroroso.

-Gracias por el consejo. Penelope suspiró.

-¿Hasta qué punto lo aprecias? -susurró.

Stefano contestó dándole un beso lento y concienzudo. Ella se estremeció de placer, abriéndose a él sin ocultar su pasión. La intensidad de su respuesta no dejaba de asombrarlo. Nunca había encontrado una generosidad tan dulce en ninguna mujer, algo que despertaba en él una intensidad también desconocida, un impulso elemental y primitivo de tomar y conquistar lo que se le ofrecía.. Cuando tenía a Penelope entre sus brazos, un solo pensamiento ocupaba su mente: poseerla. Marcarla con su sabor, con su aroma, con sus caricias. Hacerla suya de la forma más elemental.

Profundizó el beso y ella bebió de él.

Unos instantes después Penelope empezó a desabrocharle los botones de la camisa y él se preguntó si seria consciente de sus actos. Después, le quitó la corbata y la tiró al suelo. El gatito se puso a jugar con ella de inmediato, clavando sus pequeñas zarpas en la seda. Cuando se aburrió de aquel juego, empezó a trepar por la pierna de Stefano.

-Cara…

-¿Hmm?

-El tipo de las orejas está esperando fuera -Stefano retiró al gatito de su pierna y se lo entregó a Penelope-. A pesar de lo mucho que me gustaría seguir con esto, me temo que no hemos elegido el lugar ni el

momento más adecuado.

Ella se apartó con evidente desgana, y parpadeó sorprendida al ver el estado de la ropa de Stefano.

-¿He sido yo…? -preguntó mientras señalaba la camisa de Stefano.

-Sí.

-Oh -Penelope se aclaró la garganta-. Voy a tener que empezar a prestar atención a lo que hago mientras lo hago. De ese modo, supongo que desvestirte resultará mucho más divertido.

-Yo me aseguraré de ello -Stefano le dio un rápido beso y la soltó. Tras abrocharse la camisa, recogió del suelo los restos de su corbata. Moviendo la cabeza, la guardó en su bolsillo y fue a abrir la puerta para que pasara Daniel-. Ya estamos listos.

El procedimiento solo llevó unos minutos, aunque, por la actitud de Penelope, daba la sensación de que le estaban haciendo una operación de cirugía mayor. Stefano sonrió al ver cómo se tapaba los oídos mientras a él le perforaban el lóbulo. Pero en cuanto Daniel se fue, ella se acercó para comprobar cómo le quedaba su medio corazón. Por su expresión, era evidente que estaba encantada.

-Vuelve a explicarme por qué piensas que este es un regalo práctico y racional -dijo Stefano.

-No seas ridículo. Por supuesto que lo es.

-Cariño, los agujeros en las orejas suelen ser permanentes. ¿No se te había ocurrido pensarlo?

-Solo si no te quitas el pendiente -replicó Penelope-. El agujero acaba por cerrarse si no lo usas.

-Muy simbólico.

-No estarás sacando más conclusiones de las que deberías, ¿no? -Penelope tomó a Honor del suelo y empezó a hacerle mimos-. También un gato es algo permanente y que no desaparece en unos meses.

Stefano tuvo que reconocer que aquello era cierto.

-Pero nuestra relación no va a ser permanente, ¿verdad?

-No.

-Es solo un trato comercial. Penelope evitó mirarlo.

-Nada más.

-Eso es lo que pensaba -Stefano reprimió una sonrisa-. Te lo recordaré después de que llevemos un año casados.

-No necesitaré que me lo recuerdes.

-Tal vez no -Stefano se inclinó y besó a Penelope en la punta de la nariz-. Pero sospecho que lo haré. ¿Te he dado ya las gracias por mi regalo, cara mía? Ha sido un detalle muy dulce.

-De nada. Y gracias de nuevo por Honor.

-No se me ocurre un momento y un lugar más adecuado para expresar nuestra mutua gratitud -Stefano miró el sofá con una creciente sonrisa en los labios-. ¿Y a ti?

-Te lo prohibo terminantemente.

Penelope miró a Stefano con expresión asombrada.

-¿Has utilizado la palabra «prohibir» en relación conmigo o he oído mal?

-Has oído perfectamente. Tu gato va a quedarse en mi apartamento mientras bajamos al salón de baile -Stefano lanzó una mirada muy poco amistosa al gatito, que había aprendido rápidamente que a base de maullar conseguía todo lo que quería-. Una de las ventajas de vivir en el ático de los Salvatore es que siempre podrás tener cerca a tu gatito, ¿no te parece?

-Sí, pero…

-Una de las desventajas de vivir aquí es que mi familia siempre sabe dónde localizarme. Lo que significa que, como uno de los anfitriones de la gala de esta noche, solo me quedan quince minutos antes de abochornar a mi familia por llegar tarde.

Penelope lo intentó por última vez.

-Pensaba que la jaulita que me habías regalado para Honor era para que pudiera llevarlo siempre conmigo.

-Puedes traerlo de Crabbe y Asociados a Salvatores. Pero eso ya lo has hecho. No te la compré para que lo llevaras a fiestas, restaurantes y tiendas, como pareces inclinada a hacer -Stefano pulsó el botón del ascensor-. Deja ya de protestar. Honor estará perfectamente cómodo en mi apartamento ahora que hemos trasladado aquí todo el contenido de esa tienda de mascotas.

Penelope lo miró con suspicacia.

-¿Eso ha sido una crítica?

-En absoluto, cariño -Stefano apoyó una mano en la cintura de Penelope para que entrara en el ascensor-. Me encanta que hayas decidido comprar al gatito todos los artilugios para gatos que hay en el mercado.

-Estás siendo sarcástico -Penelope apoyó las manos en sus caderas-. Quiero que sepas que aunque me encantan todos tus regalos, Honor es especial. Nunca había tenido una mascota.

-Eso me recuerda algo -Stefano pulsó el botón de emergencia y el ascensor se detuvo. Cuando la alarma empezó a sonar, la interrumpió con una llave maestra-. ¿No crees que ya es hora de que reconozcas que ni los regalos que me has hecho ni tu reacción a los que te he hecho yo tienen nada de racional? Confiésalo. Han sido elecciones emocionales y reacciones emocionales a esas elecciones.

Penelope empujó sobre su nariz las gafas que le había regalado Stefano, unas gafas de montura metálica ridiculamente delicadas y femeninas, nada prácticas para una auténtica mujer de negocios. Las había recibido junto con otra media docena y una nota que decía: Solo por si estropeamos otro par la próxima vez que hagamos el amor.

-Admito que has sido extremadamente atento con tus regalos -concedió-. También admito que la única reacción lógica es un exceso de gratitud.

-¿Un exceso de gratitud? ¿Te refieres a algo así? -Stefano pasó una mano tras su cuello y la atrajo hacia sí. Penelope se rindió fácilmente al inesperado abrazo. Cada vez que él la tocaba le costaba más y más pensar con claridad. Aunque tampoco se esforzaba demasiado. Tendía a rendirse con un murmulló de protesta y luego procedía a desabrocharle la camisa con tanta rapidez como podía. Aunque no era consciente de ello…

Abrió los ojos y dio un paso atrás a la vez que se llevaba una mano a la boca.

-He vuelto a hacerlo, ¿verdad?

-Sí -Stefano apartó un mechón de pelo de la frente de Penelope-. Pero creo que estamos empatados. Tienes un aspecto deliciosamente desarreglado.

-Esto tiene que terminar, Stefano. Él le dedicó una sonrisa de pura satisfacción masculina.

-No veo por qué. Me gusta desarreglarte casi tanto como que tú me lo hagas a mí.

Penelope le dio la espalda y volvió a poner el ascensor en marcha. Le preocupaba el entusiasmo con que reaccionaba cada vez que Stefano la tocaba. No quería implicarse emocionalmente en aquella relación. Debía esforzarse por mantenerla a un nivel meramente profesional. Cualquier otra cosa sería un grave error. Tendía a cometer terribles errores de juicio cuando sus emociones entraban en juego, y no podía permitírselo en aquellas circunstancias.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron hacia el gran salón de baile de la segunda planta de Salvatores. Se arriesgó a mirar rápidamente a Stefano.

-Por cierto, tengo otro regalo para ti -dijo mientras salía-. Y más vale que eches un vistazo a tu camisa. Has pasado por alto dos botones.

No fue ella la única en fijarse en la camisa de Stefano, ni en el resto de pintalabios que tenía a un lado de la boca, ni en su corbata torcida. Si había alguna duda sobre el alcance de su relación romántica, las habían disipado con sus travesuras en el ascensor, algo

de lo que Penelope se hizo especialmente consciente al verse reflejada en un espejo. Tenía el pelo bastante revuelto y los labios ligeramente hinchados y sin ningún resto de pintalabios. Sus ojos brillaban con una mezcla de pasión y desesperado anhelo. Movió la cabeza, negándose a admitir que la mujer que estaba viendo era Penelope Wentworth.

-¿Y dónde está mi regalo? -preguntó Stefano en cuanto la alcanzó.

-Abajo, en el vestíbulo. ¿Quieres verlo ahora o más tarde?

-Creo que aún tenemos un par de minutos.

Una amplia escalera de mármol llevaba al vestíbulo, y tuvieron que sortear a los numerosos invitados que subían al salón. La reacción de estos fue muy distinta a la que tuvieron el día de la gala benéfica. Fueron recibidos con sonrisas divertidas y un destello de respeto.

-Me ha gustado el bronce -dijo un hombre que estrechó rápidamente la mano de Stefano-. Es una poderosa declaración.

-¿El bronce? -repitió Stefano junto al oído de Penelope.

-Ahora comprenderás.

Penelope lo condujo por el vestíbulo hacia la estatua de bronce que se hallaba en medio de este. Stefano redujo la marcha al verlo y se detuvo a unos metros. Permaneció en silencio tanto rato que ella temió haber metido la pata.

-Es… es Don Quijote -explicó, nerviosa. Tras hablar con Lúc había hecho que colocaran la estatua en el vestíbulo para que diera la bienvenida a todos los que entraran en el edificio.

-Ya veo.

-Siempre lo he considerado un símbolo de las causas perdidas.

Los músculos de la mandíbula de Stefano se tensaron.

-¿Soy yo una causa perdida? ¿O piensas que estoy peleando por una causa perdida?

-Ninguna de las dos cosas -Penelope deslizó una mano en la de Stefano y sintió un gran alivio cuando él enlazó sus dedos con los de ella-. Estás luchando contra circunstancias muy adversas, sabiendo que es posible que no ganes la batalla. A pesar de todo, peleas porque sabes que es lo que debes hacer. Porque es lo honorable.

-¿Honorable? -susurró Stefano.

-¿Por qué te sorprendes siempre cuando digo eso? Es una de tus cualidades -Penelope suspiró de placer cuando Stefano le pasó un brazo por los hombros. ¿Acaso no sabía lo generoso y honrado que era? Era muy difícil encontrar alguien como él en el duro mundo de los negocios en que se movía-. Elegí a Don Quijote pensando que nos vendría bien toda la ayuda que pudiéramos obtener. ¿Qué te parece? ¿Le pedimos ayuda para tumbar algunos molinos de viento?

-Nellie…

Un delicioso temblor recorrió a Penelope al percibir la ternura del tono de Stefano, impulsándola a sumergirse entre sus brazos y besarlo con todas sus fuerzas…

-Veo que estás empeñada en arruinar tu reputación, Penelope -dijo Cornell tras ellos, rompiendo en mil pedazos el momento mágico-. Es una verdadera lástima.

Al notar cómo se tensaba Stefano, Penelope pasó un brazo por su cintura y lo presionó con suavidad.

-No piques el cebo -murmuró.

-No me fastidies la diversión -replicó él en voz baja. Penelope habló antes que él.

-¿Cómo estoy arruinando mi reputación, Cornell? -preguntó.

-Defendiendo a los Salvatore en lugar de apartarte del camino de su inminente auto destrucción. Penelope rio, sinceramente divertida.

-Me gusta arriesgarme, sobre todo porque sospecho que no serán ellos los destruidos.

-A diferencia de la última prometida de Salvatore, eres una mujer única -Cornell miró a Stefano-. Katie eligió quitarse de en medio, ¿verdad?

-Con tu ayuda -confirmó Stefano.

-No lo niego, aunque después de la rapidez con que creyó lo peor de ti, comprendí que no podía fiarme de ella. Pero me sirvió para confirmar ante el mundo tu culpabilidad, y eso era todo lo que necesitaba -su sonrisa puso nerviosa a Penelope-. Desafortunadamente, deshacerme de ella resultó un tanto complicado.

-La próxima vez no te deshagas de tus mujeres en público.

-Una de las pequeñas víctimas de la vida -Cornell chasqueó los dedos-. Quería preguntarte algo, Penelope. Me dijiste que estabais comprometidos, y sin embargo no recuerdo haber oído ningún anuncio oficial al respecto. ¿Hay algún problema? ¿Has cambiado de opinión respecto a vender la Corporación Janus a los Salvatore?

-Aún no hemos hecho público nuestro compromiso

-dijo Penelope con exagerada dulzura-. ¿No te halaga estar entre los primeros en saberlo?

-Pero no veo el anillo de compromiso -Cornell miró con exagerada atención la mano de Penelope-. No me digas que te has arrepentido de…

-Aún falta una semana para su cumpleaños -interrumpió Stefano-. Entonces tendrá su anillo.

Penelope dedicó una mirada iracunda a Comell.

-Muchas gracias por estropearme la sorpresa. Él se encogió de

hombros y luego se volvió hacia la estatua con expresión burlona.

-Una lustrosa estatua de un hombre sin el más mínimo sentido práctico que se dedicaba a luchar por causas perdidas. No sabes hasta qué punto la encuentro apropiada.

Penelope tuvo que utilizar todas sus fuerzas para contener a Stefano.

-Pegándole no resolverás nada.

-Puede que no, pero me sentiré mucho mejor. Vamos, Cornell -el acento de Stefano se volvió más marcado al añadir-: Di algo más para que pueda darte lo que mereces.

Cornell alzó las manos.

-No, gracias. Y solo para probar lo generoso que soy, quiero que sepáis que ya os he comprado un regalo de bodas -Penelope no se fío en lo más mínimo de su sonrisa-. Me aseguraré de que os llegue en el momento oportuno.

-No te molestes -replicó ella-. No necesitamos ningún regalo tuyo.

-No lo dudo. Pero este os lo enviaré queráis o no

-Cornell mostró sus dientes en una exagerada sonrisa-. Para mí será un placer, aunque puede que para vosotros no -a continuación, giró sobre sí mismo y se encaminó hacia el salón de baile. Stefano apretó los puños.

-Y pensar que ibas a casarte con ese miserable… Penelope hizo una mueca de desagrado.

-No me lo recuerdes. Afortunadamente, prevaleció el buen juicio.

-Querrás decir que, afortunadamente, yo intervine y salvé tu bonito trasero -Stefano dedicó, a Penelope una mirada claramente irónica-. Solo por cuestión de negocios, por supuesto.

Ella rio.

-Y yo que pensaba que lo hiciste porque te gusta lo bien que te desnudo cada vez que nos besamos.

Stefano la atrajo hacia su costado y se encaminó hacia el salón.

-Eso también, cara. Eso también. Penelope lo miró de reojo.

-¿Te gusta tu estatua?

-No.

-¿No?

-Me encanta mi estatua -admitió Stefano con brusquedad. De pronto, se detuvo y tomó la boca de Penelope en un rápido y apasionado beso. Luego la miró con sus ojos oscuros llenos de una emoción que ella no se atrevió a nombrar- Para mí significa mucho más de lo que puedas imaginar. Y un día encontraré el modo de corresponderte.

-No necesito que me correspondas -protestó ella-. No lo he hecho

por eso.

-Probablemente sé mejor que tú por qué lo has hecho. Y así será recompensada tu generosidad, cara mía. Te daré exactamente lo que tú me has dado a mí.

Y con aquellas enigmáticas palabras, la escoltó hasta el salón de baile.

Una vez más, Stefano salió del ascensor decidido a darle su merecido a su prometida. A pesar de que la vez anterior tampoco le había servido de nada, estaba empeñado en intentarlo de nuevo. Apenas había dado dos pasos cuando se topó con Loren. Por mucho que le hubiera gustado seguir adelante, no le quedó más remedio que detenerse.

-Hola -Loren lo saludó con la típica sonrisa de alguien que no recuerda exactamente con quién está hablando-. ¿Nos conocemos?

-Soy Stefano Salvatore -cediendo a lo inevitable, Ste-fano le ofteció su mano y se preparó para la inevitable reacción. Para su sorpresa, esta no tuvo lugar.

En lugar de ello, Loren frunció el ceño, pensativo.

-El nombre me resulta familiar, pero me temo que no logro situarlo con exactitud.

La tensión de Stefano disminuyó.

-Mi familia es dueña de una empresa de exportación e importación. Nuestras oficinas están justo enfrente de las suyas.

-Sí, sí. Por supuesto. Es una empresa con reputación de conseguir cualquier cosa que uno pueda pedir -Loren sonrió con gesto cómplice-. Por un buen precio, sin duda.

-He descubierto que siempre hay un precio que pagar cuando nos empeñamos en conseguir lo que queremos.

-Eso no puede discutirse. Y dime, Stefano, ¿qué te trae por este lado de la calle? ¿Puedo hacer algo por ti?

-He venido a ver a su sobrina.

-Por un asunto de negocios, supongo.

-Lo cierto es que se trata de una visita social -Stefano pensó que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa—. Nellie y yo nos hemos estado viendo últimamente. ¿No se lo ha mencionado?

-¿Nellie? Hmm... Bonito diminutivo. Para serte sincero, Stefano, estoy seguro de que me lo ha mencionado. Pero también estoy seguro de que no concedí al asunto la atención que merecía -Loren hizo un expresivo gesto con las manos-. Eso es lo que obtengo por prestar más atención a los negocios que a la familia. ¿Lleváis mucho tiempo saliendo juntos?

-No mucho -Stefano decidió ir más allá y ver qué sucedía-.

Supongo que podría decirse que mantenemos un romance arrollador.

-¿Un romance arrollador? -Loren no se molestó en ocultar su sorpresa- ¿Con mi Penelope? Stefano rio.

-Creo que a ella también le ha tomado por sorpresa.

-Te deseo la mejor suerte, muchacho. Penelope es una mujer muy especial, como estoy seguro que sabrás.

-Bastante especial.

-No te entretengo más -Loren palmeó a Stefano en el hombro-. Supongo que ya sabes dónde está su despacho, ¿no?

-Sí, gracias -aquello recordó a Stefano por qué estaba allí. Fijó la mirada en la puerta que le interesaba-. Y ahora, si me disculpa…

No se molestó en esperar una respuesta. Pasó junto a Cindy a toda velocidad, entró en el despacho y cerró de un portazo. Fue evidente que Penelope no lo esperaba. Una agradable sonrisa curvó los labios que Stefano pensaba violentar durante los siguientes minutos.

-Dámelo -exigió.

-No sé de qué estás…

Stefano fue hasta los ventanales del despacho y apartó las cortinas. El póster había desaparecido.

-¿Qué has hecho con él?

-Lo he destruido.

-No me lo creo -Stefano exploró atentamente cada rincón del despacho con la mirada. Un revelador trozo de papel asomaba bajo uno de los cojines del sofá-. Bingo.

-¡No, espera! -Penelope se puso en pie de un salto y trató de interceptarlo antes de que alcanzara su meta-. Es mío, Stefano. No puedes quedártelo.

-Sí puedo. Es mi regalo y lo quiero.

-No es tu regalo. Tu regalo eran los prismáticos. Esto era solo una…

Stefano apartó a Penelope a un lado y sacó el póster de debajo del cojín.

-¿Broma? -concluyó por ella-. Supongo que ha sido tu forma de vengarte por mi regalo de lencería.

-Ha sido solo una broma -Penelope trató de quitarle el póster de las manos-. Por favor, Stefano.

-No hasta que lo haya visto de cerca.

Ignorando las protestas de Penelope, desenrolló lentamente el póster. Cada nervio de su cuerpo se contrajo. Nellie, su Nellie, se había puesto la ropa interior que le había regalado y se había hecho una foto. Estaba arrodillada, de espaldas a la cámara, con las medias de nylon rozando cada centímetro cuadrado de sus largas y esbeltas

piernas, su respingón y redondeado trasero encajado en unas braguitas apenas existentes y las ligas. Tenía la espalda ligeramente arqueada hacia atrás, las manos sobre su melena rubia, que caía ondulada sobre sus hombros, y sostenía despreocupadamente las gafas entre dos dedos. Y lo más escandaloso de todo era que estaba ligeramente vuelta, exponiendo la vulnerable curva de uno de sus pechos. Stefano tuvo que esforzarse para respirar.

-¿Dónde diablos está el sujetador que te regalé? Penelope señaló la esquina del póster. La pequeña prenda de seda yacía amontonada a sus pies.

-No sabía si me gustaban más las fotos con sujetador o sin él. Finalmente me han convencido para que eligiera esta.

-Voy a matar al fotógrafo.

Stefano se tranquilizó un poco al oír aquello.

-Dime que tienes todos los negativos.

-No soy idiota. Por supuesto que tengo todos los negativos. Pienso quemarlos.

-Ni hablar.

-Solo he hecho esto para vengarme por el primer regalo que me enviaste.

-Y lo has conseguido. También has provocado el caos.

-¿De qué estás hablando?

Stefano enrolló cuidadosamente el póster.

-Estoy hablando de que la mitad de los empleados de Salvatore han estado a punto de caerse por la ventana mientras miraban tu foto. Resulta que uno de ellos tenía unos prismáticos en su despacho. Los estaba alquilando por cincuenta dólares el minuto.

-Eso te lo has inventado -se mofó Penelope. Pero la mirada que le dedicó Stefano hizo que se ruborizara intensamente-. ¿Hablas en serio?

-Totalmente.

-Yo… él… -Penelope lo miró con gesto iracundo-. Nadie podía saber que se trataba de mí. Uno de mis brazos oculta mi rostro.

Stefano le devolvió la mirada.

-¡Todo el mundo sabe que eres tú! Tú me has enviado los malditos prismáticos.

-Sí, yo te he mandado los prismáticos -Penelope se encogió de hombros-. ¿Y eso qué más da?

-Han llegado cuando estaba en medio de una reunión familiar. Tengo cinco hermanos, y no han tardado mucho en deducir lo que debían hacer con tu regalo.

-¡Los prismáticos eran para ti, no para tus hermanos! -protestó

Penelope.

-Te repito que tengo cinco hermanos. Las apuestas no estaban precisamente a mi favor -Stefano sonrió con tristeza-. Aunque durante algunos días, al menos, no tendrás problemas para distinguirme de Marco. En estos momentos tiene un ojo morado.

-¡No hablas en serio!

-Sí hablo en serio -Stefano alargó una mano-. Los negativos.

-No voy a dártelos.

-Considéralos un regalo de boda.

-Aún no vamos a casarnos. Ni siquiera estamos comprometidos.

-Estás equivocada. Después de esto, vamos a anunciar de inmediato nuestro compromiso, que será seguido de una ceremonia el día de tu cumpleaños. Va a ser el único modo de protegerte.

Penelope lo miró asombrada.

-¿Protegerme?

-Exacto. Porque el primero que tenga el valor de hacer una broma respecto a lo sucedido va a encontrarse con mi puño. Supongo que un anillo en tu dedo mantendrá a raya los comentarios.

-¿Golpearías a alguien que dijera algo malicioso sobre mí?

Stefano luchó por mantener bajo control la furia que se estaba apoderando de él. Juzgando por el destello de alarma que brilló en la mirada de Penelope, no debía haberlo conseguido.

-Tú no sabes lo que es perder tu reputación. No sabes 8

lo que es que la gente murmure a tus espaldas, que te mire como si acabaras de salir de una alcantarilla. Yo, sí. Y si puedo evitar de algún modo que tú pases por ello, lo haré.

La compasión oscureció la mirada de Penelope.

-Oh, Stefano.

-¡No quiero tu pena!

-Solo es una foto ligeramente subida de tono —susurró ella-. No va a afectar a mi reputación.

-¿Es que no comprendes? Casarte conmigo no te va a beneficiar en ese aspecto. Si Cornell decide causar problemas, puedes estar segura de que habrá habladurías. Quiero que, cuando nuestra relación termine, tu reputación quede intacta. Me niego a permitir que nuestro matrimonio te cause problemas. Pienso hacer todo lo que esté en mi mano para protegerte.

-¿De verdad crees que ese póster puede perjudicar mi reputación? ¿No crees que ese es un punto de vista un tanto Victoriano?

-No pienso correr ningún riesgo. Una vez casados no habrá problema. Con suerte, la culpa recaerá sobre mí. Pensarán que he sido una mala influencia -Stefano sonrió traviesamente-. Y tendrán razón.

Por algún motivo, creo que no se te habría ocurrido hacer esa locura con ningún otro.

En ese momento sonó un ligero golpe en la puerta y, a continuación, esta se abrió dando paso a Loren.

-¿Interrumpo algo?

-En absoluto —Penelope recibió a su tío cálidamente-. Pasa y deja que haga las presentaciones.

Loren avanzó hacia Stefano con la mano extendida.

-Hola -dijo, con una sonrisa amistosa en los labios-. ¿Nos conocemos ya?

CAPÍTULO 8

STEFANO disimuló rápidamente su desconcierto y estrechó la mano de Loren.

-Stefano Salvatore. Me alegro de verlo.

-El nombre me resulta familiar -Loren frunció el ceño-. Pero no recuerdo con exactitud dónde lo he oído antes.

Stefano miró a Penelope de reojo y no se sorprendió al ver lo tensa que estaba.

-Mi familia tiene una empresa de importación y exportación. Nuestras oficinas están justo frente a las suyas.

-¿Eres amigo de Penelope?

-Somos buenos amigos.

-¿Por asuntos de negocios? -preguntó Loren con delicadeza.

-Es una amistad personal.

-No deberías andarte con tanto secretismo respecto a tus relaciones, Penelope -bromeó Loren.

-Todo ha sido muy repentino, tío -explicó ella rápidamente-. Estaría bien que algún día de esta semana cenáramos juntos para que Stefano y tú tengáis la oportunidad de conoceros mejor.

-Me parece una idea excelente -como si, de repente, acabara de recordar a qué había ido allí, Loren alcanzó una carpeta a su sobrina-. Cindy me ha dicho que estabas buscando esto. No sé cómo ha llegado a mi escritorio. Supongo que alguien la ha dejado allí por error.

S

Stefano pudo sentir la tensión de Penelope y no logró evitar una punzada de compasión. Al parecer, llevaba una temporada soportando aquella pesada carga. Afortunadamente, pronto podría compartirla con él.

-Gracias por traérmela -murmuró Penelope.

-De nada -Loren volvió a alargar su mano hacia Stefano-. Me alegra haberte conocido. Espero que nos veamos pronto en esa cena.

En cuanto Loren salió, Stefano se volvió hacia Penelope.

-¿Hay algo que quieras decirme, coral

-No.

-¿Estás segura?

Penelope tuvo que esforzarse para mirar a Stefano a los ojos.

-Totalmente.

-En ese caso, tal vez debería mencionarte que me he encontrado con tu tío unos minutos antes de venir aquí -Stefano dejó transcurrir unos segundos para que Penelope pudiera asimilar la información-.

Ahora no me ha reconocido. Solo se me ocurre una explicación.

Penelope alzó la barbilla con gesto determinado.

-¿En serio? -preguntó, en un tono sorprendentemente controlado-. ¿Y cuál crees que es la explicación?

-Tu tío es el «pequeño asunto» que podría comprometer los intereses de Crabbe y Asociados, el asunto del que no querías hablarme. ¿Qué le sucede? ¿Tiene Alzheimer? ¿Demencia senil? ¿Senilidad precoz?

-Por favor, Stefano.

-Casándote y retirándole el control de la empresa estás protegiendo tanto a esta como a tu tío. Y esperas hacerlo antes de que corra el rumor sobre su estado. ¿Voy bien de momento?

-Sabes que no puedo responder a eso —replicó Penelope.

Una furia irracional se apoderó de Stefano.

-Porque temes que pueda hacer correr la información, si me lo dices -el acento italiano y el tono de su voz delataron la profundidad de su dolor-. Después de todo, soy Stefano Salvatore.

-¡Basta ya! -Penelope le dio la espalda y él comprendió que la había llevado al límite-. Tengo una responsabilidad para con mis empresas. No podía decirte lo de Loren. No podía decírselo a nadie. ¿Tienes idea de lo que sucedería si corriera el rumor?

Stefano sabía muy bien lo que sucedería.

-El valor de tus empresas descendería en picado y empezaríais a perder contratos.

-Exacto. No me preocupa por mí misma, pero, ¿qué les sucedería a mis empleados, a todos los que dependen de ellas? Tengo que poner el interés de esas personas por delante de los míos. No es un problema de fiarme o no fiarme de ti, Stefano.

-¿Y ahora que he descubierto tu secreto?

Penelope hizo un gesto despreocupado con la mano.

-Concédeme el crédito de cierta inteligencia. No dirás nada.

-¿Estás segura?

-¿Quieres saber lo segura que estoy? Ni siquiera le dirás nada a tu familia. Y eso que, por lo que he visto, los Salvatore os contáis todo -Penelope apoyó un dedo contra el pecho de Stefano-. Y te diré aún más; incluso si se lo dijeras, la información no saldría del círculo familiar.

Aquello satisfizo a Stefano, tal vez porque no estaba basado en la lógica, sino en el instinto. Pero, sobre todo, porque Penelope confiaba en él.

-Pero preferirías que no lo supieran, ¿no?

-Cuantas más personas estén al tanto del problema, mayor riesgo

habrá de que la información salga a la luz. Ya he tenido bastantes dificultades manteniéndolo oculto.

Stefano no lo dudaba.

-Así que ahora nos casamos y tu consigues tu herencia asumiendo el control de Crabbe. ¿Y luego, qué?

-Cuando te abordé por primera vez con esta propuesta tu pensaste que lo hacía por el poder. No era así. No quiero hacerme cargo del negocio -Penelope bajó la cabeza al añadir-. Quiero librarme de él.

Stefano no pudo ocultar su conmoción.

-Nellie…

-Está decidido -interrumpió ella en tono categórico-. Voy a vender Crabbe y Asociados. Soy consciente de mis limitaciones. No estoy cualificada para ocupar el puesto de mi tío.

-¿Y qué harás?

-Supongo que tendré muchas ofertas de trabajo. Me gusta el mundo de los negocios. Hago bien lo que hago y tengo intención de seguir trabajando -Penelope se encogió de hombros-. Pero no como directora de una empresa como Crabbe. Prefiero algo más pequeño e íntimo. Afortunadamente, los beneficios de la venta me darán tiempo para una decisión, aunque pienso entregar la mayor parte del dinero a Loren. Teniendo en cuenta que fueron mi padre y él quienes pusieron en pie la empresa, se lo tiene más que merecido.

-Si eso es lo que realmente quieres hacer, apoyaré tu decisión. Pero es una pena que el negocio salga de tu familia, después de todo lo que tu padre y tu tío hicieron para sacarlo adelante -Stefano pasó una mano tras la cintura de Penelope y la atrajo hacia sí-. ¿Cuánto tiempo llevas en estas circunstancias?

Ella suspiró.

-Empecé a notar algo hace un año, más o menos, pero decidí no darle importancia. Cuando mi tío echó por tierra un contrato realmente importante, no pude ignorar la situación por más tiempo. El mes pasado le sugerí que vendiéramos Crabbe y Asociados.

-Y supongo que tu tío se opuso.

-No quiso saber nada al respecto. Creo que tiene miedo. Aceptar mi plan sería como reconocer su enfermedad, y de momento no se siente capaz de hacerlo -Penelope se relajó contra Stefano con una sonrisa de pesar en los labios-. Supongo que la necesidad de controlar las cosas es algo de familia.

-¿Cómo reaccionará cuando tú te hagas cargo de la empresa?

-No tendrá más opción que aceptar. Protestará. Pero creo que en el fondo se sentirá aliviado.

Stefano se tomó un momento para considerar las opciones que

tenían. Pero lo cierto era que no había muchas. De hecho, solo se le ocurrió una.

-Supongo que comprenderás que ahora es imperativo que nos casemos. Si empiezan a correr rumores sobre el estado de salud de Loren, nunca obtendrás por el negocio lo que vale.

-Lo sé.

Stefano sacó del bolsillo de su chaqueta una pequeña caja de joyería.

-Hace unos días que llevo esto conmigo, esperando a que llegue el momento oportuno. Creo que ese momento ha llegado -abrió la tapa y sacó el anillo que había dentro, un rubí y un diamante entrelazados en forma de corazón. Tomó en su mano la de Penelope y se lo puso-. ¿Quieres casarte conmigo, Nellie?

-Es precioso -susurró ella, vacilante-. Los rubíes son mi piedra de nacimiento.

-Y los diamantes la mía. Por eso elegí este anillo -el tono de Stefano se volvió más grave al añadir-: El joyero me dijo que los rubíes significan devoción e integridad, y que los diamantes representan invencibilidad y buena fortuna. Solo espero que tuviera razón.

Penelope sonrió entre lágrimas.

-También representan la inocencia, algo que espero que demostremos pronto.

-Es una buena combinación, Nellie. Una combinación ganadora -Stefano la estrechó entre sus brazos-. ¿Qué contestas? ¿Vas a casarte conmigo?

-Sabes que sí.

-No lo lamentarás. Te ayudaré a ocuparte de todo esto. Me aseguraré de que estés protegida -Stefano acercó su boca a la de Penelope-. Lo prometo.

-¿Nerviosa? -preguntó Stefano. Penelope miró hacia la puerta que llevaba a la sala del juez y asintió.

-Un poco -admitió-. Pero ayuda que hayamos decidido casarnos en San Francisco. Creo que no podría haberme enfrentado a un viaje a Las Vegas.

-Yo también prefiero casarme en casa. Así podemos volver a mi apartamento para pasar la noche de bodas.

¡Oh, Dios santo! ¡La noche de bodas! Penelope alisó su traje de chaqueta color marfil con manos temblorosas.

-Buena idea. Así podremos tener a Honor con nosotros.

-Precisamente. El gato -murmuró Stefano-. Justo lo que quería para nuestra luna de miel.

-¡No es una luna de miel! Es…

-Una noche de bodas. Se parece bastante -Penelope no dijo nada y él le dedicó una mirada incómodamente intensa-. He traído algo que esperaba que sirviera para que te sintieras menos nerviosa, pero tengo la desagradable sensación de que solo va a servir para empeorar las cosas.

-¿De qué se trata?

-Toma -Stefano entregó a Penelope una caja preciosamente envuelta.

-Espero que sea simplemente un detalle -susurró ella, para que fuera a juego con lo que había comprado para Stefano.

-Me temo que no -la boca de Stefano se curvó en una irónica sonrisa-. Sospecho que va a ser uno de esos momentos de emoción que tanto desprecias.

-Agradezco la advertencia -cuando Penelope abrió la caja, tuvo que esforzarse para respirar-. Oh, Stefano. ¿Qué has hecho?

Stefano sacó de la caja un corto velo de encaje, evidentemente antiguo.

-Mi bisabuela vino de Burano e hizo esto para el día de la boda de mi madre. Ninguna de las otras esposas Salvatore ha tenido la oportunidad de usarlo, porque todas sus bodas han sido… poco convencionales, diríamos. Tú vas a ser la primera.

Penelope se esforzó por hablar en tono ligero.

-¿Consideras la nuestra convencional? Stefano se encogió de hombros.

-Lo creas o no, lo es en comparación con la del resto de mis hermanos.

-Aterrador.

-Creo que con el velo cubrimos el requisito de llevar algo antiguo y también prestado.

-¿Por qué haces esto? -antes de continuar hablando, Penelope apretó los labios para evitar que le temblaran-. A fin de cuentas, nuestro matrimonio no va a ser real.

-Sí va a serio. Lo único que sucede es que aún no lo has asimilado -Stefano colocó cuidadosamente el velo sobre la cabeza de Penelope y apartó un mechón de pelo tras su oreja-. Y lo hago porque no tienes nadie más que pueda hacerse cargo de esos detalles. Si tu madre viviera, o la mía, se habría asegurado de que llevaras puesto algo viejo y algo nuevo.

-¿Y algo prestado y algo azul? -concluyó Penelope con voz ronca.

-Enseguida —Stefano sacó de la caja dos prendedores de oro y lapislázuli para sujetar el velo-. Y esto, cara, cubre el expediente de lo

nuevo y lo azul.

Los ojos de Penelope se llenaron de lágrimas mientras Stefano le ponía los prendedores.

-Ahora me siento demasiado avergonzada como para darte mi regalo.

Stefano sonrió con ternura.

-Vamos, corazón. Enséñame lo que has comprado. Reacia, Penelope le entregó una pequeña lata redonda primorosamente envuelta.

-Espero que conserves tu sentido del humor. De lo contrario, estoy perdida.

Stefano solo tardó un momento en abrirla. Su risa no sirvió para aliviar la tensión de Penelope.

-¿Un quita manchas? Ella sonrió, indecisa.

-¿Crees que funcionará con tu reputación?

-Si eres tú la que la aplica, estoy seguro de que sí.

-¿Señor Salvatore? ¿Señorita Wentworth? -interrumpió el secretario-. El juez está listo para recibirlos.

-¿Estás listo? -preguntó Penelope.

-Lo he estado casi desde el principio.

A Penelope le habría gustado preguntar a Stefano qué había querido decir con aquello, pero no tuvo oportunidad pues ya estaban entrando en la sala. Aparte de intercambiar algunas frases amables, el juez fue directo al grano. Todo el procedimiento resultó sorprendentemente breve, aunque Penelope encontró los votos que hicieron más poderosos y conmovedores de lo que había anticipado. Para cuando fueron pronunciados marido y mujer, estaba llorando de nuevo.

Stefano frotó las lágrimas de sus mejillas con el dedo pulgar.

-No llores, cara. Sé feliz.

-Lo soy —logró decir ella a través de las lágrimas—. Soy muy feliz.

Stefano la atrajo hacia sí y la besó como si realmente fuera un recién casado enamorado de su esposa, más que un socio que acabara de firmar un contrato temporal. Y entonces dijo algo que asustó realmente a Penelope. Mirándola con una pasión inconfundible, susurró:

-Ahora eres mía, señora Salvatore.

-Ya está hecho -las palabras no sonaron tan despreocupadas como Penelope esperaba. Tal vez, el matiz de duda se debía a las que había dicho Stefano en cuanto terminó la boda. «Ahora eres mía, señora Salvatore». O tal vez se debía a que aquella era su noche de bodas y la idea de pasarla con Stefano la llenaba de ansiedad e incertidumbre.

Stefano recogió a Honor del suelo, lo sacó de la habitación y cerró la puerta con firmeza.

-Sí, ya está hecho.

Penelope se quitó el velo y lo colocó sobre la cómoda junto con los prendedores. Aún le desconcertaba pensar que tenía un marido. Lo miró disimuladamente, consciente de que él no le había quitado la vista de encima.

-Ahora que estamos casados, yo estoy al mando -dijo.

Stefano alzó una ceja.

-¿Disculpa?

Penelope se volvió hacia él.

-Cuando comimos en Benjamín y establecimos las condiciones de nuestro matrimonio, estuviste de acuerdo en que yo me haría cargo de tomar las decisiones en nuestro matrimonio.

-¿En serio? -Stefano se quitó la chaqueta del esmoquin y la dejó sobre el respaldo de una silla-. Eso fue una tontería por mi parte.

-Más que una tontería, fue una decisión comercial muy razonable por tu parte.

-Sin duda -Stefano se estiró y la camisa que vestía se tenso sobre su amplio pecho y sus impresionantes hombros. Penelope apartó rápidamente la mirada-. Supongo que también piensas que fue una decisión basada en la deducción racional y el análisis cuidadoso.

-No -corrigió Penelope con una sonrisa-. Así es como tomo yo las decisiones. Tú tiendes a permitir que las emociones se entrometan en tu proceso de toma de decisiones.

Stefano le devolvió la sonrisa.

-¿En serio?

-En serio -la expresión de Stefano inquietó a Penelope, pero no apartó la mirada. Hacerlo habría sido concederle la iniciativa, y no quería que eso sucediera-. Por ejemplo, elegiste tus regalos siguiendo una decisión emocional. Romántica, pero emocional.

-¿Y te han gustado?

Penelope no podía mentir. No respecto a aquello.

-Mucho.

-Quería que nuestro matrimonio fuera memorable.

-Te refieres a nuestro acuerdo comercial. Stefano recorrió la distancia que los separaba.

-No, cara -deslizó un brazo tras la cintura de Penelope y la atrajo hacia sí-. Me refiero a nuestro matrimonio - inclinó la cabeza y la besó en la barbilla.

-¿Qué haces? -preguntó ella, sin poder evitar que la delicada caricia le produjera un estremecimiento de placer.

-Besar a mi esposa.

-Yo… no te he dicho que lo hicieras.

-Es cierto. Pero tampoco me has dicho que no lo hiciera. Supongo que te agrada comprobar que tengo iniciativa.

Penelope sintió que estaba a punto de ceder y trató de luchar contra ello.

-No creo que sea buena idea.

-Yo creo que es una idea excelente.

-Planeas consumar nuestra relación, ¿verdad?

-La verdad es que esa idea se me había pasado por la cabeza.

-¿Y si yo no quiero? Stefano alzó la cabeza.

-¿Me estás ordenando que pare? Algo en su tono hizo comprender a Penelope que debía andarse con mucho cuidado.

-Preferiría que no tuviera que ser una orden.

-Buena decisión.

-Pero trataré de convencerte. Debes comprender que esto no es práctico. No hay motivo razonable, al menos desde el punto de vista de los negocios, para que durmamos juntos.

-En ese caso no dormiremos. Nos limitaremos a hacer el amor.

Antes de que Penelope pudiera seguir discutiendo, Stefano tiró de ella hacia la cama. Le hizo sentarse en el borde y él se arrodilló frente a ella. La tomó por la barbilla y la besó en los labios con delicadeza.

-Confía en mí, Nellie.

-Sabes que confío en ti.

-En ese caso, admite que lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con los negocios. Admite por una vez en tu vida que hay un momento y un lugar en la vida para responder emocionalmente ante una situación, y nosotros hemos descubierto ese momento y ese lugar.

Penelope negó con la cabeza.

-No es esto lo que pretendía que sucediera. Planeaba casarme para proteger mi negocio. No esperaba… -miró a Stefano mientras trataba de contener las lágrimas-. Se suponía que no tenía que desearte.

-Entonces, ¿por qué me elegiste? ¿Por qué no te casaste con algún desconocido, con algún hombre dispuesto a firmar un acuerdo prenupcial y a irse en cuanto obtuvieras el control de Crabbe y Asociados?

-Porque no podía fiarme de cualquiera. Pero sí de ti.

Stefano frunció el ceño.

-¿Tan segura estabas respecto a mí? ¿Acaso lo dudaba? Con manos temblorosas, Penelope tomó el rostro de Stefano entre sus manos.

-Llegué a esa conclusión después de leer el informe de mi investigador y comprender lo equivocados que estaban todos respecto

a ti. Lo supe en cuanto te conocí. Me costaba creer que alguien hubiera llegado a pensar que podías comportarte de un modo tan poco ético.

-¿Tan segura estabas de mí? -Stefano perdió el control por un instante, y ella pudo percibir el tormento que había bajo su estoica expresión.

-Totalmente -confirmó Penelope con total sinceridad. Stefano le dio las gracias con un largo beso.

-Y yo estoy seguro de no haber deseado nunca a una mujer tanto como a ti.

Penelope captó su cambio de humor, la creciente tensión acumulada en su pecho y sus hombros, el hambre de su mirada. Su propia respiración se volvió más agitada mientras esperaba a que él diera el siguiente paso. Y, de pronto, esperar le pareció imposible. Sabía lo que quería con tanta claridad como Stefano lo había sabido. Él parecía necesitar disfrazarlo con bonitas emociones, pero ella era más práctica. Necesitaba una liberación física de las pasiones que se agolpaban en su interior. Eso no significaba que hubiera perdido el control. Simplemente, significaba que había elegido la mejor entre varias opciones, la que ofrecía a ambos los mejores beneficios.

Respiró profundamente y dijo:

-Si te beso, puedo quitarte la ropa en un instante.

La mirada de Stefano se llenó de júbilo.

-En ese caso, te sugiero que me beses.

Penelope no necesitó que insistiera. Lo rodeó con sus brazos y tomó entre sus labios la boca más deliciosa que había saboreado nunca. Él la correspondió como se merecía y, enseguida, cualquier afán de control desapareció de sus mentes.

Cuando Penelope volvió a abrir los ojos, comprobó que había logrado desnudar a Stefano hasta la cintura.

Para su asombro, su propia chaqueta también había desaparecido, dejando tan solo un rastro de seda y encaje detrás… una de las prendas de lencería que le había regalado Stefano semanas atrás.

-Eres preciosa -murmuró él.

Penelope lo dudaba. Él sí que era un hombre atractivo. Acarició su piel morena, sus hombros y sus bien desarrollados bíceps, y sintió el poder que latía bajo sus manos.

Stefano deslizó un dedo por el contorno de encaje de su sujetador y Penelope sintió cómo se excitaban sus pezones, traicionando la intensidad de su deseo.

-Dime lo que quieres que haga -susurró Stefano.

-Quítamelo.

El sujetador cayó a un lado y Stefano capturó el peso de los pechos de Penelope en las palmas de sus manos. Acarició con los pulgares sus excitadas cimas y recibió cada uno de sus gemidos con un beso.

-¿Más? -preguntó.

-Oh, sí. Más, mucho más…

Stefano le quitó la falda tirando de ella por sus caderas y Penelope se dejó caer de espaldas sobre la cama. Aquel debía ser el sentimiento más decadente que había experimentado nunca. Y por mucho que le hubiera gustado achacarlo a las sábanas de seda sobre las que se hallaba acostada, sabía que en realidad se debía al hombre que estaba ante ella.

Stefano se desvistió rápidamente y se reunió con ella en la cama, dejando un rastro de besos desde las pantorrillas de Penelope, aún cubiertas por las medias, hasta el punto de sus muslos en que estas terminaban. Un intenso estremecimiento tensó cada músculo de Penelope a la vez que un ardiente calor se acumulaba entre sus piernas. Cuando Stefano apoyó una mano entre estas, ella se arqueó y apretó los puños sobre el colchón. Trató de hablar, de moverse, de suplicar que la poseyera en aquel mismo instante.

-Por favor… -fue todo lo que logró decir.

-Lo haré -prometió e1. Solo necesitó un momento para liberarla del último resto de ropa-. Te deseo. Lo sabes, ¿verdad?

Una ronca e íntima risa escapó de la garganta de Penelope.

-Una reacción muy lógica, dadas las circunstancias.

-Eso pienso.

Un doloroso anhelo hizo que la risa de Penelope se desvaneciera.

-Bésame, Stefano.

-¿Cómo socio o como marido?

Penelope lo tomó por los brazos y lo atrajo hacia sí.

-Como mi marido. Como el hombre al que puedo confiar todos mis secretos.

Stefano respondió de inmediato a su comentario. Tomó la boca de Penelope en un beso que alejó todo pensamiento de su cabeza. Sus manos parecían estar en todas partes a la vez, dejando un rastro de fuego allí por donde pasaban. Finalmente, detuvo una entre las piernas de Penelope y comenzó a acariciar su húmedo centro. Cuando ella creía que no iba a poder soportarlo más, él la penetró lentamente con un dedo, hasta convertir su cálido interior en un infierno.

-¿Qué quieres? -susurró junto al oído de Penelope mientras ella se retorcía bajo sus íntimas caricias.

-Más. Quiero más…

-¿Por qué? Dímelo, cara.

Penelope movió la cabeza, confundida. ¿Por qué no la tomaba ya? ¿Por qué no le daba Stefano lo que ambos necesitaban?

-Por favor, Stefano. No entiendo lo que estás preguntando.

-Claro que lo entiendes. Te estoy pidiendo que te entregues completamente a mí.

-¡Ya me tienes! ¡Lo sabes!

-No, cariño. Te estás conteniendo -Stefano la estrechó entre sus brazos-. Sé que tienes miedo. No lo tengas.

-Sigo sin comprender. ¿Qué quieres de mí? -preguntó Penelope, desesperada-. Dímelo y es tuyo.

-Quiero tu rendición. Has dicho que confiabas en mí. Si es así, no te contengas. Ríndete. Yo te protegeré. Lo juro.

Penelope no pudo contestar. No con palabras. En lugar de ello, separó las piernas y se arqueó hacia él para recibirlo. Stefano penetró en su calidez, se unió a ella indeleblemente de un profundo empujón. Penelope nunca había sentido nada tan increíble, tan natural.

-Entrégate a mí, mi amor -la urgió él una vez más-. Entrégate entera.

Incluso mientras se abandonaba físicamente a él, Penelope luchó contra su exigencia, desesperada por mantener oculta al menos una pequeña parte de sí misma. Stefano la tomó por los glúteos y la alzó para invadirla por completo, para tomarla una y otra vez. Dentro de ella, muy dentro, en un lugar celosamente protegido, comenzó a producirse un maravilloso florecimiento. Comenzó a filtrarse y luego se derramó, avanzando en hambrientas oleadas. Finalmente superó todas las defensas y barreras ia hasta que no tuvo más opción

que hacer lo que Stefano le había pedido y rendirle hasta el último rincón de sí misma.

-¡Stefano! -fue un grito de capitulación final, y ambos lo sabían.

Él la penetró una última vez, y sus cuerpos, sus almas y sus corazones parecieron fundirse en uno solo. Penelope se hizo consciente de que algo fundamental había cambiado en ella irrevocablemente. Luchó contra lo inevitable con cada fibra de su ser, pero fue imposible ganar aquella batalla. Y entonces perdió por completo el control. La Penelope que había sido hasta entonces dejó de existir. En su lugar se alzó Nellie, eclipsando todo lo anterior. Y había sido Stefano, su marido, el causante de aquel cambio. Y en aquel momento de profunda pasión dijo su nombre, le hizo la más dulce de las promesas y le entregó su rendimiento incondicional.

CAPÍTULO 9

CUANDO Penelope despertó, la luz de la mañana acababa de empezar a bañar el dormitorio de Stefano. «Su dormitorio», se corrigió rápidamente. Estaban casados, comprometidos durante un periodo indefinido por sus votos y el lazo físico que habían forjado durante aquella noche.

Salió sigilosamente de la cama y sacó de su maleta un breve camisón de algodón con un ribete de encaje, un termino medio que le había parecido divertido al comprarlo, pues satisfacía su preferencia por el algodón y la de Stefano por el encaje. Tras ponérselo, tomó sus gafas, un cuaderno de notas y un bolígrafo y volvió a la cama.

Frunció el ceño mientras miraba la página en blanco y trataba de ordenar sus pensamientos. Quería tomar unas notas antes de que Stefano despertara. Solo un par de recordatorios sobre cómo esperaba que funcionara su matrimonio, porque tenía una cosa clara: no podía continuar como había empezado. Una vez tomada aquella decisión, se concentró en escribir su lista.

-El punto número tres es aceptable, pero me niego a tener algo que ver con el primero.

Penelope se sobresaltó al oír la ronca voz de recién despertado de Stefano.

-Pensaba que estabas dormido -dijo, dedicándole una inquieta mirada.

-Evidentemente. De lo contrario no te habrías puesto esto -Stefano pasó un dedo bajo uno de los tirantes del camisón-. Sobre todo sabiendo que iba a tener que molestarme en quitártelo.

-No hace falta que te molestes.

' f:;:;,:·

-Oh, no es molestia -los ojos de Stefano brillaron traviesamente-. Veo que es de algodón.

-Me gusta el algodón.

-Ayer no te gustaba. Penelope cerró el cuaderno.

-Ayer fue una aberración.

-Preferiría que no utilizaras ese adjetivo para referirte al día de nuestra boda -Stefano cruzó los brazos tras su cabeza y bostezó-. ¿Por qué quieres cambiar la orientación de nuestro matrimonio?

Penelope se colocó las gafas en lo alto de la cabeza. Teniendo en cuenta el tono de voz de Stefano, prefería verlo ligeramente borroso. Por algún motivo, le parecía más seguro.

-No creo que este sea el momento más adecuado para discutir…

Stefano apoyó una mano sobre el cuaderno.

-En el primer punto de tu lista dices que quieres cambiar la orientación de nuestro matrimonio. ¿Por qué? -preguntó-. ¿Porque anoche perdiste el control y permitiste que tus emociones se apoderaran de ti? ¿Es ese el motivo por el que quieres que las cosas cambien?

Penelope parpadeó inocentemente.

-Disculpa, pero no sé de qué estás hablando.

Stefano murmuró una imprecación en italiano y tomó las gafas de la cabeza de Penelope para colocárselas sobre la nariz.

-¿Puedes oírme ahora?

Ella alzó la barbilla con gesto desafiante.

-Ya te oía antes.

-Creía que tu falta de perspectiva también había afectado a tu oído -Stefano la miró atentamente—. ¿No crees que ya es hora de que me digas por qué estás tan obsesionada con separar tus emociones de tus tratos comerciales?

-Es algo meramente razonable -respondió Penelope de inmediato.

Stefano le dedicó una mirada de advertencia.

-No soy idiota. Sé que hay algún motivo para que tengas ese comportamiento «razonable». Vamos, cara. Confiesa. ¿Qué oscuro y profundo secreto me ocultas?

Penelope apartó la mirada. _ -Es una decisión razonable basada en…

-¡Ya basta!

Penelope saltó de la cama y el bolígrafo y el cuaderno volaron de esta al suelo. Se detuvo en medio de la habitación y se volvió hacia Stefano, con el camisón danzando en torno a sus esbeltos muslos.

-¿Quieres saberlo? Muy bien. Te lo diré. No permito que mis emociones influyan en mis decisiones profesionales, porque ya cometí ese error hace unos años.

-¿Y pagaste por ello?

Penelope negó con la cabeza y las ondas de su pelo acariciaron tentadoramente sus hombros.

-Oh, no. No fui yo la que pagó.

Un tirante del camisón se deslizó por su hombro y dejó expuesta la parte alta de uno de sus pechos. Entre la atormentada expresión de su rostro, el pelo revuelto y el breve camisón, parecía un ángel caído enfrentado a su ejecución. Stefano luchó contra la tentación de tomarla en brazos y llevársela a la cama. Más tarde, se prometió. Antes debían acabar aquella conversación.

-Me veo forzado a discrepar -dijo, en tono deliberadamente

provocador-. Sospecho que pagaste de sobra por lo que hiciste.

Tal y como esperaba, Penelope estalló.

-No fui yo la que pagó las consecuencias -dijo, y se rodeó la cintura con los brazos-. Los empleados de Janus se hicieron cargo de eso por mí. Fueron ellos los que pagaron.

-¿Cómo?

A pesar de sus evidentes esfuerzos por evitarlo, los labios de Penelope temblaron.

-Deberías haberme visto cuando tenía veinte años, Stefano. A pesar de mi corta edad, era la viva imagen de la ejecutiva agresiva. Ambiciosa, terca, desagradablemente segura de mí misma y de mis aptitudes. Después de todo, había respirado el aire del mundo de los negócios desde los diez años. Estaba segura de que lo sabía todo.

-Probablemente sabías mucho más que la mayoría de la gente a tu edad -dijo Stefano con suavidad.

-¡Pero no lo suficiente! -Penelope se puso a caminar de un lado a otro del dormitorio-. Era arrogante. Exigí el control de mi empresa para poder demostrar al mundo lo brillante que era. Convencí a Loren para que me dejara dirigir Janus a mi aire. Él no quería, por supuesto, y tuvimos peleas terribles.

-Deduzco que acabaste ganando.

-Me cedió el control de la empresa, pero no creo que eso pueda considerarse una victoria.

-Algo fue mal.

-Muy mal -Penelope apretó los puños-. Janus era una pequeña empresa de importación y exportación, no tan grande como la.vuestra o la de Cornell, desde luego, pero tenía potencial. Un mes después de hacerme cargo de ella descubrí que alguien estaba utilizando Janus como salida para productos del mercado negro. A través de Janus canalizaban copias piratas de películas famosas, programas de ordenador, juegos de vídeo, etc.

Stefano la miró, anonadado.

-¿Y qué hiciste?

-Yo… -Penelope dudó-. Primero, dime qué habrías hecho tú.

-Habría averiguado quién era el responsable y lo habría entregado a las autoridades junto con las pruebas que hubiera obtenido.

-Una excelente solución. Pero no fue la que yo elegí-Penelope se acercó a las ventanas y abrió las cortinas. El sol invadió de lleno la habitación-. Estaba furiosa. Alguien estaba utilizando mi compañía y, por tanto, a mí, para obtener beneficios ilegales. En cuanto me enteré, los despedí.

-¿A los culpables?

-No. Despedí a todos los empleados de los niveles más altos de la empresa -Penelope rio sin ningún humor—. Los denuncié públicamente. Al margen de quién fuera el auténtico culpable, dije que eran los responsables porque ellos estaban a cargo.

Stefano salió de la cama y se acercó a ella.

-¿Averiguaste quién fue? -preguntó, y la rodeó con los brazos por la cintura.

-Fue… -la voz de Penelope se rompió y agachó la cabeza-. Fue un empleado administrativo… un simple empleado administrativo. Y yo destruí la reputación de varíos empleados importantes por tomar una decisión impulsiva. Reaccioné en el calor del momento en lugar de analizar la situación con calma y racionalmente. Si hubiera esperado…

-¿Qué hizo Inoren?

-Nada -susurró Penelope-. Le pedí que arreglara las cosas, pero se negó. Dijo que ya que me había empeñado en asumir las responsabilidades debía enfrentarme a las consecuencias.

Stefano masajeó los tensos músculos de sus hombros.

-Te conozco, Nellie. Seguro que hiciste todo lo posible por enmendar la situación.

-Me disculpé públicamente y ayudé a casi todos los empleados que había despedido a encontrar nuevos traba-jos. Pero no fue suficiente. Nunca podré resarcirlos por lo que les hice.

-Cara…

-¿Te das cuenta ahora de por qué comprendí con tanta facilidad la situación por la que estabas pasando? ¿Y por qué estoy tan segura de tu inocencia? Analicé el asunto desde un punto de vista lógico. Investigué. No saqué conclusiones precipitadas. No basé mi decisión en las emociones ni en el instinto. Y nunca volveré a hacerlo.

-Tienes que estar bromeando. Tus últimas decisiones han estado basadas en la emoción y el instinto. Al menos, las referentes a mí.

Penelope lo miró con tal perplejidad que Stefano sintió que el corazón se le encogía.

-No seas ridículo. He sido totalmente lógica respecto al caso Bennett.

-No es cierto. Has desestimado todos los hechos que hay contra mí, sin tener ninguna prueba para refutarlos.

-¡Estás equivocado! ¿Cómo puedes decir eso?

-Puedo decirlo porque es cierto -dijo Stefano, pacientemente-. Me has defendido desde el principio sin tener la más mínima evidencia a mi favor. No me interpretes mal. Aprecio tu fe en mí y…

-¡De nada!

-No hace falta que te pongas sarcástica, cariño. El único motivo por el que he sacado esto a relucir es esa maldita lista tuya -Stefano señaló con un gesto de la cabeza el cuaderno que había caído al suelo-. Pretendes cambiar las condiciones de nuestro matrimonio y no estoy dispuesto a permitirlo.

-No pretendo cambiarlas; solo quiero volver a nuestro acuerdo original. Lo sucedido la noche pasada…

-Lo sucedido la noche pasada te ha asustado mucho -Stefano sabía que a Penelope no le iba a gustar lo que iba a decirle a continuación, pero debía hacerlo-. Por eso quieres cambiar las cosas. Porque estás aterrorizada.

Ella trató de liberarse de sus brazos.

-¿Acaso has perdido la cabeza? Eso no es cierto.

-Sí lo es -Stefano se negó a soltarla-. Anoche perdiste el control. Y esta mañana, después de haber tenido tiempo para pensar, has descubierto de pronto que tus emociones están comprometidas y te has asustado. No esperabas sentir nada por mí, y por eso te ha entrado miedo. Y tienes miedo porque sabes que es demasiado tarde. Digas lo que digas, sabes que hay una conexión emocional entre nosotros. Las elecciones y decisiones que has tomado durante nuestra relación no han sido en lo más mínimo lógicas. Y ahora estás haciendo todo lo posible por ocultarte de la verdad.

-¡Eso no es cierto!

-No te has casado conmigo solo para salvar tu negocio -insistió Stefano-. Para eso podías haber elegido a cualquier otro hombre más fácil de manipular. Pero no lo hiciste. Me elegiste a mí, a pesar de saber que nunca podríamos mantener un distanciamiento emocional.

-Claro que podemos -replicó Penelope, dedicándole una mirada iracunda-. Al menos, yo sí puedo.

-Sé sincera, Nellie. Desde el principio sentiste la conexión que había entre nosotros. Los dos estamos a punto de arder cada vez que nos tocamos. Incluso ahora estás temblando. Y con cada día que pasa, con cada beso y cada caricia que compartimos, los lazos emocionales que nos unen se vuelven más fuertes.

-¡Es puro deseo! -protestó Penelope-. ¡Pura química!

-Es amor.

Stefano había dicho la palabra prohibida y Penelope se retorció entre sus brazos hasta liberarse.

-¡No! ¡No uses esa palabra!

-¿Por qué? -Stefano apoyó ambas manos a los lados de su rostro y la obligó a mirarlo-. ¿Porque le tienes miedo? ¿Porque los padres a los que amabas murieron, llevándose con ellos ese amor? ¿Porque el tío al

que adorabas, aunque amable y muy trabajador, no entendía lo que es amar a un niño? ¿Porque aprendiste del modo más duro posible que las emociones fuertes pueden destruirte?

-¡Basta! -Penelope se cubrió los oídos-. No puedo pensar con claridad. Stefano la soltó.

-¿Y los regalos que me has hecho? Eran regalos del corazón, Nellie. Regalos con los que entregabas pequeños trozos de ti misma para dejarlos a mi cuidado. Son tesoros que protegeré y guardaré el resto de mi vida.

Penelope empezó a sollozar.

-No puedo amarte. Si lo hiciera…

-¿Qué? ¿Qué sucedería si lo hicieras, cara?

-¡Cometería un error! ¡Cometería otro terrible error! Como hice con Janus.

-O puede que simplemente tomaras tus decisiones con el corazón, en lugar de con la cabeza. No con rabia. Ni a base de análisis deductivos y racionales, sino con amor, compasión y esa generosidad que forma parte natural de tu personalidad.

Penelope negó enfáticamente con la cabeza.

-Estás equivocado. Tratas de convertir nuestra relación en algo romántico. Me he acostado contigo, Stefano. Pero no por amor, sino por puro y simple deseo.

-No hay nada puro y simple respecto al deseo -dijo Stefano con suavidad—. No arrojes por la borda algo tan vital para los dos.

Penelope se apartó y le dedicó una mirada helada.

-No te quiero, Stefano. Siento que hayas creído ver en nuestra relación algo más de lo que hay. Él se limitó a sonreír.

-No es cierto, Nellie -se encaminó hacia el baño y se detuvo antes de entrar-. Y te voy a hacer una advertencia, cara: cuando se ensucia algo bello hace falta algo más que quitamanchas para reparar los daños. No ensucies lo que hay entre nosotros. Podrías conseguir que no volviera a brillar nunca.

Una hora más tarde, Penelope entró en el ascensor vacío de los Salvatore y apretó al botón que la llevaría al despacho de Stefano. Solo podía pensar en llegar hasta su marido con la mayor rapidez posible. Se esforzó por contener las lágrimas. Llorar era algo irracional. Odiaba hacerlo. Las lágrimas no servían para nada. Era mejor enfrentarse a la situación que sucumbir a un estallido emocional.

Salió del ascensor en cuanto se abrieron las puertas. Al final del pasillo vio a sus cuñados reunidos y se preguntó si ya estarían al tanto de lo sucedido. Corrió hacia allí y pasó entre ellos. Ignorando sus

preguntas, divisó finalmente a Stefano. Apartó a Marco de su camino, se lanzó entre los brazos de su marido y, muy a pesar de sí misma, rompió a llorar.

-¿Qué sucede? -oyó que preguntaba Pietro.

-Stefano ha hecho llorar a Penelope.

-¿Qué le has hecho? -preguntó Lúc.

-Puede que en realidad quisiera llorar sobre el hombro de Marco.

Marco se limitó a sonreír.

-Creo que nuestra querida cuñada ha aprendido por fin a distinguir a su marido.

Stefano envolvió a su esposa en un abrazo protector.

-¡Cretinos! ¿No veis que sucede algo? Dadle un poco de espacio -tomó a Penelope por la barbilla y le hizo alzar el rostro-. ¿Qué sucede, Nellie? ¿Por qué lloras?

-Oh, Stefano. Ha sucedido algo terrible. Acabo de enterarme -Penelope respiró temblorosamente-. Están volviendo a manchar tu reputación.

-Tranquilízate, corazón. Trata de ser lógica por una vez.

-¿Cuántas veces tengo que decírtelo? -el enfado hizo que Penelope dejara de llorar-. Siempre soy lógica.

-Por supuesto -dijo él con calma—. Y ahora explícame cómo están manchando mi reputación.

Penelope trató de recuperar la compostura.

-El periodista ha dicho que has sido tú el que ha dado la información.

-¿Qué información?

-Sobre Loren. Alguien ha filtrado los datos sobre sus problemas de salud. Y todo el mundo dice que has sido tú. Stefano miró a sus hermanos.

-Pietro, compruébalo. Averigua qué está pasando. Lúe, tu ayuda puede venirme muy bien. Entérate de quién ha extendido el rumor.

-Creo que puedo adivinarlo.

-No quiero adivinanzas. Quiero pruebas.

-Puede que eso no sea posible.

-¡Haz que sea posible! —a continuación, Stefano tomó a Penelope de la mano y se alejó por el pasillo hacia su despacho. Una vez dentro, hizo que se sentara en el sofá. Luego, le sirvió un coñac.

-Vamos, cara. Bebe esto y dime lo que sabes. Penelope dio un breve sorbo a su copa.

-Un reportero del Financial News me ha llamado para confirmar los datos que tenía sobre la salud de Loren.

-Supongo que los negaste.

-Por supuesto. Pero no me ha creído. Ha dicho que se estaba basando en una información confidencial que había recibido de mi marido. Ha asegurado que le diste los datos durante una conversación telefónica reciente.

-Hace más de un año que no hablo con ningún reportero.

Penelope hizo un gesto desdeñoso con la mano.

-Sé que no has sido tú. Estoy segura de que es cosa de Cornell. Aunque no entiendo cómo ha tenido acceso al informe médico de mi tío.

-¿No? -Stefano se sirvió un whisky antes de volverse hacia ella-. Odio decirte esto, pero el estado de tu tío se ha deteriorado notablemente durante los últimos meses. Tú misma lo dijiste. Un buen investigador podría haber descubierto la información para Cornell -dio un largo sorbo a su bebida-. No hay duda de que este es el regalo de bodas que nos había prometido.

Penelope asintió lentamente.

-Por supuesto. Prometió entregárnoslo en cuanto nos casáramos.

-Tranquila, corazón. Ya encontraremos un modo de salir de este lío.

-He esperado demasiado para casarme, ¿verdad? -Penelope apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos-. El valor de Crabbe se hunde mientras hablamos, y todo por mi culpa. He hecho lo posible para evitar el daño, pero no va a ser suficiente.

-Esto no es culpa tuya -dijo Stefano, seriamente-. Es culpa mía. No debí retar a Cornell.

Aquello sorprendió a Penelope. Dio otro sorbo a su coñac y miró a su marido por encima del borde de la copa. Qué caballeroso por su parte asumir la responsabilidad… Y qué típico.

-No ha sido culpa tuya. Tú no has hecho nada malo. Y pienso probarlo un día de estos.

-Esa es mi dulce, lógica y objetiva esposa -Stefano se sentó junto a ella en el sofá y pasó un brazo por sus hombros-. No te preocupes, cara. Cuentas con el apoyo de todos los Salvatore, y eso es decir bastante.

Penelope se relajó contra su hombro.

-Al menos hay algo bueno en todo esto.

-¿Qué?

-Mi abogado recibió a última hora de ayer una oferta por Crabbe. Y no la retiraron ni siquiera después de que se difundiera la noticia.

-¿Una oferta baja? -preguntó Stefano en tono neutro.

-¿Cómo lo sabías?

-Pura suerte.

-Si consigo determinadas concesiones para la plantilla, puede que la acepte.

-¿Quién ha hecho la oferta?

-Una firma llamada Obit. ¿Has oído hablar alguna vez de ella?

-No me suena.

-La cantidad que ofrecen sería ridicula en circunstancias normales, pero sumada a lo que tú me has pagado por Janus bastará para que tío Loren no tenga problemas económicos.

Stefano apartó un mechón de pelo de la frente de Penelope. El gesto resultó inesperadamente íntimo.

-¿Y qué me dices de tí?

-Estoy acostumbrada a trabajar para vivir -Penelope rio sin humor-. Aunque dudo que alguien quiera contratar a una ejecutiva que logró arruinar el negocio de su familia en cuanto entró en posesión de él. ¿Y tú?

-Ya te he dicho que esto no ha sido culpa tuya.

-Puede que no. Pero sí es mi responsabilidad. Stefano suspiró.

-Te pido disculpas, Nellie. Prometí protegerte y no lo he hecho. Sabía que Cornell cumpliría su amenaza, pero en lugar de ir tras él para averiguar qué se traía entre manos, he esperado.

-No podías saber que iba a hacer esto.

-Tal vez no -la boca de Stefano se tensó visiblemente-. Pero Cornell ha cometido un error. Un grave error.

-¿Qué error?

-Nadie hace daño a lo que me pertenece. Pagará por lo que ha hecho. Me ocuparé de ello personalmente. Penelope se movió inquieta en el sofá.

-Yo no te pertenezco.

-¿No? -los ojos oscuros de Stefano brillaron, divertidos-. Después de lo que sucedió anoche, después de todo lo que hemos hablado esta mañana, ¿aún piensas eso? ¿Te das cuenta de que hace un momento casi tiras a Marco para llegar hasta mí? Solo hay una explicación para eso: nos distingues, sientes la diferencia que hay entre nosotros. Tú y yo nos pertenecemos mutuamente.

Penelope se puso de inmediato a la defensiva, como aquella mañana.

-¿Cuántas veces voy a tener que recordártelo? Nuestro matrimonio no es real -replicó-. De hecho, si todo sale bien y vendo Crabbe y Asociados, ni siquiera necesitaremos seguir manteniendo esta ficción.

-Nuestro matrimonio no es una ficción -el acento italiano de Stefano era más fuerte que nunca-. Los votos que hicimos son sagrados.

Penelope se apartó de su lado.

-Y se supone que también eran temporales. En eso quedamos.

-¿Y la promesa que me hiciste? ¿O acaso también piensas romperla?

-Si te refieres a la promesa que te hice de restablecer tu reputación, no hace falta que estemos casados para conseguirlo.

Sin decir nada, Stefano se levantó y fue hasta los ventanales del despacho. Su expresión era impenetrable.

-Esta claro que has pensado esto detenidamente. ¿Cuáles son tus planes, Penelope?

Ella se quedó helada. Había vuelto a llamarla Penelope. Era la segunda vez que lo hacía. Trató de alejar una oleada de temor. ¿Por qué tenía que preocuparle aquello? A fin de cuentas, no se sentía apegada a Stefano. En realidad, no. Compartían una agradable sensación física, eso era todo. Cuando todo acabara lo lamentaría, pero la vida seguiría adelante.

-Voy a organizar un encuentro con Obit para comprobar si la venta de Crabbe es factible -informó a su marido.

-¿Y luego?

-Por favor, Stefano. No necesitamos decidir eso ahora.

-Yo creo que sí —Stefano se cruzó de brazos—. ¿Qué sucederá después de que vendas?

-Haré lo posible por probar tu inocencia.

-¿Y respecto a nosotros?

-Nosotros… -Penelope se humedeció los labios-. Haremos lo razonable. Nos separaremos.

-Muy lógico.

-Ya te advertí que lo era -contestó ella, sin poder evitar un matiz de desesperación en su tono-. Supongo que esto no supondrá una sorpresa para ti.

Stefano movió la cabeza con gesto cansado.

-Has elegido el peor momento para empezar a actuar con lógica, querida. Solo espero que no lamentes tu decisión -fue hasta la puerta del despacho y la abrió. Estaba claro que la conversación había terminado-. Llámame cuando hayas organizado la reunión con Obit.

Penelope se levantó y se sorprendió al descubrir que sus piernas apenas querían sostenerla.

-¿Quieres asistir?

-No solo quiero asistir, sino que quiero que me prometas que no mantendrás la reunión sin tenerme a tu lado -Stefano esperó a que Penelope se acercara a él antes de deslizar una mano por su mejilla-. Haz esto por mí y no te pediré nada más.

Ella asintió.

-De acuerdo. Te avisaré en cuanto organice la reunión.

La puerta permanecía abierta ante ella. Miró a Stefano. Hasta entonces, este siempre la había besado cada vez que se separaban. Una parte de ella anhelaba aquel beso, pero otra le advertía que no lo iba a recibir. Alzó levemente la barbilla y se obligó a salir.

-Una cosa más -dijo Stefano.

Penelope se volvió al instante, anhelante a pesar de sí misma.

-¿Sí?

-Antes no me refería a la promesa que me hiciste de restablecer mi reputación. Me refería a la que me hiciste anoche -miró a Penelope a los ojos con fiera determinación-. Estoy decidido a hacerte cumplirla.

Stefano se hallaba ante el ventanal de su despacho, mirando el edificio de Crabbe y Asociados. Masculló una maldición y golpeó con el puño el cristal antichoque. Había presionado demasiado a Penelope, y demasiado pronto, forzando en ella emociones que aún no estaba preparada para aceptar. También la había obligado a enfrentarse a sus propias emociones, cosa para la que tampoco estaba preparada. Y como resultado, su querida esposa se había asustado. Había huido.

Esperaba que después de hacer el amor se enfrentara a la verdad, que el lazo que los unía la ayudara a superar el miedo. Que se diera cuenta de que sus emociones no eran algo que debía evitar, sino acoger. Y por unos momentos lo había hecho. Pero al llegar la mañana se había lanzado en retirada.

La ironía de todo aquello lo estaba volviendo loco. Todo lo que hacía Penelope, cada decisión que tomaba, procedía de su apasionado interior. Sin embargo, ella no se daba cuenta. Había pasado demasiados años considerándose una persona fría, analítica y lógica. Pero no lo era. Era una mujer hecha para el amor. Para su amor. Todo lo que tenía que hacer era demostrárselo.

Apoyó las manos contra el cristal y miró ávidamente hacia el otro lado de la calle.

«Vuelve a mí, Nellie. Te quiero».

Penelope estaba junto a los ventanales de su despacho, mirando hacia el edificio de Salvatores. Apoyó la cabeza contra el cristal, apesadumbrada. No podía decirse que hubiera manejado aquel asunto de manera brillante. Stefano la había presionado demasiado, forzando emociones en ella que no estaba preparada para aceptar, y se había asustado. Peor aún; había huido. Y todo porque Stefano había dado tanta importancia al hecho de que lo hubiera distinguido de Marco.

Habían hecho el amor. Y después, ella había sabido con una certeza visceral cuál de los dos hombres era su marido. Pero, ¿qué

esperaba? En algún momento tenía que suceder. Eso no significaba que hubieran forjado una especie de lazo místico y emocional entre ellos. Todo el incidente era perfectamente lógico, atribuible a sus habilidades analíticas y a su razonamiento deductivo.

Además del hecho de que lo amaba.

Penelope trató de respirar, de pensar, de reconocer en sí misma cualquier clase de sensación al margen de aquel sorprendente descubrimiento. Incrédula, se apartó de la ventana. Después de todas sus fogosas negativas, de su cerrazón a reconocer que lo que sentía era amor y no solo deseo, había hecho lo impensable… ¡había permitido que su corazón anulara a su cabeza!

¡Amaba a Stefano!

Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba. Sentía la misma certeza que cuando evaluaba un problema y deducía la solución perfecta, o cuando negociaba un contrato y todo el conjunto acababa encajando. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? Era tan obvio. Tan eminentemente racional. Tan lógico… sobre todo teniendo en cuenta el encanto, la elegancia y la integridad de Stefano. Lo raro habría sido que no se hubiera enamorado de él, o que se hubiera entregado a él sin estar enamorada.

Un gran alivio se apoderó de ella. No tenía por qué temer unas emociones que resultaban tan razonables. Stefano era un hombre honorable. Nunca le haría daño. Había prometido protegerla, y eso significaba que la protegería.incluso de sí mismo. Si decía que la amaba, podía confiar en que la amaría durante el resto de su vida.

Pero ahora tenía un pequeño problema, pensó Penelope, mordiéndose el labio inferior. ¿Cómo iba a arreglar las cosas entre ellos? Después del modo en que se habían separado, ¿cómo iba a decirle que, de pronto, había descubierto que lo amaba?

Entonces, recordó su promesa de la noche de bodas…

10

y que Stefano estaba decidido a hacer que la cumpliera. Una sonrisa iluminó su rostro mientras miraba por la ventana con renovada determinación. Podía hacer una cosa. Podía librarse de Crabbe. Y tal vez incluso podía recabar la información necesaria para restablecer la reputación de Stefano. Una vez alcanzadas esas metas nada se interpondría entre ellos. Al menos, no habría motivos empresariales para que siguieran casados. Entonces, tendría la oportunidad de convencerlo de que lo amaba.

Apoyó las manos sobre el cristal y miró ávidamente hacia el otro lado de la calle.

«Aguanta, mi amor. Enseguida voy».

CAPÍTULO 10

LISTA? -preguntó Stefano. Penelope asintió. -Tanto como puedo estarlo -dudó, consciente de que era demasiado pronto para hablar sobre su reciente descubrimiento, pero incapaz de contenerse-. Cuando todo esto acabe, tenemos que hablar.

-No lo dudes -dijo Stefano en tono serio. Cindy se asomó a la sala de juntas.

-La gente de Obit está aquí. ¿Les hago pasar? Penelope asintió.

-Sí, por favor.

-Prepárate -murmuró Stefano.

Antes de que Penelope pudiera preguntar a qué se refería, un hombre entró en la sala… el último hombre al que esperaba o quería ver en aquellos momentos. Robert Cornell.

-Hola, Penelope, Salvatore -saludó, dedicándoles una amplia sonrisa-. Ya os advertí que volveríamos a vernos.

Años de práctica acudieron en rescate de Penelope. Aceptó la presencia y el comentario de Cornell sin perder en lo más mínimo la compostura.

-Es cierto. No debería sorprenderme verte aquí, pero lo cierto es que estoy sorprendida.

-Tu marido no parece sorprendido.

Penelope se volvió hacia Stefano y comprobó que era cierto. Un destello de vulnerabilidad la traicionó antes de que pudiera reprimirlo.

-Cornell tiene razón. No estás sorprendido, ¿verdad?

-No -admitió Stefano.

Penelope fue a decir algo, pero se interrumpió y volvió a prestar su atención a Cornell.

-¿Nos disculpas un momento, por favor? Mi marido y yo necesitamos hablar.

-Lo suponía -Cornell ocupó una asiento en la cabecera de la mesa y miró a su alrededor con aire de propietario-. Pero no tardéis demasiado. No soy un hombre paciente.

Penelope salió de la sala con la cabeza alta. Una vez en su despacho, se volvió hacia Stefano.

-¿Por qué no me habías advertido? Sabías que era Cornell quien se hallaba tras la oferta, ¿no?

-Lo sospechaba.

-¿Y por qué no me lo habías dicho?

-Porque no podía probarlo -Stefano sonrió con ironía—. Es difícil

saber a qué atenerse con Cornell. Ya deberías saberlo a estas alturas. No quena disgustarte avisándote sobre algo que tal vez no llegara a suceder. Ahora que se ha confirmado lo peor, podemos enfrentarnos a ello.

-¡No pienso venderle la empresa!

-Esperaba que dijeras eso. De hecho, no tienes por qué venderla.

Penelope se puso a caminar de un lado a otro.

-¿Y qué debería hacer? ¿Dejar que Crabbe vaya a la quiebra?

-La quiebra no tiene por qué ser el resultado inevitable, Nellie. Ahora formas parte de la familia Salvatore. Podemos ayudarte a conservar Crabbe hasta que estés preparada para hacerte cargo de ella, o hasta que el negocio se recupere lo suficiente como para venderlo a un precio más cercano al real.

Penelope frunció el ceño. Aquello no era lo que había planeado. Quería cancelar toda relación comercial entre Stefano y ella, no crear más.

-¿Y qué me dices de tu reputación? Si tú y tus hermanos acudís en mi ayuda, la gente dirá que has hecho correr la información sobre el estado de salud de Loren para poder hacerte con el control de mi empresa.

Stefano se encogió de hombros.

-Eso ya se rumorea. Pero el tiempo se ocupará de poner fin a las especulaciones.

-No si Cornell sigue difundiendo rumores. Y tampoco si encuentra otro modo de perjudicarnos.

-Con un poco de suerte, acabará por aburrirse y centrará su atención en algún otro asunto.

Penelope miró a Stefano con escepticismo.

-Si es tan vengativo como dices, no creo que renuncie.

-Vamos, Nellie. No dejes que se quede con tu empresa. Lo mejor que podemos hacer es echarlo de aquí.

Penelope iba a responder cuando Cindy se asomó al despacho.

-Discúlpeme, señora Salvatore. Los papeles de la venta ya están listos para la firma. ¿Puedo decirle a su abogado que pase?

Penelope dudó.

-Si vendo, Cornell lo consigue todo -dijo, pensando en alto-. Si no, me arriesgo a la quiebra y él aún conseguirá su meta. En cualquier caso, tu reputación quedará hecha trizas.

-¡Al diablo con mi reputación! Lo que me suceda a mí no tiene nada que ver.

-Para mí sí tiene que ver -Penelope llegó a una conclusión-. No. No puedo echarme atrás. Al menos, hasta que obligue a Cornell a admitir

la verdad. Existen muchas posibilidades de que me hunda. Apenas puedo hacer nada respecto a eso. Pero aún puedo ayudarte.

-¡Maldita sea, Nellie! -Stefano se pasó una mano por el pelo, evidentemente enfadado-. ¿Por qué no me sorprende que acabes tomando esa opción, sobre todo teniendo en cuenta que es la menos razonable de todas? Por favor, cara. Sé sensata. No merece la pena que pierdas Crabbe por tratar de salvar mi reputación.

-No seas ridículo. Nunca hago nada a menos que sea razonable y sensato -Penelope se volvió hacia su secretaria-. Trae los papeles, Cindy.

-Su abogado ha pedido estar presente cuando los firme.

-En ese caso, que pase.

El señor Wilfred entró en el despacho un momento

después. Saludó con una inclinación de cabeza a Stefano y se detuvo ante el escritorio de Penelope.

-¿Está segura de que quiere renunciar a sus derechos, señora Salvatore?

-Totalmente.

-En ese caso, lea los papeles antes de firmar, por favor.

-No es necesario. Ya los he leído.

-Lo siento, pero debo insistir…

-No hay tiempo, Wilfred —interrumpió Penelope, impaciente-. Le aseguro que ya he leído los papeles atentamente.

Cindy dejó sobre el escritorio un montón de papeles.

-Tiene que firmar aquí y aquí -dijo, señalando.

-Nellie… -empezó Stefano.

-Tengo un plan —interrumpió Penelope mientras firmaba-. Creo que podemos salvar la situación. Pero tienes que confiar en mí.

Stefano se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de una silla cercana. Luego, se acercó al escritorio y apoyó la cadera en una esquina.

-Te confiaría mi vida. Ya debenas saberlo a estas alturas.

Penelope hizo una pausa para sonreírle. Había sido lo suficientemente tonta como para huir de sus sentimientos por Stefano. Él lo significaba todo para ella. Y pensaba demostrarlo muy pronto.

-Sé que confías en mí, y no sabes cuánto aprecio que así sea.

-¿Y tú confías en mí? -preguntó él. Penelope no dudó al contestar.

-Por supuesto. Pero eso no tiene nada que ver con mi plan.

-¿Qué plan?

-Firme aquí también, señora Salvatore -interrumpió Cindy-. Y ponga sus iniciales en cada página.

Penelope obedeció mientras seguía hablando a Stefano.

-Creo que puedo conseguir que Cornell confiese lo que ha hecho.

Stefano la tomó por la mano y le hizo apartarla del contrato.

-¿Cómo?

-Te lo diré en cuanto termine de firmar esto.

-Vas demasiado deprisa, Nellie. Primero cuéntame qué tienes planeado. Después, si sigues decidida, puedes terminar de firmar los papeles.

Un destello de diversión iluminó el rostro de Penelope.

-Quieres decir si no puedes convencerme de lo contrario, ¿no?

Stefano hizo una mueca.

-Eso también.

Penelope dejó el bolígrafo sobre el escritorio.

-De acuerdo. Este es el plan. Nuestra sala de juntas tiene una cámara de vídeo en un rincón muy discreto. No se ve a menos que mires a propósito. La utilizamos durante las reuniones de trabajo para tener una referencia de las discusiones que mantenemos y poder consultar las cintas en caso de que surja alguna duda. Voy a hacer que Cindy active la cámara. Luego, haré que Cornell confiese antes de venderle Crabbe y Asociados.

-¿Y si no lo hace?

-Tendremos que asegurarnos de que confiese -Penelope firmó la última página y entregó los documentos a Cindy-. Te hice una promesa, Stefano. Prometí restituirte tu honor, y eso es precisamente lo que pretendo hacer.

Stefano miró al abogado y a Cindy e hizo un gesto con la cabeza para que salieran del despacho. En cuanto se quedó a solas con su esposa la tomó entre sus brazos.

-¿No comprendes? Hace semanas que me restituiste mi honor. Lo hiciste cuando entraste por primera vez en mi despacho y me propusiste que me casara contigo. Al margen de mi familia, eras la única que creía en mi inocencia. Y has seguido creyendo en mí a pesar de que todas las evidencias están en mi contra.

Penelope sonrió.

-Ya te he explicado todo eso. Fue simple lógica. Revisé toda la información que tenía, examiné los hechos y llegué a una conclusión basada en las evidencias.

-Cara mía -susurró Stefano, mirándola con ternura-. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? Las evidencias me condenaban.

Penelope acercó sus labios a los de él y lo besó… lo besó con un anhelo inconfundible, diciéndole sin palabras lo que sentía.

-Las conclusiones extraídas de esas evidencias eran erróneas. Solo hacía falta que llegara alguien imparcial para revisar el caso.

-No piensas admitir tu parcialidad, ¿verdad?

-¿Parcialidad a favor de mi marido? No seas ridículo -con apasionada vehemencia, Penelope añadió-: Eres un hombre honorable, Stefano Salvatore. Y cualquiera que diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo.

-En otra época fui un hombre de honor -dijo él con pesar-. Ahora soy un hombre capaz de hacer cualquier cosa por proteger a su esposa.

Penelope lo miró, confundida.

-No necesito protección. Stefano no se molestó en discutir.

-Entonces, ¿qué necesitas?

-Esto…

Penelope volvió a besarlo y, por primera vez desde que había mencionado su separación, Stefano sintió que sus esperanzas renacían. No podía besarlo así si pretendía que su matrimonio terminara. Cediendo a lo inevitable, dejó que empezara a desabrocharle la camisa. Pero, a pesar de lo mucho que le apetecía hacerle lo mismo, se contuvo. Si Penelope iba a enfrentarse a Cornell, necesitaría sentirse muy segura de sí misma, y podía perder parte de esa seguridad, si tenía que acudir a la sala con la ropa arrugada.

Penelope no recuperó la razón hasta que se encontró de pronto acariciando el pecho desnudo de Stefano. Reacia, se apartó un poco de él y lo miró a los ojos.

-Tengo que hacerte una confesión -murmuró.

-¿En serio?

Penelope dudó.

-Tal vez debería esperar hasta que hayamos acabado con Cornell.

-No, Nellie. Haz tu confesión ahora. Así no podrás cambiar de opinión si las cosas no salen como las tienes planeadas.

-De acuerdo -Penelope se humedeció los labios-. Puede que me precipitara sugiriendo que nos separáramos. Él sonrió con ternura.

-Es una confesión excelente, cora/ón.

-He estado pensando -Penelope frunció el ceño-. Si te dejo ahora, podría dañar tu reputación. Stefano masculló una maldición en italiano.

-¡Otra vez no, Nellie! ¡Todo eso ya no me importa nada!

-Pero yo no quiero hacerte daño -los labios de Penelope temblaron un instante-. En realidad ya te lo he hecho, y no sabes cuánto lo siento.

Stefano no sabía si refr o besar a Penelope hasta hacerle recuperar la razón. No era aquella confesión la que esperaba. Esperaba que le declarara su amor incondicional. Esperaba oírle admitir que estaba equivocada y que creía que su matrimonio podía durar durante el

resto de sus vidas.

Apretó los puños a los lados. En cuanto se hubiera hecho cargo de Cornell, tendría que explicarle con claridad cómo funcionaba aquel asunto de ser su esposa.

-Gracias por tu confesión -murmuró-. Creo. ¿Estás lista para enfrentarte a Cornell?

-Estoy lista.

Tras abrocharse la camisa y ponerse la chaqueta, Stefano pasó un brazo por los hombros de su esposa.

-Adelante -dijo, a la vez que señalaba la puerta.

-Espera. He olvidado mencionarte algo.

Él suspiró.

-¿Otra confesión?

-Sí.

-Adelante -Stefano se cruzó de brazos-. Más vale que las hagas todas de una vez.

-De acuerdo. Te quiero -con un enérgico asentimiento de cabeza, Penelope se encaminó hacia la puerta. Una vez allí, se volvió-. ¿Estás listo?

-¿Cara?

-¿Sí?

Stefano tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no tomarla en brazos y salir en aquel mismo momento del edificio. ¡Penelope lo amaba! Se permitió una rápida sonrisa de triunfo.

-Me temo que tu sincronización deja algo que desear.

-Sí, sucede a menudo -admitió ella-. Es lo que suele pasar cuando uno tiene una mente esencialmente lógica. Puede llevar un tiempo revisar todas las variables y llegar a una conclusión acertada.

Stefano se prometió discutir aquello más adelante.

-Comprenderás que tendremos que hablar de esto después.

Los labios de Penelope se curvaron en una sonrisa irónica.

-Por supuesto. ¿Stefano?

-¿Sí, mi amor?

-¿Estás muy enfadado?

-Mucho. Pero creo que lo superaré. Cornell esperaba impaciente su regreso junto a su abogado.

-¿Y bien? ¿Cuál es la decisión?

-Vamos a vender -dijo Penelope-. Pero con una condición.

Cornell la miró con expresión cínica.

-Siempre hay una condición.

-Veamos si estás dispuesto a aceptar esta. De lo contrario, el trato quedará roto.

-Adelante.

-Quiero la verdad sobre lo que sucedió con los Bennett.

-Supongo que estás bromeando.

-En absoluto.

-¿Y qué te hace pensar que tengo información sobre ese asunto? -Cornell miró a Stefano-. Tal vez deberías preguntarle a tu marido, ya que él es el más directamente implicado.

-Corta el rollo, Cornell -dijo Stefano-. No te estamos pidiendo que hagas una declaración pública. Solo queremos que nos confirmes lo sucedido.

-Y solo por curiosidad, ¿que pensáis hacer con esa confirmación?

Stefano metió las manos en los bolsillos.

-No podemos hacer mucho, ¿verdad?

-Entonces, ¿para qué queréis que os lo confirme? Había llegado el momento de explotar el inflado ego de aquel hombre.

-Quiero averiguar de una vez por todas si eres lo suficientemente listo como para planear el chanchullo perfecto. Me disculparás si te confieso que tengo mis dudas.

-Comprendo tu curiosidad. De acuerdo, te arrojaré un hueso. Te diré lo que sé sobre el caso -el tono de Cornell adquirió un matiz implacable al añadir—: Pero solo después de que la señora Salvatore firme los papeles.

Stefano negó con la cabeza.

-Ni hablar.

-¿Qué sucede? -se burló Cornell-. ¿Es que no te fías de mí?

-En lo más mínimo.

-En ese caso, me temo que nos hallamos en un punto muerto.

-Acepto firmar primero, si tu aceptas que mi abogado se quede con el contrato, sin tu firma, hasta después de que nos hayas contado la verdad -sugirió Penelope.

Stefano deseó que su esposa no fuera tan predecible.

-¡No, Nellie! No habíamos quedado en eso. No merece…

-No te preocupes, Stefano -interrumpió ella-. Sé lo que estoy haciendo.

-Eso es discutible. Cornell alzó una mano.

-Firma y mi abogado se quedará con los documentos -contraatacó-. Salvatore podrá arrebatárselo con facilidad si yo no cumplo mi parte del trato.

-De acuerdo -asintió Penelope-. Tu abogado. Una vez que hayas hecho lo que te hemos pedido, Crabbe será oficialmente tuya.

-¿Mantendremos nuestra conversación en privado? -preguntó Cornell, sintiéndose ya victorioso.

-Por supuesto.

-No lo hagas, Nellie -insistió Stefano-. No lo hagas por mí. El precio es demasiado alto. Cornell se frotó las manos.

-Creo que tenemos un trato.

-Señor -interrumpió el abogado de Cornell-, no me queda más remedio que estar de acuerdo con el señor Salvatore. Esto no es aconsejable. Le recomiendo que…

-Como ha dicho la dama, sabemos lo que hacemos, Curtís.

-Señor…

El buen humor de Cornell se desvaneció.

-Que venga todo el mundo antes de que Salvatore, o mi propio abogado, convenzan a la señora Salvatore para que cambie de opinión.

Unos momentos después, todos los abogados y secretarias estaban en la sala. Penelope firmó los documentos restantes.

-Creía haber firmado todo esto antes -murmuró en determinado momento.

-Siga firmando -la instruyó Wilfred-. A menos que haya cambiado de opinión sobre la venta, por supuesto.

-Nada de eso -en cuanto terminó, Penelope entregó los documentos a Curtís-. Despejen la sala, por favor. El señor Cornell y yo tenemos aún algunos asuntos que discutir.

En cuanto los tres se quedaron a solas, Penelope se volvió hacia Cornell.

-¿Y bien? Creo que tienes algo que decirnos. Y te advierto que, si no me' cuentas la verdad sobre quién defraudó a los Bennett, romperé esos documentos personalmente.

Cornell se levantó y se estiró.

-Tendrás la verdad. Pero debo ocuparme de un pequeño detalle antes de seguir adelante -inesperadamente,tomó la silla en la que estaba sentado, la acercó al rincón en el que se hallaba la cámara de vídeo, se subió a ella y arrancó los cables. Luego, dedicó a Penelope una sonrisa burlona por encima del hombro-. Casi no la veo. Está muy bien disimulada. Pero supongo que te parecerá lógico que no quiera que quede ningún testimonio sobre mi confesión.

Penelope se puso totalmente pálida y Stefano se acercó a ella.

-Tranquila -murmuró, a la vez que apoyaba las manos en sus hombros.

Cornell chasqueó la lengua.

-¿De verdad esperabas que me tragara el anzuelo? Solo podía haber un motivo por el que quisieras mi confesión a cambio de Crabbe y Asociados. No he dejado de buscar hasta que lo he encontrado.

Penelope alzó la barbilla con gesto desafiante.

-¿Significa eso que vas a romper el trato?

-En absoluto. Ya he inutilizado la cámara. No hay motivo para no dejar zanjado nuestro acuerdo.

-¿Estás seguro de que no quieres registrarnos por si llevamos algún micrófono? -preguntó Penelope con amargura.

-No será necesario, querida. Tu reacción cuando he desconectado tu preciosa cámara me ha revelado que solo te guardabas esa carta bajo la manga -Cornell tomó otra silla y volvió a sentarse-. Lo cierto es que mi abogado tiene razón. Nunca conviene confesar los propios crímenes.

-Entonces, ¿por qué vas a hacerlo?

-Porque no puede resistirse a la tentación -replicó Stefano-. Su ego se lo exige. No quiere que nos quede ninguna duda sobre cómo nos ha ganado en todos los frentes, empezando por los Bennett.

-Vuelves a equivocarte, Salvatore. La cosa no empezó con los Bennett -Cornell dedicó una fría mirada a Penelope-. Empezó con la Corporación Janus. Desafortunadamente, aquello no duró demasiado, porque tu esposa destruyó un negocio especialmente lucrativo que había montado con su empresa de tapadera.

Penelope se quedó boquiabierta.

-¿Qué?

-Vamos, Penelope. No debería extrañarte tanto. Como comprenderás, no iba a utilizar mi propia empresa para un negocio ilegal, ¿no? ¿Y si me hubieran atrapado? No. Era mejor que otra empresa corriera el riesgo —una amplia sonrisa distendió los labios de Cornell-. Lo cierto es que es un placer teneros aquí juntos. No sabéis cuánta satisfacción me produce asistir a vuestra dura caída. Dos pájaros de un tiro. Reconozco que es una frase un poco trillada, pero no por ello deja de ser cierta.

-¿Fuiste… fuiste tú el que utilizó Janus para introducir mercancía en el mercado negro? -preguntó Penelope, incrédula-. ¿Y también estabas tras la falsa operación que dejó sin dinero a los Bennett?

Cornell suspiró.

-Me declaro culpable.

-¿Y fuiste tú quien organizó las cosas para que Ste-fano pareciera el culpable?

-Así es, querida.

-¿Y los rumores sobre Loren Wentworth? —preguntó Stefano, a la vez que presionaba con suavidad los hombros de Penelope en señal de advertencia-. Supongo que eso también ha sido trabajo tuyo, ¿no?

-Me pareció justo hacer saber a la gente que el director de Crabbe

y Asociados no era competente.

-¿Sin tener en cuenta la veracidad del informe? Cornell alzó una ceja.

-¿No es cierto? -se encogió de hombros-. Oh, bueno. Gracias a ese rumor he conseguido lo que quería, que es lo que de verdad importa. El precio de la compañía ha bajado tanto que me ha permitido comprarla a precio de saldo. Llamar al Financial News y hacerme pasar por ti ha sido un golpe maestro, ¿no te parece, Salvatore?

-Supongo que utilizaste mi nombre para sembrar dudas en la mente de Nellie respecto a mi¿no'-pregunto Stefano.

-Pero no funcionó -replicó Cornell-. Para ser una mujer razonablemente inteligente, parece bastante irracional en todo lo que se refiere a ti.

-¿Irracional? -repitió Penelope, indignada.

-Tranquila, cara.

-No soy nada irracional -insistió ella, dedicando a Cornell una mirada furibunda-. Tal vez te interese saber que soy una de las personas más lógicas, analíticas…

Cornell alzó una mano para hacerla callar.

-Si ya hemos terminado, me gustaría irme.

-Oh, claro que hemos terminado -dijo Stefano-. Solo hay un pequeño problema.

-¿Qué problema?

-Me temo que vas a averiguar muy pronto que has pagado mucho dinero por muy poco.

-Buen intento, Salvatore. Pero no creo que Grabbe y Asociados sea precisamente una empresa pequeña.

-No lo es, pero las participaciones de mi esposa en la empresa sí lo son. Y eso es lo que has comprado. Sus participaciones. Desde hace media hora, solo es dueña del uno por ciento de la empresa. Sin embargo, si hubiera decidido venderte Salvatores, podría haberte ido muy bien, porque ahora mismo es dueña del noventa por ciento de la empresa.

Penelope miró a Stefano con expresión atónita.

-¿Qué?

-Los papeles que acabas de firmar. Hemos intercambiado las propiedades -Stefano miró a Cornell y sonrió con frialdad-. Ya sabes lo que pasa con las parejas casadas. Lo que es suyo es mío. Lo que es mío es suyo.

-¡Eso no se mantendrá en pie en un juzgado! ¡Es un fraude!

-Por algún motivo, sospecho que este caso nunca llegará al juzgado. Me temo que tendrás otros asuntos legales de los que

ocuparte -Stefano alzó la voz al añadir-: ¿Ha registrado la confesión de Cornell, Wilfred?

La puerta de la sala se abrió y Wilfred asomó la cabeza.

-Ha llegado perfectamente, señor Salvatore. Pero hemos tenido que retener físicamente a mi colega, el señor Curtís, porque no parecía nada contento con la dirección que estaba tomando la conversación. Y los periodistas estaban bastante intrigados. Creo que les gustaría hacer algunas preguntas al señor Cornell.

Los ojos de Penelope se llenaron de lágrimas.

-¿Cómo…? ¿Cuándo…? No entiendo nada.

-Contestaré a tus preguntas cuando Cornell se haya ido -Stefano se quitó el equipo miniaturizado de video y audio que llevaba en el pasador de la corbata y lo dejó sobre la mesa-. Creo que ya hemos acabado con esto. Sobre todo, teniendo en cuenta que prefiero no grabar el resto de nuestra conversación.

Cornell se puso en pie y apretó los puños a ambos lados del cuerpo.

-Pagarás por lo que has hecho, Salvatore. Stefano se encogió de hombros.

-Ya que parece que te gustan los dichos, a ver qué te parece este: «ya que estamos en el baile… -antes de concluir, derribó a Cornell de un solo y poderoso puñetazo en la mandíbula-… bailemos».

Penelope asintió con aprobación.

-Me pregunto si Don Quijote trató de hacer las cosas alguna vez a tu modo, Stefano. Si lo hubiera hecho, creo que habría vencido a alguno de esos molinos.

-O tal vez deberíamos cambiar la estatua que me regalaste de Don Quijote por otra del boxeador Rocky Balboa -dijo Stefano, antes de volver su atención de nuevo hacia Cornell-. Los Bennett no se merecían lo que les hiciste. Tampoco mi esposa. Si te atreves a molestarlos de nuevo, te aseguro que tendrás que enfrentarte a seis Salvatore, no solo a uno.

-Exacto -añadió Penelope-. Nadie juega con lo que pertenece a mi marido. Espero que hayas aprendido la lección.

Stefano tomó a Cornell por las solapas y lo sacó de la sala.

-Es todo vuestro -dijo a los periodistas-. Gracias por prestarme el equipo de vigilancia -se volvió hacia la secretaria de Penelope y añadió-: Haga el favor de traer todos los documentos que ha firmado mi esposa.

Luego se volvió hacia Penelope. Los restos de las lágrimas que había derramado aún eran evidentes en sus mejillas. Pero su boca ya no temblaba. Stefano la miró con cautela, sin saber cómo iba a reaccionar, sobre todo teniendo en cuenta que había roto los acuerdos

de su matrimonio, al no consultar con ella antes de actuar. Probablemente, aquel sería un buen momento para renegociar.

-Supongo que esperas una explicación.

-Si no es demasiada molestia, sí. Deduzco que ya no soy la dueña de Crabbe y Asociados, ¿no?

Stefano se encogió de hombros.

-De todos modos, si le hubieras dado a Comell lo que quería, ya no lo serías. En cuanto todo se calme, volveremos a dejar las cosas como estaban. Además, nadie creerá los rumores sobre Loren ahora que se sabe que ha sido Cornell quien los ha difundido. Eso servirá para que Crabbe vuelva a recuperar su valor en el mercado.

-¿Por qué no me lo dijiste? -preguntó Penelope, dolida.

-Porque Cornell habría adivinado que algo no iba bien. Solo ha creído que estaba a salvo porque tú también lo creías.

Penelope miró el diminuto equipo de audio y vídeo que había sobre la mesa.

-Llevabas un grabador oculto. ¿Cómo he podido pasarlo por alto cuando te he besado?

-Me lo he puesto después, mientras retocabas tu maquillaje. Estabas demasiado distraída como para fijarte. Y he de reconocer que casi me da un infarto cuando le has sugerido a Cornell que nos registrara.

Penelope sonrió brevemente.

-¿Cómo podías estar tan seguro de que nos iba a decir la verdad?

-No podía. He corrido el riesgo. Y aunque no hubiera salido bien, él no se habría beneficiado. A fin de cuentas, solo eres dueña de un uno por ciento de Crabbe, ¿recuerdas? Cornell habría preferido romper esos documentos antes que pagar la cantidad que iba pagar por una participación tan diminuta de la empresa -Stefano hizo una mueca-. Nos habría demandado, por supuesto. Pero yo esperaba que las cosas no llegaran a ese extremo.

Alguien llamó a la puerta y Cindy pasó al interior de la sala. Dejó un montón de papeles sobre la mesa y se fue. Penelope apoyó una mano sobre los contratos, pero no los miró.

-Si las cosas hubieran salido mal, tu reputación habría quedado definitivamente destruida -dijo con voz ronca-. Estabas dispuesto a sacrificarlo todo por mí.

-¿Y qué me dices de ti, señorita «lógica a toda costa»? Solo por salvar mi reputación estabas dispuesta a vender tu empresa a un precio ridículo. Eso sí que es tomar una decisión basándose solo en los sentimientos y la emoción. Admítelo.

Penelope se cruzó de brazos.

-No pienso admitir tal cosa. He sopesado mis opciones y he elegido la más razonable. Stefano avanzó hacia ella.

-Yo no considero razonable vender tu empresa a precio de ganga para proteger mi reputación —se detuvo a escasos centímetros-. Me temo que tenemos un problema, señora Salvatore.

-¿Qué problema?

-Cuando has firmado esos papeles te has convertido en la nueva dueña de Salvatores.

Penelope tomó el contrato en cuestión y lo ojeó. Los papeles temblaron en su mano.

-Lo habéis firmado todos los hermanos. Y también tu padre.

-Teníamos que hacerlo. De lo contrario no habría sido legal.

-¿Por qué? No tiene sentido. No comprendo.

-¿No? -Stefano tomó el contrato de manos de Penelope y lo dejó en la mesa-. Tú también perteneces a la familia.

-Pero nuestro matrimonio… Ellos sabían que solo era temporal.

Stefano la rodeó con los brazos por la cintura.

-No. Sabían que no lo sería. Sospecho que tú eras la única que creía que nuestro matrimonio era un mero acuerdo comercial. Pero ha resultado ser más que eso, ¿verdad?

-¿Estás sugiriendo que lo hagamos permanente? —preguntó Penelope, insegura. Stefano sonrió con ternura.

-Ya lo es, cara. Lo fue en cuanto hiciste tus votos. Y lo demostraste cuando compartiste mi cama. Lo demostraste de nuevo cuando apartaste a un lado a Marco para llegar hasta mí. Y lo has demostrado hoy, tratando de salvar mi reputación, aunque para ello tuvieras que sacrificar Crabbe y Asociados.

-Oh, eso. Ha sido una…

-Por favor -interrumpió Stefano-. No me digas que ha sido una decisión razonable.

-Pero lo ha sido. Una decisión razonable basada en una cuidadosa deducción analítica -Penelope frunció el ceño-. Aunque ahora que lo pienso, tu capacidad deductiva debe ser bastante impresionante. Paira organizar todo esto debías saber de antemano cómo iba a reaccionar yo a cada paso.

-Ha sido una auténtica lucha.

-No me vengas con sarcasmos, Stefano.

-No es sarcasmo, sino admiración, señora Salvatore. Eres la mujer más generosa que he conocido. Teniendo en cuenta eso, solo tuve que plantearme todas las situaciones posibles y decidir qué elecciones tomaría una mujer enamorada -Stefano hizo una pausa antes de añadir-. Porque estás enamorada de mí, ¿verdad?

Las lágrimas regresaron, incontrolables.

-Sabes que sí. Te lo he dicho esta mañana, y también anoche. Y también te hice una promesa cuando hicimos el amor.

Stefano cerró los ojos un momento.

-Así que lo recuerdas. Empezaba a dudarlo.

-Creo que mis palabras exactas fueron que te amaría hasta el final de los tiempos -Penelope sonrió a través de las lágrimas-. Me sentía extrañamente poética, tal vez por lo que estábamos haciendo.

-Te quiero, Nellie. Y te quiero especialmente cuando te sientes extrañamente poética -Stefano la tomó delicadamente por la barbilla-. Creo que me enamoré de ti el día que entraste en mi despacho y te ofreciste a mí.

-No me ofrecí a ti -corrigió ella-. Te ofrecí un acuerdo comercial.

-Un acuerdo que no pude rechazar. De hecho, enamorarme de ti fue la elección más lógica que pude tomar. Penelope asintió en señal de aprobación.

-Sabía que acabarías viendo las cosas a mi modo. La lógica por delante de la emoción. Es el único camino.

-¡Nellie!

-Más vale que te vayas acostumbrando -dijo ella en tono displicente-. Eres un hombre excesivamente emocional, y has elegido casarte con una mujer que es justo lo contrario. No va a resultarte fácil tratar con mi mente lógica.

-Ah, ¿no? -gruñó Stefano. Hundió las manos en el pelo de Penelope y le hizo alzar el rostro-. Se me ocurre una forma de conseguirlo -dijo, y se lo demostró de la manera más razonable y lógica: besándola hasta que ambos acabaron desnudos.